



LANCES DE CAPA

ARTICULOS Y VERSOS TAURINOS

DE

LUIS CARMENA Y MILLÁN



MADRID

AÑO MIL NOVECIENTOS

LANCES DE CAPA

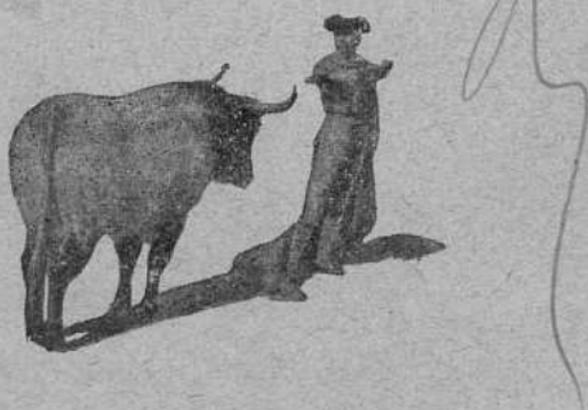
A handwritten signature or scribble in dark ink on a light gray background. The mark consists of a loop on the left side, followed by a vertical stroke that curves to the right and then extends downwards as a long, thin tail.

LANCES DE CAPA

ARTICULOS Y VERSOS TAURINOS

DE

LUIS CARMENA Y MILLÁN



MADRID

AÑO MIL NOVECIENTOS



NOTA

Este libro es propiedad del que lo compre; y cualquier ciudadano español ó extranjero, puede, si gusta, reimprimirlo en todo ó en parte.



ADVERTENCIA

Los artículos que forman el presente volumen, humorísticos unos, y otros de carácter histórico, biográfico ó bibliográfico, así como las poesías—si tal nombre puede dárseles,—han visto ya la luz pública en diversos periódicos y revistas. Corrieron entre la mayor indiferencia, sin motivar elogios ni censuras y su reunión formando cuerpo no ha sido solicitada por nadie, ni viene á llenar ningún vacío, ni responde á ninguna conveniencia ó necesidad literaria ni artística; ni hubiera habido, en fin, editor tan reñido con su dinero que acometiera la publicación.

Sospecho que al llegar aquí habrá quien pregunte:—Pues si los artículos y versos coleccionados son de tan poco fuste y nadie hizo caso de ellos; ¿por qué los reúne y publica el autor? ¿O es que se figura, que si sueltos no valían nada, zurcidos ahora unos con otros van á resultar una maravilla?

No creo semejante cosa. Lo que creo es, que así como la oveja va dejando el vellón entre las zarzas del monte, el escritor bueno ó malo, va esparciendo ideas y conceptos en hojas periódicas que, flores de un día, mueren á las pocas horas de nacer, sin dejar apenas huella de su efímera existencia; y aunque en la mayoría de los casos—y este es uno de ellos—no merezcan tales trabajos ser rescatados del olvido, es debilidad inherente al que produce algo, el deseo de darle duración y consistencia; con más motivo si esta producción recuerda, al entrar en el ocaso de la vida, sucesos, hechos y emociones de tiempos pasados, que siempre parecen mejores.

He aquí, ligeramente explicada la causa única y exclusiva de reunir estos trabajos. En lugar de invertir algunas pesetas en adquirir una prenda de uso ó en realizar una expedición veraniega, placeres de los que al poco tiempo nada queda, he preferido emplearlas en publicar esta edición, con lo cual, además de darme el gusto de ver mis artículos y versos reimpresos en colección, tengo la probabilidad de que haya algunos valientes que compren el libro, ayudándome á costearlo; á pesar de que como antes he dicho y ahora repito, todo él es fiambre y de escaso interés.

Seguirán á este tomo, uno que titularé ESTOGADAS Y PINCHAZOS y contendrá más artículos y versos de tauromaquia y otro de trabajos de bien distinta índole, que pienso bautizar con el nombre de COSAS DEL SIGLO PASADO.—Música y Literatura.

Y expuesto ya con una franqueza poco acostumbrada en estos asuntos, todo lo que al lector puede interesar para que no se

llame á engaño, sólo me resta pregonar mi mercancía, gritando como el antiguo vendedor ambulante:

—A diez cuartos va la carne de oveja: el que la quiere la toma: el que no, la deja.

CUATRO PESETAS cuesta el libro. Al que le compre se lo agradezco en el alma: al que no, en paz y tan amigos como antes.





MANUEL DOMINGUEZ

(CARTAS Y ANÉCDOTAS)

No voy á escribir una biografía del famoso diestro sevillano. Se han publicado ya infinidad de ellas, sobresaliendo las que figuran en los *Anales del toreo* de D. José Velázquez y Sánchez, en los *Apuntes biográficos de los matadores de toros* de D. José Santa Coloma, en el *Diccionario taurómico* de Neira, y la que constituyendo un folleto en 4.º de 32 páginas dió á luz en Sevilla el año 1858 D. Rafael González. Estos trabajos, que he leído detenidamente, son bastante exactos en su conjunto y ostentan gran lujo de pormenores relativos á la vida del celebrado torero; mas poseyendo yo dos cartas originales escritas de puño y letra del mismo Domínguez, que suministran algunas noticias no conocidas hasta ahora y rectifican

otras de las publicadas; y teniendo por otra parte referencias exactas de ciertas particularidades de interés enteramente nuevas, no me ha parecido que dejará de ofrecer alguno el sacarlas de molde.

Una reseña biográfica de Manuel Domínguez hecha por él y una descripción de las cogidas que tuvo, debida también á su pluma, creo que constituyen dos documentos histórico-aurinos que deben conocer y saborear los aficionados al toreo. Dejemos, pues, hablar á Domínguez, y luego vendrán los comentarios y observaciones que sus cartas me sugieren. La primera de ellas está fechada en Sevilla á 4 de Febrero de 1873, dice así, sin quitar punto ni coma:

«Señor D.... Muy señor mío: En contestación á la de usted, fecha 1.º del corriente mes, le remito la adjunta nota. Se llamaba mi padre Cristobal Domínguez y mi madre Rosalía de Campos, nacidos en el pueblo de Jelves. Ocupación de mi padre, labrador en corta escala. Murió el año de 1816, el día 20 de Enero, y yo nací el día 27 de Febrero del mismo año y en el mismo pueblo. Al poco tiempo se vino mi madre con su hermano D. Francisco de Paula Campos, Capellán que era de las Monjas de la Paz en Sevilla. Hasta que murió mi tío estuve estudiando con los jesuitas. Después de muerto mi tío aprendí

el oficio de sombrerero; en este tiempo fuí algunos días á la toromaqui (*sic*), y de ahí resultó tomar yo la afición al toreo; así fué que el año de 1834 trabajé de banderillero con Juan León y Manuel Lucas en Sevilla, y durante el tiempo transcurrido del año 34 al 36 vine á tomar la alternativa de matador de toros en la plaza de Zafra, matando con Juan León y Luis Rodríguez. Esta alternativa se me dió, no tan sólo porque me hallaron capaz para ella, sino que era para ir de segundo con el Sr. Luis Rodríguez á Montevideo; mas como éste no fué, fuí yo de primero, llevando á Manuel Macías (*el Cherrime*) de segundo. Estuve en Montevideo diecisiete años, ejercité por muchos años el empleo de capataz y enlazador de los Saladeros, tanto en Buenos Aires como en Montevideo, pasé malos ratos con los gauchos de estos dos puntos, estuve al servicio del General Rosas en Buenos Aires y del mismo modo en Montevideo con Frutos Rivero; fuí prisionero en la batalla de Casero, en Buenos Aires, y pudimos escaparnos unos cuantos por ser casi de noche cuando nós cogieron y no tener tiempo de fusilar ó degollar á todos los prisioneros. Escapados que fuimos en la noche, pudimos incorporarnos con la gente del Comandante Manuel Troncoso, donde estuve hasta que dieron cuartel á to-

dos. Respecto á los toros que llevo muertos, no puedo darle número fijo; pero puedo hacer un cálculo prudente y podré decírselo en otra ocasión, que también le mandaré el número de cogidas, si las recuerdo todas, como del mismo modo de otras cosas que recuerde. Disponga como guste de este su afectísimo seguro servidor que besa su mano.—*Manuel Domínguez.*»

Es de notar en esta interesante carta la sinceridad y sencillez con que relata Domínguez los hechos principales de su vida, sin hacer hincapié en las horribles penalidades que sufrió en América, y que á otro hombre que no hubiera tenido su energía extraordinaria, le habrían abatido para siempre. Desde el año 1852, en que regresó á España, hasta el año 1873, en que la carta está fechada, transcurrió la etapa más brillante de su vida torera, en la que fué objeto de constantes manifestaciones de admiración y simpatía; y sin embargo, sobre todo esto calla modestamente, como si repugnara á su carácter consignar algo de lo mucho que pudiera decir en elogio propio. ¡Qué triste comparación con lo que en la actualidad sucede! El novillero que ha matado en público una docena de becerros y ha escuchado cuatro palmadas, las más de las veces inconscientes, se nos presenta como nuevo Cid Campeador, y él

mismo ó el *indispensable* apoderado pregonan sus proezas con el mayor descaro. Bien que tampoco debe sorprendernos esto, cuando en los menguados tiempos que alcanzamos, en nuestro pobre país—*tribu* lo llamaba el malogrado Revilla—se ha llevado el Dulcamarismo más ridículo á cosa tan seria como los partes militares de operaciones de campaña.

Hay un punto en la vida de Domínguez que ha quedado hasta ahora en la obscuridad, y es su repentina decisión de marchar á América; cuando se iba haciendo ya buen lugar en las plazas de la Península y en época en que aquel viaje ofrecía no pocos peligros y dificultades. Dicen unos biógrafos que graves diferencias tenidas con el espada Juan León le decidieron á dar este paso, mientras hay quien atribuye la desaparición de Domínguez á haber muerto á un hombre en riña y querer eludir la acción de la justicia.

Domínguez, en la carta que he transcrito, se limita á manifestar que le dió la alternativa Juan León para marchar de segundo espada á Montevideo con Luis Rodríguez; pero informes particulares que juzgo del mayor crédito, me permiten sacar á luz un hecho que, si es natural que ocultara Domínguez, por más que nada tuvo de deshon-

roso para él, puede al cabo de sesenta y dos años ponerse al descubierto sin riesgo ni desdoro para la memoria del afamado diestro; antes bien, para que se conozca cómo la fatalidad truncó súbitamente una carrera comenzada bajo tan buenos auspicios y le condenó á tener que soportar largo período de desventuras y sufrimientos.

Cuenta quien presenci6 la escena que voy á referir, que por el año 1836 concurrían á una lechería situada en la puerta de la Carne en Sevilla, varios toreros, aficionados y empleados del Matadero, discutiéndose generalmente de ajustes de corridas, compra de ganado y lances de la lidia. Llegó una noche Domínguez á esta reunión, á que asistía casi á diario acompañado de un pariente suyo apellidado L..., y apenas sentados á la puerta del establecimiento y entablada conversación con los que allí se hallaban, hubo de pasar un banderillero muy presumido y *fantesioso*, designado con el apodo de *Clarito*, por ser hermano de una cierta *Clara la viuda*, tablajera de la plaza de Abastos, que iba siempre muy bien *alhajada* y vestida de los colores más chillones. Llamó aparte *Clarito* al pariente de Domínguez, conversaron ambos unos minutos y se alejaron de allí, sin que nadie sospechara que aquello podía sonar á riña ó cuestión; mas no habría trans-

currido un cuarto de hora, cuando llegó precipitadamente un amigo de Domínguez, y hablando á éste con mucho sigilo, le dijo que desapareciera enseguida, porque su pariente L... acababa de matar á *Clarito* en uno de los callejones inmediatos. Hizolo así Domínguez y acudió en el acto á buscar al picador de toros José Fabre, íntimo amigo y padrino suyo, al que dió cuenta del suceso, conviniendo ambos en que inseparable como era Domínguez de su pariente L..., su situación había de hacerse crítica y difícil continuando en Sevilla, por más que él fuera enteramente ajeno á la desgracia ocurrida. Aprovechóse entonces la circunstancia de que la fragata *Eolo* debía zarpar en breve para Montevideo, llevando entre el pasaje una cuadrilla de toreros, y Fabre, con la mayor reserva y no sin algún riesgo, logró poner á bordo á Domínguez, así como al autor del homicidio, que partieron para América sin haber sido molestados. Tal fué, ligeramente expuesto, el hecho fatal que determinó el alejamiento de Domínguez por plazo de dieciséis años.

Otro punto hay en la carta de Domínguez que merece ser bien esclarecido. Afirman los biógrafos del diestro sevillano, que éste fué alumno supernumerario de la Escuela de tauromaquia establecida en Sevilla en 1830,

y que Pedro Romero, director de aquella escuela, le consideraba como su discípulo predilecto. Hecho tan saliente no lo habría omitido Domínguez en el relato de su vida, y aunque esta sola razón sería para mí convincente de que no es cierto lo afirmado por los biógrafos, puedo añadir, que tengo á la vista el expediente original de la creación, desarrollo y organización de la citada escuela, y entre los alumnos no figura Manuel Domínguez. Se habla en diversos documentos de los adelantos y aprovechamientos de Francisco Montes, José Santos (a) *Illo*, Juan Pastor, José Monge, Antonio Montaña, *Torrecillas* y *Cúchares*, mas para nada se hace mención de Domínguez. Asistiría como uno de tantos espectadores, ó á lo sumo como aspirante; pero ni consta que recibiese lecciones de Pedro Romero, ni que obtuviera plaza de alumno pensionado ni supernumerario. El mismo destruye en su carta la leyenda forjada: «*fuí algunos días á la toromaquia* (quiere decir, á la escuela de tauomaquia) *y de ahí resultó tomar yo la afición al torreo.*» A esto queda reducido su contacto con la famosa academia; no habiendo, por tanto, razón fundada para decir que fué alumno de ella y discípulo predilecto de Pedro Romero.

Promete Domínguez en la carta inserta,

hacer un cálculo prudente de los toros que lleva muertos y manifestar el número de cogidas que tuvo. La segunda parte de esta oferta la cumplió en la siguiente curiosa carta, que copio íntegra:

«Sr. D..... Sevilla, 24 de Mayo, 1875. — Muy señor mío: Cumpliendo con usted, como es mi deber, le remito los antecedentes que desea, siendo muy posible pueda ser tengan alguna faltilla por la brevedad que le contesto y no tenerlo muy presente. En la plaza del Puerto, estando al quite de vara y confiado en que el toro no remataba á las tablas, fuí alcanzado y herido en el muslo derecho por la parte de afuera el día 26 de Julio del 54. En la misma, el 1.º de Junio del 57, fuí cogido al matar en la suerte de aguantando, siendo enganchado por el costado de la chaquetilla y tirado al suelo, dando con la frente en el suelo, que produjo la salida del ojo y un puntazo debajo de la mandíbula derecha. En Salamanca, el día 13 de Septiembre del 60, fuí cogido y herido junto al ano estando al quite en ocasión que mataba *Bocanegra*, diciéndole lo que debía de hacer, y como me adelanté más que el matador, hizo el toro por mí más que á la muleta que éste le presentó. En Santander fuí cogido al tomar el estribo y herido en el muslo por la parte de adentro, el día 25 de Julio de 1855. En Cá-

diz, matando en medio de la plaza, en uno de los pases fuí desarmado de muleta, hizo el toro por mí, siendo cogido y herido en la sentadera, el día 15 de Agosto de 1862. En Sanlúcar, el día 10 de Julio del 64, fuí cogido y herido en el muslo por echarme demasiado sobre el toro en ocasión que *Juaneca* estaba en el suelo de resultas de una caída. En Sevilla, el día 17 de Mayo del 74, fuí cogido en ocasión de matar al toro dándole las tablas quedando la puerta del toril á mi espalda, que es querencia forzada; no hizo por ella, se vino conmigo y fuí alcanzado, siendo herido por el costado del muslo derecho. En Sevilla, el día 19 de Mayo del 63, fuí cogido en ocasión que el picador *Coriano* estaba en el suelo de resultas de una caída, y como no hacía caso el toro de capotes ni de voces, me arrojé al toro, saliendo agarrado á él hasta cerca de los medios, que me largué conociendo que el toro iba de huída. En Bayona, el día 20 de Agosto del 56, fuí cogido dando el pase de pecho en las tablas, y como el toro tenía en el cuerno derecho un pedazo de capote, hubo de taparle la vista y no obedeció á la muleta, fuí enganchado por la ingle y herido. Si no están satisfechos sus deseos, puede mandar cuanto guste á su afectísimo seguro servidor que besa su mano.— *Manuel Domínguez y Campos.*»

Tampoco da el bravo lidiador importancia exagerada á estos percances, y es sin embargo proverbial el valor incomparable y la presencia de ánimo que demostró en los trances más supremos. La horrible cogida del año 57 en el Puerto, la soportó con la mayor entereza, hasta el punto de permanecer á pié firme durante algunos minutos, con el ojo vaciado en un pañuelo que él mismo tenía en la mano, mientras pudieron separar al toro que causó tan tremenda lesión y que se hallaba situado delante de la puerta por donde el herido tenía que pasar á la enfermería. Sobrecogido el público, creyóse por todos que Domínguez sería hombre muerto, tanto que la hoja suelta que á los dos días se publicó en Sevilla describiendo la corrida, terminaba con esta nota: «Según el conductor del correo de Puertos, llegado hoy á esta ciudad, ayer a las seis de la tarde vivía aún el desgraciado Domínguez; ignoramos si habrá esperanzas de que salve la vida.»

La salvó milagrosamente, y á los tres meses de sufrir tan gravísima cogida, reanudaba sus tareas en la plaza de Málaga, poniendo como primera condición que los toros que lidiase habían de ser de la ganadería de Concha y Sierra á que pertenecía el nombrado *Barrabás* que le ocasionó la pérdida del ojo. Con tres estocadas magníficas dió fin de

los toros que le correspondieron en aquella inolvidable corrida, que fué uno de sus mayores triunfos.

Respecto al regreso de Domínguez á España, después de su larga estancia en América, debo á un coetáneo y amigo suyo algunos curiosos antecedentes. Corría el mes de Junio del año 1852, y a la puerta de una taberna de propiedad del Sr. Antonio Montes, establecida en Sevilla, calle de la Imágen, hallábanse una noche conversando varios amigos, entre los que figuraba el picador de toros José Fabre de quien antes hablé y al que le había sido amputado un brazo por consecuencia de una caída en la plaza de Granada, cuando pasó por delante de ellos un hombre corpulento, airoso en el andar, de expresivo semblante, con grandes patillas negras recortadas, vistiendo traje de dril crudo, bota blanca y ancho sombrero á la americana.

Miróle fijamente Fabre, y sin poderse contener gritó con voz estentórea: ¡Manuel! Volvió pies atrás el transeunte, que no era otro que el propio Domínguez, y reconociendo y abrazando con efusión á su antiguo amigo y padrino, entablóse entre ambos larga y sabrosa conversación, amenizada con sendas copas de olorosa manzanilla. Domínguez había llegado á Sevilla aquel mismo día, y

al recordar tiempos antiguos y referir á Fabre la larga serie de desdichas que sufrió en América y su regreso á la madre patria en situación un tanto precaria, le manifestó su decidido propósito de ganar dinero con los toros.

—Pues llegas—dijo Fabre—en ocasión tan propicia, como si hubieras estado detrás de la puerta esperando el momento oportuno. Curro Montes murió el año pasado, José Redondo vivirá muy corto tiempo para el toreo, pues minada su existencia por la tisis, poco dará, por desgracia, que hacer en este mundo; de modo que si te arrimas á los toros, sólo te puede hacer sombra *Cúchares*, único torero que queda de primera fila.

—Yo te juro—replicó Domínguez—que si consiste en arrimarse, me sobra corazón para colocarme más cerca que el primero.

No se equivocó Fabre en su lúgubre profecía respecto al *Chiclanero*, pues agotadas por completo las fuerzas físicas de José en la ardiente competencia sostenida en la primavera de 1852 con *Cúchares* en la plaza de Madrid, sucumbía pocos meses después, el 28 de Marzo de 1853, precisamente el día en que se inauguraba la temporada taurina en el circo madrileño.

Entre mis papeles conservo la esquela de defunción del célebre torero de Chiclana, impresa con letra dorada sobre elegante tar-

jeta de cartulina negra satinada de 12 centímetros de ancho por 8 de alto, y que copio á plana y renglón.



D. JOSÉ REDONDO

HA FALLECIDO EL DÍA 28 DEL CORRIENTE

La esposa, hermanos, amigos y demás familia, suplican á V. se sirva concurrir á la iglesia de San Sebastián, hoy 30, á las tres y media de su tarde, para acompañar su cadáver al cementerio de la Sacramental de San Luis.

En la segunda corrida de la temporada de 1853 que se celebró en Madrid el 4 de Abril, se presentaron de luto riguroso por la muerte del *Chiclunero* los picadores de su cuadrilla, que eran Francisco Puerto y Lorenzo Sánchez, los banderilleros Nicolás Baro, *Lillo*, *Paquilillo*, y el cachetero Gabriel; y todos los demás toreros de medio luto, que consistía en corbata y faja negras.

Cerrando ya esta digresión y volviendo á nuestro asunto, diré que Domínguez comenzó al poco tiempo su campaña, presentán-

dose en el circo sevillano con el espada Antonio Conde, y el éxito no le fué en verdad muy favorable.

«Cuentan los aficionados—decía *El Porvenir*—que el nuevo espada que ahora ha aparecido en el circo sevillano, alcanzó en Montevideo gran fama, y que hace unos ocho años que no torea, por haberle sucedido á la plaza de aquel lugar lo que á Babilonia, que fué destruída sin haber fuego celeste. Por consiguiente, tenemos á nuestro espada con la friolera de ocho años sin práctica. Otros dicen que el nuevo lidiador promete más. Se añade que el Domínguez se ciñe bien y que se prepara para la suerte de recibir armándose bien y demostrando valor. Yo me atengo á lo que veo y así no me equívoco, al menos en lo que está tan claro como la luz del día. Así es que deseo ver al nuevo espada en otra lid donde los bichos sean de más voluntad, que de haberlo sido ahora, las cuadrillas que han lidiado los cuatro de Lesaca y los cuatro de Andrade, van á depositar sus huesos al panteón de San Fernando que es sitio ancho y fresco. Si Domínguez hubiera comprendido que los toros que le tocaron querían morir á volapié y no recibéndolos, acaso sale más lucido. Otro de los inconvenientes con que lucha es que debe estar borrado de lo que es la

escuela de moda. Por eso digo, que al tiempo es preciso apelar; dejémosle que vaya á los Puertos, para donde dicen está ya ajustado, y entonces caerá el tremendo fallo.»

Toreó después hasta tres corridas en el Puerto de Santa María, y en general estuvo poco afortunado. A Domínguez—decía un acreditado periódico —le hacía falta torear siquiera un par de años al lado de un torero de primera, *Cúchares* por ejemplo, y luego que hubiese adquirido conocimientos, era cuando debía presentarse por sí solo.

Lidió en seguida en Cádiz una corrida de ocho toros de la ganadería de D. José Arias Saavedra, alternando con *El Tato*, y quedó algo mejor que en las anteriores, pero sin producir tampoco extraordinaria sensación. Antes de torear en Madrid fué contratado para la plaza de Aranjuez, y trabajó con tanta desgracia, que él mismo al venir á torear en la villa y Corte decía, «que se le había perdido la montera en Aranjuez y era preciso recuperarla.»

Tengo para mí que los que hoy nos presentan á Domínguez como un torerazo al nivel de los grandes maestros que han figurado en primera línea, incurren en evidente exageración. He leído casi la totalidad de los juicios del trabajo que Domínguez practicó en las plazas de España, y de todo ello de-

duzco que debió ser torero de bravura indomable, muy hábil en los lances de capa, guapo y gallardo en la suerte de recibir, para la que no hace falta agilidad, de que en absoluto carecía, y sí sólo arte y valor sereno; pero en todo lo demás torpe, pesado y poco habilidoso, explicándose por ello las muchas desastrosas faenas practicadas y la repetición de percances horribles que pusieron en grave riesgo su vida.

En Madrid no logró nunca una escritura de temporada. Toreó por vez primera el 10 de Octubre de 1853, y dejó tan escasa impresión, que no volvió hasta el año 1856 á torear seis corridas. En 1859 torearó otras cinco, dos novilladas el año 1860, una corrida el 61, dos el año 1862 y otras dos el año 1871. Total en su larga vida torera: diez y siete corridas de toros y dos novilladas. Cualquiera espada de buen cartel ha toreado en Madrid este número de corridas en una sola temporada, pues no hay que olvidar que todos los espadas que verdaderamente han sido celebridades torearon mucho en Madrid: diganlo en la época antigua Romero, *Illo*, *Costillares*, Curro Guillén y otros toreros inteligentes, aunque de menos fama, y en la época moderna Montes, *el Chiclanero*, *Cúchares*, Cayetano, *el Tato*, *Lagartijo*, *Frascuolo*, *Guerrita*, etc. El matador que

no ha *hecho* temporadas enteras en Madrid, no ha sido verdadera notabilidad en el arte.

«Manuel Domínguez—decía un inteligente escritor que firmaba con el pseudónimo *El Lego* en el periódico *El Tiempo*, juzgando al valiente torero la última vez que trabajó en Madrid y estuvo desdichadísimo—fué un torero de campo y no de plaza, y si algo bueno hizo en mejores tiempos, se debió al valor sereno que demostró delante de los toros, sin que jamás le acompañasen facultades y conocimiento de las reglas del arte para dominar con recursos á los que buscaban defensa en las tablas y se huían del terreno franco, único en que él los puede lidiar; y si esto sucedía en la época de su apogeo, hoy que le falta un elemento tan necesario como es la vista, ¿qué puede prometerse con el oficio? Desprestigiarse y nada más.»

En idéntico sentido se expresaba toda la prensa madrileña, y uno de los periódicos taurinos de más popularidad entonces, le dedicó esta semblanza:

La suerte de recibir
la consumabas al pelo,
pero hoy das el gran camelo.
¡Quién lo había de decir!

Domínguez fué, sobre todò, un carácter,

y esta cualidad le captó grandísimas simpatías. Su amor propio en las plazas era exagerado: no admitía observaciones ni consejos de nadie. Me contaba el bravo ex-mata-dor de toros D. Antonio Gil, que alternando una tarde en Cádiz con Domínguez, observó que éste iba á citar á recibir á un toro que estaba algo humillado, y le dijo:

—No le cite ahí, Sr. Manuel, que se lo come á usted.

—Don Gil, cuando le toque á Ud. matar sus toros—replicó Domínguez—hace lo que le parezca; pero á mí me deja Ud. en paz.—Metió el pié y avisó con la muleta; más no había acabado de hacerlo cuando fué arrollado por el bicho, que le enganchó por la parte interior del muslo.—A los tres ó cuatro meses—me decía D. Gil—le ví vestirse una tarde y en la cicatriz que le quedó, le cabía un panecillo.—Acaso sea esta cogida la que cita Domínguez como recibida en Cádiz el año 1862.

Otro día en Sevilla y alternando con Juan Martín *La Santera*, le arrolló un toro, y echándosele por encima del testuz, le volteó elevándolo algunas varas de altura. Al caer en la arena, le preguntó *La Santera*:—¿Qué ha sido ello, Manuel?—Nada, dijo éste levantándose. Que he subido á contar las embarcaciones que había en el río.—Sabido es

que la plaza de toros de Sevilla está al lado del Guadalquivir.

En otra ocasión y también en la plaza de Sevilla, había estado muy desgraciado en la muerte de un toro y escuchaba pacientemente las justas manifestaciones de desagrado del público; pero al retirarse á dejar muleta y estoque, un picador de mediano nombre, más corpulento que Domínguez y que tenía fama de matón, llamado Manuel Payán, que luego murió de una cornada recibida en la plaza del puerto de Santa María, hubo de proferir á gritos expresiones ofensivas para el diestro y para su madre.

—Eso no puede pasar—dijo Domínguez—
A la madre no se le toca, y donde Ud. quiera nos veremos al acabar la corrida.

—Pues en el café de Lombardos le espero—replicó Payán.

Empleó Domínguez sólo el tiempo preciso para despojarse del traje de plaza y vestir el de paisano, y media hora después de acabar la corrida se paseaba impaciente por delante del café de Lombardos; pero fué todo inútil, porque ni Payán asistió, ni se presentó más delante de Domínguez, escurriéndose bonitamente cuando alguna vez le veía venir por la calle.

Salió una tarde á matar un toro y llegó hasta la cara con la muleta plegada; pero

observando que el animal se hallaba perfectamente cuadrado, lió la muleta en lugar de desplegarla y le echó á rodar de una soberbia estocada. Como le habfa dado muerte sin tantearle, la grito fué general, y Domínguez, encarándose con unos barreristas de los que más chillaban, dijo:—Me silban ustedes sin razón. Cien veces que me suceda lo de hoy haré lo mismo; la muleta es para ahormar la cabeza á los toros y dejarles igualados en disposición de recibir la estocada. He ido al toro; y como he visto que estaba bien colocado, no he tenido para qué molestarle pasándole de muleta, sino que me he arrancado á matarle.

El año 1881, y cuando la situación del bravo lidiador se iba haciendo muy penosa por sus enfermedades y quebrantos de fortuna, surgió la idea en el Casino de Labradores de Sevilla, entre varios amigos y admiradores, de dar una corrida á beneficio suyo, para lo cual algunos ganaderos se brindaban gustosos á regalar los toros y se contaba con diestros andaluces dispuestos á torear sin ninguna retribución.

Conociendo la susceptibilidad de Domínguez, se comisionó á una persona de su mayor intimidad para que discretamente le diera cuenta del proyecto y recabase su asentimiento. Pasó, en efecto á la casa del diestro,

y de la manera más delicada le insinuó el propósito que animaba á sus admiradores y amigos.—Diga usted á esos señores—dijo Domínguez sin dejarle concluir, que yo les agradezco en el alma su buenos deseos, pero que todavía no pido limosna: si esto sucede tendré el valor suficiente para ponerme en la calle de las Sierpes y alargar el brazo, por si hay quien quiera darme para un pedazo de pan; pero no seré gravoso á nadie.

Retirado ya Domínguez de la asistencia á todo círculó por sus achaques, súpose en el café Suizo de Sevilla, á las dos de la madrugada del 6 de Abril de 1886, que el famoso diestro acababa de fallecer. Acudieron muchos amigos á la casa, calle de Boteros, número 3, y al observar la escasez de medios que al parecer reinaba allí, se ofrecieron á costear el entierro; pero un compadre y amigo de la infancia del difunto, manifestó que hacía algunos años le tenía entregadas Domínguez mil pesetas para que al llegar este triste caso, se pudiera atender á los gastos de su entierro sin tener que molestar á nadie. Cumplióse la voluntad del finado, y el duelo, á que asistió numerosa comitiva, fué presidido por una persona de la familia y por sus compañeros *El Tuto, El Gordito y Currito*.

Hermosos ejemplos de valor, de caballe-

rosidad y de entereza, del que más que un gran torero, fué un gran carácter y un gran corazón.

1898.





TIPOS DE ANTAÑO

¡Qué razón tiene mi amigo Barbieri en la preciosa carta que me dirige (1) al notar la falta de una historia ó Diccionario biográfico de los más célebres aficionados al toreo! La especialidad que en todas épocas han revestido los tipos de este género, el calor, la animación, la alegría, la vida que prestan al espectáculo, los pintorescos episodios á que dan margen las discusiones tauromáquicas, la misma intervención de los lidiadores en estos episodios, las fiestas, tientas, capeas y

(1) La carta del maestro D. Francisco Asenjo Barbieri á que aquí se alude, se publicó en el número 5 de *La Lidia* correspondiente al lunes 5 de Mayo de 1884

becerradas en que aquéllos toman parte activa, cosas son, en efecto, dignas de ser presentadas, descritas y exornadas, con todo el aparato que su argumento requiere.

Pocas, muy pocas, son las noticias que yo puedo suministrar acerca de punto tan interesante; pero daré las que sin orden ni concierto alguno, acuden á mi memoria. Entiendo, que después del último tercio del pasado siglo, que debió ser brillante para la tauromaquia, porque en esta época contendían los tres célebres matadores, *Costillares Romero* y *Pepe Hillo*, la edad de oro del toreo, ha sido el segundo tercio del siglo actual en cuyo lapso de tiempo se encierra el apogeo de figuras tan culminantes en el ejercicio, como Montes, *Cúchares*, *el Chiclanero*, Cayetano, Dominguez y *el Tato*. Merece asociarse á este período, el recuerdo de algunos aficionados notables.

Sea el primero, el escritor satírico D. Santos López Pelegrín, conocido por el moruna seudónimo de *Abenamar*. El fué quien bajo la inspiración de Montes, redactó la tauromaquia dada á luz con el nombre del célebre diestro, en 1836, publicando después, en 1842, la *Filosofía de los toros*, que vino á ser una segunda edición de la citada tauromaquia.

López Pelegrín era verdadero inteligente

en toros; pero sus revistas publicadas en *El Correo Nacional* y en el periódico *Abenamar y el Estudiante*, debieron su celebridad más bien que á los principios doctrinales sustentados en ellas, á la gracia de su dicción y á las alusiones políticas de que estaban sembradas.

Abenamartuvo amistad íntima con Montes y le dispensó gran protección al venir á la corte, contribuyendo mucho para que el diestro ensanchara el círculo de sus buenas relaciones y aumentara la aureola de su popularidad. Por eso solía decir el espada Juan León á sus más íntimos amigos: Er zeñó *Paquiro* vale mucho *de por sí*; pero aluego tié un camará morito, que dá en la propia yema.»

Centros de enseñanza tauromáquica de la capital, fueron, por los años de 1848 á 54 y aun algo después, la ropería de D. Antolín López en la calle de Toledo, la relojería de Plaza en la calle de la Cruz, y la cerería de Tomé, sita en la calle de Atocha esquina á la de San Sebastián.

En este último establecimiento, abría cátedra y llevaba la voz cantante, el viejo aficionado D. Fausto Gálvez, admirador entusiasta é íntimo amigo de Francisco Montes, del que conservaba preciados recuerdos, teniendo en especial estima y casi en la categoría de reliquia, un estoque que *Paquiro*

denominaba *la culebra*, y que había usado durante muchos años en las grandes solemnidades. No se contentaba Gálvez con las explicaciones teóricas, sino que *aliquando* solía pasar á vías de hecho, y colocado frente á una silla, tomaba con la mano izquierda un enorme pañuelo de seña, el bastón con la derecha, y tratando de probar á su reducido auditorio, lo fácil que es de ejecutar la operación simultánea de *vaciar y meter el brazo*, se arrancaba en corto y por derecho sobre la silla, saliendo siempre desahogamente por la cola, ó sea por el respaldo.

Reunion mucho más importante, era la que en las primeras horas de la tarde, se congregaba en la relojería de D. Juan Antonio Plaza, calle de la Cruz, y á la que asistían aficionados de tanta calidad como los hermanos Reguera (D. Blas y D. Eusebio); el septuagenario D. Atanasio, dorador establecido en la misma calle, que había presenciado la muerte de *Pepe-Aillo* y había sido gran amigo de Pedro Romero; D. Antonio Cabeza de Vaca, Coronel retirado; el abogado D. José González Serrano; y por último, D. Alejandro Latorre y Orrantia, Contador del Tribunal Mayor de Cuentas, apoderado de Montes y el *Chiclanero*, autor de las graciosas *Semblanzas de los toreros* dadas á luz en 1845, y conocido entre sus contertulios

con el apodo de *Meternich*, por la sagacidad y diplomacia con que conducía las negociaciones referentes á contratas de los diestros. Los afiliados á esta tertulia, eran todos acérrimos partidarios de la escuela rondeña en su mayor pureza, y sus ídolos eran por consiguiente, Montes, el *Chiclanero* y Cayetano, que también concurrían á la reunión.

El personal adicto á la escuela sevillana, tenia establecida su asamblea, en la tienda de D. Antolin López, apoderado de *Cúchares*; figurando como miembros principales, el acaudalado tablajero de la calle Mayor y proveedor de la Real Casa, D. Francisco Alvarez (a) *Cañete*; el intransigente *cucharista* D. Juan Tró; D. Francisco Zaldos, vecino perpétuo de la calle de la Gorguera, y el propietario D. Pascual Villa. Allí se ensalzaban los primores y jugueteos de la escuela sevillana, juzgando el toreo rondeño como desabrido, seco é impropio del caracter alegre y movido del espectáculo. Inútil decir que en dichas conferencias, era frecuente la presencia de los héroes aclamados en ellas ó sean los maestros León y *Cúchares*.

Estas reuniones parciales venían á fundirse por la noche, en el antiguo café denominado *la vieja Iberia*, establecido en la Carrera de San Gerónimo, núm. 28, donde hoy el almacén de papeles pintados y

la horchatería de Candela. En un gabinete reservado de dicho establecimiento, se constituía tan respetable concurso, que reforzado con la presencia del correo de gabinete don Francisco Cuesta, de su hermano Pepe, de mi querido deudo Anselmo Carmena y presidido por el ilustre D. Pedro Colon, Duque de Veragua, formaba, por decirlo así, una especie de areópago tauromáquico.

Allí tendía el paño Blas Reguera, el más inteligente de los socios, y discutiendo las suertes ejecutadas por los diestros, asignaba á cada una su verdadero mérito, si bien inclinándose siempre á favor del toreo rondeño, por el que sentía marcada predilección. Bien probó más tarde el susodicho Reguera, con las magníficas revistas que publicó por los años del 54 al 57 en el periódico *Las Novedades*, bajo el pseudónimo de *Don Parando*, que era digno de la atención y religiosidad con que durante mucho tiempo escucharon sus explicaciones, no sólo sus colegas de afición, sino los acreditados diestros Montes, León, *Cúchares*, *el Chiclanero* y Cayetano.

También yo alcancé á conocer á una persona de quien Barbieri habla en su carta. Me refiero al obligado, al perenne, al inevitable D. Joaquín Marraci, protector de cofradías, bastonero en procesiones, azote de las calles,

puntal de las esquinas, gacetilla de todo grupo, y hombre, en fin, que resolvió el problema de la ubicuidad, encontrándose, como Dios, en todas partes. Le recuerdo perfectamente, con su fisonomía de loro americano, sus tremendas gafas y pobladas patillas grises, ocupando, cual presidente en el banco azul, el asiento extremo de la meseta. Además de muy entendido en tauromaquia, era Marraci una notabilidad, del corte de su tocayo Barrutia, deseados ambos y bien quistos en todas partes por su originalidad y su especialísimo don de gentes. No quiero olvidarme de decir que Marraci era también contratista y ajustador universal de entierros, por lo que Manuel del Palacio le enderezó la siguiente semblanza:

«Vive ayudando á morir
á los que luchan inciertos
viendo la muerte venir,
y éstos le pagan, ya muertos,
ayudándole á vivir.»

Merece asimismo una especial mención, como aficionado de buena casta, el inteligente Chironi, que desde el tendido número 8 de la Plaza vieja, llamaba al orden con su terrible esquilón á los lidiadores, tocando uno, dos, tres golpes, ó un repique, según que la faena que practicaban era regular,

mala, peor ó detestable. Como ahora siguiera acudiendo á la fiesta Chironi, ó apareciese algún sucesor suyo, tendría que pasarse, salvo honrosas excepciones, repicando toda la tarde, si es que había de proceder en justicia.

Y cierro mi catálogo de tipos taurómacos, consagrando un recuerdo al *Tuerto, mozo* de cerca de ochenta años, que vivía en la caballeriza de la Plaza antigua desde principios de siglo, y había alcanzado á ver torear á Curro Guillén y á Gerónimo José Cándido; y á la *Señá Socorro*, respetable matrona que acabó sus días en un cuarto contiguo á dicha caballeriza, después de haberse ocupado por espacio de cuarenta años en componer las muletas y capotes que se rasgaban durante la lidia, y en cuidar del altar de la capilla, para el que pagaban la cera los matadores.

Mayo, 1884.





COPLAS AL QUIEBRO

Empresario sin decoro
y sin chispa de conciencia,
que abusa de la paciencia
del público á quien estruja,
¡granuja!

Ganaderos desahogados,
que venden gatos monteses
en lugar de vender reses,
por guardar unos doblones,
¡ladrones!

Profesor veterinario
que á un becerro de desecho
le da como toro hecho,
firmando con su apellido,
¡bandido!

Inspector ó delegado
que por un billete gratis
se *achanta* y se da por satis-
fecho y á todo se calla,
¡canalla!

Presidente que autoriza,
asistiendo al apartado,
que se toree un ganado
digno de Villamorral,
¡concejal!

Revistero que describe
una *gatada* indecente
y elogia discretamente
al ganado en su revista,
¡sablista!

Autoridad que condena
abusos tan capitales,
multando en DOSCIENTOS REALES
á la empresa, y aun vacila,
¡lila!

Y público que no hace
la justicia por sí solo
y da un disgusto al *bartolo*
que le toma por un ganso,
¡¡¡Manso, manso, manso, manso!!!

Octubre, 1896.





CERVANTES REVISTERO DE TOROS

Siempre fueron las fiestas de toros el más regocijado espectáculo de los españoles. A partir del año 1124, en que para solemnizar el matrimonio de Alfonso VII, en Saldaña, con Doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, se verificó una lucidísima, apenas se registra acontecimiento de alguna significación en el orden político, y aun en el religioso, que no sea celebrado con la obligada *fiesta de toros*. Fueron ascendiendo éstas en importancia hasta llegar á su mayor grado de esplendor en los siglos XVI y XVII, en cuya época habían encarnado en el corazón del pueblo, quizás con más ardor que lo estuvieron entre los moros, y la liza constituía la diversión favorita de nobles y plebeyos. Ya lo dijo Argensola:

«Para ver acosar toros valientes
(Fiesta africana un tiempo, y después goda
Que hoy les irrita las soberbias frentes)
Corre agora la gente al coso, y toda,
O sube á las ventanas y balcones,
O abajo en rudas tablas se acomoda.»

Y Reyes y Príncipes que no se habían des-
deñado de dejar el cetro para empuñar el re-
joncillo, dieron el ejemplo á la nobleza po-
niendo cada día más en boga esta fiesta. La
galantería, que tan activa parte toma en to-
das las acciones de los hombres, arrastró la
opinión general, y no hubo noble que no
quisiese imitar al monarca, en disfrutar los
premios que la hermosura adjudicaba al
valor, ó tal vez á los esfuerzos del amor
propio.

Ni cabía el que se verificasen estas solem-
nidades sin que después se diese de ellas
puntual y exacta noticia, haciéndose lenguas
de la bravura de los toros, del valor y ga-
llardía de los caballeros lidiadores y del lus-
tre y brillo de la concurrencia. Desempeña-
ron este cometido generalmente, si se ha de
decir verdad, escritores y poetas de bien es-
caso vuelo; algunos, verdaderos buhos ó le-
chuzas del Parnaso.

Hombre hubo que, para describir la salida
de un toro negro y sus primeros encuentros

con los caballeros, rompió en los siguientes versos:

«Lutos su piel pronostica,
Su planta, sepulcros abre;
Traviesa la mano, cuenta
Arenas, y aun no desastres.

.....
Todos arrostran el riesgo,
Mas tú Enriquez madrugaste;
Y el mérito de emprenderle
Fué segundo al de estrenarle.

.....
Al prodigioso Meneses
Negó la fiera señales
De espada corta, en las bocas
Que nunca abriera el montante.
A la fiera, pues, que corre,
Golfos de aire, viva nave
Padilla inmoble se opuso
Roca inmortal de diamante.
Como en terremoto fiero,
Chocan dos montes iguales
Parando el vaivén furioso
En que más los dos se arraiguen,
La fiera y Laso se encuentran,
Perdone Alcides, que hace
Mayor su gloria el que vence
Por elección que por trance.»

No todo, sin embargo, fueron *chirridos* de este jaez. Los más aventajados ingenios españoles enaltecieron con frecuencia en prosa y verso la hermosa fiesta, y el príncipe de nuestros ingenios puso también en una ocasión al servicio de ella su pluma de oro.

Viernes Santo 8 de Abril de 1605, entre nueve y diez de la noche, dió á luz en Valladolid S. M. la Reina Doña Margarita de Austria al Príncipe Felipe Dominico Víctor, después Felipe IV. Anunciaron las campanas el fausto suceso, acogido por el pueblo con expresivas demostraciones de júbilo, amortiguadas después algún tanto por la gran calentura que al tercer día acometió á la augusta señora, poniendo en grave peligro su vida. Restablecida por completo de su dolencia, dispusiéronse ostentosos regocijos y fiestas, tales como iluminaciones, justas, torneos, máscaras, maniobras militares, procesiones y juegos de toros y cañas.

De lo sucedido en ellas se imprimió en la oficina de Juan Godinez de Millis, con data de 1605, y se puso á la venta en la librería de Antonio Coello, una curiosa y detallada relación, que aunque ha corrido sin nombre de autor, está admitida entre los bibliófilos más acreditados, como original de Miguel de Cervantes Saavedra. La circunstancia de residir éste á la sazón en Valladolid, su amis-

tad íntima con el impresor y librero que llevaron á cabo la publicación, las autorizadas referencias de otros escritores de la época y entre ellas la maligna alusión contenida en un soneto burlesco atribuido á Góngora, criticando el excesivo gasto ocasionado en dichas funciones, que termina diciendo:

«Mandáronse escribir estas hazañas

A Don Quijote, á Sancho y su jumento» han confirmado la opinión entre los eruditos de que la *Relación* expresada, aunque escrita con bastante desaliño, se debe á la misma prodigiosa pluma que dió vida al *Quijote*. No es, en verdad, unánime este parecer, pues persona tan peritísima en la materia como el Sr. Gayangos, en su precioso libro *Cervantes en Valladolid*, disintiendo de las respetables opiniones de Pellicer, Navarrete Hartzzenbusch y La Barrera, se inclina á creer que ni en la forma ni en el estilo se aproxima la *Relación* á la «manera de escribir» de Cervantes. Sin abrigar y o la ridícula pretensión de cruzar el montante en asunto tan difícil de esclarecer, inclínome á la afirmativa mientras no se presente alguna prueba que, por lo menos, desvirtúe las razones aducidas en pro, y me atengo á las opiniones de Pellicer, Navarrete y Hartzzenbusch; á la de D. Cayetano Alberto de La Barrera, que reimprimió como de Cervantes la *Relación* citada;

á la de los Sres. Sancho Rayón y Zarco del Valle, que en el tomo II del *Ensayo de una biblioteca de libros raros ó curiosos* la incluyeron entre las obras del inmortal alcaláino, y, finalmente, á la sustentada por el mismo Sr. Gayangos y por D. Enrique de Vedia en el tomo II de la *Historia de la literatura española* de Ticknor, página 550, al declarar que «durante su residencia en Valladolid, y al propio tiempo que preparaba para la imprenta su primera parte del *Quijote*, Cervantes escribía otro libro que se le atribuye con algún fundamento, y en el que da noticia muy detallada de las fiestas celebradas en Valladolid al nacimiento de Felipe IV;» y que «la obra presenta de vez en cuando rasgos característicos, así como manera de decir peculiares del célebre autor del *Quijote*.»

Consta la *Relación* de 48 hojas, tamaño 4.º; está dedicada por Antonio Coello, mercader de libros, al Conde de Miranda, y fechada en Valladolid á 9 de Octubre de 1605. La descripción del *Juego de toros y cañas* comprende los folios 30 á 35, y dice así:

«Viernes que se contaron diez de Junio después del día del Corpus, habiendo el Rey mandado que se hiciese este día el juego de cañas en la plaza mayor de Valladolid, que por su grandeza y proporción, en forma

casi cuadrada, y por las tres órdenes de balcones de hierro que tiene á compás, es la mejor del mundo, estando adornada de muchas tapicerías de brocado, telas de oro y sedas, y los tablados debajo de las ventanas en torno: de manera que hacían un grande y bien compuesto teatro, con el lugar que en las galerías ó terrados se habían hecho, para que tanto mayor número de gente se pudiese acomodar. Entre las doce y una horas de medio día entró la Reina nuestra señora en una Acanea con sillón de plata y gualdrapa bordada, yendo delante toda la nobleza de la Corte, el Príncipe de Piamonte y su hermano el gran Prior de Castilla, y los grandes del Reino que se hallaban en ella, todos tan ricamente vestidos y galanes, diferentes de los otros días, que admiraba tanta grandeza justamente empleada en ocasión de tan digno regocijo. La Reina nuestra señora llevaba faya entera de gurbión de oro, y gorra aderezada con grandísima cantidad de joyas por todo el vestido y un pinjante con un diamante con una preciosa perla de extraordinaria grandeza, que como hería el sol en los diamantes, hacía lindísima vista, y lo mismo era en cuantos lo llevaban, que eran casi todos, porque otras joyas no había. Al lado de la Reina nuestra señora iba el Rey nuestro señor, á la gineta, y lle-

vaba un hermoso y rico jaez, bordadas en la mochila de oro y perlas las armas de todos los Reinos de su corona. Seguía á su Magestad la camarera mayor: y después todas las damas en palafrenes con riquísimos sillones de plata y guarniciones, unos bordados, otros chapados, y ellas en cuerpo con gorras aderezadas y plumas y fayas enteras de diferentes telas de oro, rasos cortados, aforrados de velos de oro y plata y bordados con multitud de joyas, acompañándolas los galanes tan lucidos y vistosos que verdaderamente fué acompañamiento de tal día y de tales Príncipes.

Apeáronse sus Magestades en las casas de la ciudad, adonde se les tenía aparejada la comida, porque allí habían de estar á la fiesta. Poco antes que se soltasen los toros salieron sus Magestades á la galería de la ciudad, que es muy grande y desenfadada y muy á propósito para tales fiestas. Y tomado su lugar en el balcón, se preguntó de parte de su Magestad al Almirante, si holgaría de ver la fiesta con las damas, de lo cual mostró recibir gusto, y así vió la fiesta sentado con ellas. Los caballeros Ingleses estuvieron en los balcones largos debajo de su Magestad en la misma casa.

Antes de estar sus Magestades en su lugar, entró el Conde de Miranda con el Con-

sejo Real, Alcaldes de la casa y Corte, y Ministros y oficiales del Consejo, que así por representación de la mucha excelencia del Conde, como por la gran autoridad de tan excelso Consejo fué vista de grande estimación y á todos muy grata: y se fueron á apearse á su lugar, estando todos los Consejos en los suyos: porque en tales días se acostumbra de señalarlos á los tribunales y á las personas de autoridad.

Entró luego el Marqués de Camarasa á caballo, y detrás de él, la guarda Española de que es Capitán, en orden de guerra, con pífaros y cajas. Y luego la Alemana, guiándola su Alférez, y en medio de ella á caballo el Capitán Calderón, Caballero del hábito de San Juan, su Gobernador, también en orden de guerra. Y después el Marqués de Falces, Capitán de los Archeros, con ellos en tropa. Y habiendo los guardas tomado su acostumbrado lugar, se mandó que se limpiase la plaza porque había mucha gente y no convenía que quedasen más de los toreadores. Y luego entraron catorce carros en ala, con largas cubas de agua, que en un momento la regaron y la dejaron muy fresca; y pareció bien aquel gran teatro con tanta gente, ventanage y terrados, adonde se juzgó que había poco menos de cien mil personas. Soltáronse los toros, que fueron bravos, y se

fueron corriendo por su orden; y quiso Dios que tanto más alegre fuera la fiesta, cuanto que hicieron poco daño, aunque dos ó tres veces desbarataron la guarda, que fué vista alegre y apacible. Celebráronse mucho dos lanzadas que se dieron y los garrochones que hubo; por que salieron á la plaza con multitud de lacayos vestidos de librea, en lindísimos caballos con ricos jaeces, el Duque de Alba, el Duque de Pastrana, el Conde de Salinas, el Conde de Coruña, el Marqués de Tavara, el Marqués de Villanueva de Barcarrota y otros caballeros. Y fué cosa agradable para los extranjeros ver las muchas y buenas suertes que se hacían con los toros, admirando la ligereza de los caballos, la destreza y ánimo de los caballeros. Y no menos maravilla causaba las buenas suertes que hacían los de á pié, provocando al toro, y sabiendo ligeramente escusar el encuentro dejándole frustrado.»

Sigue el autor describiendo minuciosamente el juego de las cañas, que fué brillantísimo. En él tomaron parte el Rey y todos los principales grandes de España, asistidos de lucidas cuadrillas, regresando sus Majestades, una vez terminada la fiesta, á Palacio, en coche, y estando las calles profusamente iluminadas.

Tal es la relación atribuída á Cervantes,

conocida solamente, hasta ahora, de algunas docenas de bibliófilos y literatos, y que de hoy más, en la parte relativa á los toros, quedará como del dominio común, acogiéndome yo, al presentársela á los lectores de *La Lidia*, á la conocida y sabia máxima de aquel incomparable ingenio, que dice

«Que el que á buen árbol se arri-
buena sombra le cobí.»

1884





UNA TRAGEDIA DEL TOREO

Noventa y un años se cumplen hoy de la desgraciada muerte del famoso lidiador José Delgado (*Hillo*), acaecida en la plaza vieja de toros de Madrid, derribada el año de 1874.

Celebróse en dicha plaza el día 11 de Mayo de 1801 la tercera corrida de las que S. M. el Rey tenía concedidas á los Reales Hospitales General y de la Pasión, mandando y presidiendo la fiesta el entonces corregidor de la villa D. Juan de Morales Guzmán y Tovar.

Los diez y seis toros lidiados por mañana y tarde eran: dos de la vacada de D. José Gijón, vecino de Villarrubia de los Ojos de Guadiana, con divisa encarnada; cuatro de la de D. Manuel Briceño, de Colmenar Viejo, con divisa azul; dos procedentes de la de Pe-

ñaranda de Bracamonte, nueva en la plaza, con divisa escarolada; cuatro de la de don Hermenegildo Díaz Hidalgo, de Villarrubia de los Ojos de Guadiana con divisa verde, y cuatro de la de D. Antonio Hernán García, de Colmenar Viejo, con divisa blanca.

Las cuadrillas habían cumplido á satisfacción y sin contratiempo alguno su cometido, tanto en la lidia de la mañana, como en los seis primeros toros que iban jugados en la corrida de la tarde; no obstante haberse hallado muy expuestos los lidiadores en repetidas suertes, por la mala condicion de las reses, que parecían toreadas ya anteriormente.

Salió el séptimo toro, de la ganadería de D. José Joaquín Rodríguez, procedente de la de Peñaranda de Bracamonte, de nombre *Barbudo*, que fué cobarde para los caballos, recibiendo solamente de refilón y sin codicia tres ó cuatro puyazos. Le banderillearon con inteligencia, pero no sin dificultad, Antonio de los Santos, Joaquín Díaz y Manuel Xaramillo, y salió á matarle José Delgado.

D. José de la Tixera, testigo presencial de la desgracia y que la refirió en carta á un amigo, escrita dos días después, dice que la fiera se hallaba buscando defensa en las tablas, y que tanteada por el diestro con dos pases naturales, se revolvió furiosamente,

acometien lo á éste, que se libertó de la cabezada merced á un rápido y ceñido pase de pecho.

Quedó el toro igualado, hallándose á la derecha de la puerta del chiquero; y armado el matador, entró al volapié con gran coraje, dando una media estocada contraria; pero el toro hizo por él y al salir de la suerte le enganchó con el cuerno derecho, por el cañón izquierdo de los calzones, suspendiéndole en el aire y arrojándole con violencia al suelo, donde cayó tendido boca arriba y sin hacer movimiento alguno.

Ni la pronta asistencia de las cuadrillas, ni el celo del picador Juan López que intentó poner al toro una vara á caballo levantado, pudieron evitar que acometiendo de nuevo al diestro, lo recogiese clavándole el asta izquierda en la boca del estómago y campañeándole en distintas posiciones por espacio de un minuto. En tan supremos instantes, vióse al valiente lidiador apoyar las manos en el pitón que le tenía atravesado, tratando de desasirse de él; pero desgraciadamente al caer en tierra estaba ya muerto.

Según el certificado de la autopsia practicada al cadáver, tenía una herida en el epigástrico que se hizo penetrante á la cavidad del vientre, al estómago, al hígado y al diafragma, saliendo la punta del asta por la

parte superior del pecho, fracturando siete costillas y dividiendo muchos y considerables vasos, que produjeron un gran derrame sanguíneo en la cavidad vital y la muerte instantánea; pues cada una de las heridas por sí sola era mortal.

Depositado el cadáver en el Hospital General, fué desde allí trasladado el día 13 de Mayo á la parroquia de San Ginés, donde recibió cristiana sepultura, concurriendo al acto de la conducción, que presidió su discípulo y compañero Antonio de los Santos, numeroso acompañamiento, además de los miles de personas que ocupaban las calles y plazas que debía recorrer el fúnebre cortejo.

Honda impresión causó la tremenda desgracia del infeliz José Delgado. De carácter abierto y espontáneo, generoso, complaciente, caritativo, animoso en el peligro, con un amor propio exagerado hijo de su pundo-nor, ávido del aplauso público y dispuesto para obtenerle y conservarle, á sacrificar una y mil veces su existencia, *Pepe-Hillo* logró ser una personalidad grata y simpática á las clases de elevada posición, recibió pruebas inequívocas de la estimación y aprecio en que le tenían muchas damas de la aristocracia y fué el ídolo de chisperos, manolas y tablajeros; no habiendo bautizo, boda, ni

fiesta campestre de algún viso entre la gente del pueblo bajo de Madrid á que no fuese invitado, aumentando con su presencia la alegría general.

Fué también el primer torero de profesión que inspiró é hizo publicar con su nombre un *Arte de torear*. Salió este á luz en Cádiz el año de 1796. En el prefacio de su libro ya revela José Delgado su extremada jactancia de maestro en su profesión, al decir que «como no ha habido uno siquiera que hable del toreo, se ha empeñado aun más en ser el primero que salga á lucir sus pensamientos é ideas tauromáquicas, fundadas en la sabia experiencia, que es la madre legítima de sus conocimientos. Y como que sin esta experiencia adquirida por la práctica, y no la especulativa, no es posible acertar; de aquí es, sin duda, que aunque alguno haya tenido sus pujos de escribir sobre el toreo, no se atreviera á avanzar esta empresa, como insuperable por falta de conocimientos prácticos. Yo, á Dios gracias —añade— puedo echar algunas plantas y revestirme un si es ó no es de maestro...»

Lo era, en efecto, *Pepe-Hillo*; pero su fogoso temperamento, la imprudente confianza en si mismo y el deseo vehemente de aventajar á *Costillares* y Pedro Romero, sus contendientes en el coso, le llevaron en mu-

chas ocasiones á poner su vida en inminente riesgo, abandonando las prudentes reglas establecidas por él en su *Tauromaquia*. Por eso, aunque á la cabeza del primer capítulo declara que «toda suerte en el toreo tiene sus reglas fijas que jamás faltan», faltaron tanto para él, que su cuerpo se vió acribillado por veinticinco cornadas, y exhaló el último aliento en las astas de un toro.

Valor más disciplinado y sereno demostraron *Costillares* y Pedro Romero, aparte de su indiscutible maestría, por más que los ciegos admiradores de *Hillo* quisieran suponer que los escasos é insignificantes percances sufridos por aquellos diestros, fueran debidos exclusivamente a la fortuna, opinión que no tiene explicación satisfactoria, habiendo toreado ámbos por espacio de muchos años.

Este erróneo criterio quiso sustentar *Un aficionado vizcaíno* en carta dirigida al *Diario de Madrid* poco tiempo después de la muerte de *Pepe-Hillo*; pero como podrá ver el lector, las razones aducidas venían á demostrar lo contrario de lo que se pretendía y á constituir la mejor y más brillante apología de aquellos dos célebres matadores.

«Llevaron al último grado de perfección—dice *El aficionado vizcaíno*—el arte de matar los toros Joaquín Rodríguez *Costillares*

y Pedro Romero, los cuales, habiendo logrado inclinar cada uno á su partido á todos los aficionados de corridas de toros, dieron tanta importancia por los años de 1789 á su ejercicio, que hubo un tiempo que entre las damas y caballeros de las tertulias de Madrid no se trataba de otra cosa que de si la estocada que dió *Costillares* al toro tal, estaba medio dedo más baixa de la que dió Romero al toro anterior.

«Estos dos célebres lidiadores, más dichosos y afortunados que profesores en un arte tan arriesgado, han continuado hasta estos últimos años matando toda clase de toros con una perfección y serenidad de ánimo que causa admiración, sin que los peligros en que tantas veces se han visto, les hayan retraído. Estos fueron los que fixaron la necesidad de matar todos los toros cara á cara y de la primera estocada, fuesen cobardes, maliciosos ó de dañada intención: estos los que establecieron la bárbara suerte de dar la estocada á toro parado, quando no obedecía á la muleta: estos los que dieron el nombre de estocada á ley á la que se daba en el cerbiguillo, en la nuca, ó, según entiende el pueblo, en medio de la cruz: y estos, finalmente, los que con su emulación dieron á los espectadores una idea falsa del modo que debían matarse los toros, co-

rrieran ó no peligro los estoqueadores.

»El pueblo, pues, acostumbrado al modo de estoquear de estos hombres, ó por mejor decir, á su fortuna y felicidad, juzga ya como una obligación de sus sucesores el arte de matar los toros con igual perfección...

»Josef Delgado (*Hillo*), contemporáneo de estos dos felices lidiadores, ha sido uno de aquellos hombres singulares en quien residía el más pleno conocimiento del arte de torear y matar con estoque, de modo que con dificultad podrá presentarse otro lidiador de más alto mérito en plaza; pero este hombre de tanto mérito y de tan altos conocimientos en su línea, ¿ha sido tan afortunado como *Costillares* y *Romero*? No por cierto: todos saben cuán desgraciado fué en las muchas heridas que recibió y cuántas veces se ha visto por ellas cercano á la muerte, hasta que por último ha perecido en las astas del toro. ¡Desventurado *Pepeillo*! Demasiado conocías tú el riesgo á que estabas expuesto, pero tu pundonor por complacer al público te condujo á la muerte.»

Así desbarraban los idólatras del malogrado diestro sevillano, como si para enaltecerle fuera preciso deprimir á los que, según ellos mismos confesaban, habían llevado el arte de matar los toros al último grado de perfección. Machacando sobre el mismo

tema, dice una poesía de las muchas que por entonces se dedicaron á la muerte de *Hillo*:

Yace al golpe fatal de armada testa;
No el miedo lo causó, sí la desgracia;
Que si del gran *Romero* la fortuna
Pepe-Hillo el animoso disfrutara,
Ni la fama de aquel fuera tan una,
Ni éste en la sepultura se mirara.

Conservo en mi colección de documentos taurinos el «Estado de los productos de la corrida del 11 de Mayo de 1801», que asciende en junto á la cantidad de 89.438 reales con 29 maravedises y la nómina original del haber correspondiente á los toreros de á caballo y de á pié que trabajaron en la misma.

Figuran en la nómina como primeras espadas Josef Delgado (*Hillo*) y José Romero, con el haber de 2.800 reales cada uno. Antonio de los Santos, también primera espada, con 2.000 y Juan Núñez (*Sentimientos*), de media espada, con 500 reales.

Manuel Rodríguez (*Nona*) tiene asignado como banderillero el haber de 420 reales, y á razón de 400 los restantes banderilleros, que son: Alfonso Alarcón, Cristobal Díaz, Felipe Bargas, Manuel Alonso, Juan José

Clarós, Joaquín Díaz, Sebastián Bargas, José García, José Díaz y Manuel Xaramillo.

Para picar por la mañana se asigna á Cristobal Ortiz y Juan de Rueda el haber de 1.000 reales á cada uno, y las mismas cantidades por picar en la media corrida de la tarde á Pedro Puyana, Cristobal Simón Bautista, Juan López y José María Rodríguez, percibiendo José Doblado 450 reales en calidad de primer reserva, y 150 como segundo reserva Miguel Velázquez de Molina.

Importa la nómina 19.120 reales, y autoriza su pago al pié de ella el Marqués de Astorga, Presidente de la Junta de hospitales. Donde debía firmar *Pepe-Hillo*, firma, «en virtud de habilitación judicial», por fallecimiento del diestro, su esposa María Salado.

Manifestación expresiva del sentimiento que produjo el desastroso fin de José Delgado, fué también el cúmulo de romances, hojas sueltas, aleluyas, poesías y estampas que en Mayo y Junio de 1801 se publicaron, describiendo su cogida y muerte; y hasta estuvo de moda durante algunos meses entre las señoras el uso de los *abanicos de Pepe-Hillo*, con su retrato, que, ya bordados en tela ó papel, de maderas finas, entrefinas, y de hueso calado y sin calar, expendió por

miles, realizando pingüe negocio, un fabricante establecido entonces en el número 18 de la calle del Olivo bajo, hoy de Mesonero Romanos.

Contaba al morir el celebrado diestro la edad de cuarenta y siete años, un mes y veinticuatro días, como nacido que era en Sevilla á 17 de Marzo de 1754, según consta de su partida de bautismo publicada en *La Lidia* del 29 de Diciembre de 1886 por mi excelente amigo el doctor Thebussem.

Nueve días antes de su fallecimiento, ó sea el 2 de Mayo de 1801, firmó la última escritura, cuyo original poseo, por la que se comprometía á torear cuatro corridas en la ciudad de Segovia en Agosto y Septiembre siguientes. ¡Cuán lejos estaría de pensar, él, tan despreocupado ante el peligro, que no podría cumplir el compromiso adquirido, y que á los pocos días de contraerlo habría de sucumbir al golpe más terrible que registran los anales de la tauromaquia!

11 de Mayo de 1892.





A CARLOS ALBARRÁN

(EL BUÑOLERO)

Perdona ¡oh Carlos! si mi humilde canto
á tí va dirigido;
pero me atrevo á tanto,
porque estoy plenamente convencido,
—y no te lisonjeo—
de que es una injusticia muy saliente,
que no ocupes un sitio preferente
en la historia del arte del toreo.

A reparar tan lamentable olvido
viene mi pobre musa.

• • • • •
¿Quién no te ha visto, de *pavero* y blusa
caminar decidido,
con la brocha y el cubo del engrudo,

dar un pase de pecho,
y arrancándote en corto y por derecho
sobre los esquinazos,
fijar con tres brochazos
los alegres carteles,
que anuncian la corrida,
á taurómacos viejos y noveles,
y mueven cual por mágico resorte
á todos los *barbianes* de la corte?

Llega el momento de salir al coso;
y antes que la corrida dé comienzo,
ya te miro gozoso
en el cuarto á los chulos destinado,
despojarte de ropa y de calzado,
trocando el pantalón de crudo lienzo,
por la antigua *talega*
de parda seda y negros alamares,
que te dá,—y no te *achares*—
aspecto de torero, aunque de pega.
Y viendo tu coleta tan escasa,
bien puede proclamar hasta el más lelo,
sin que parezca guasa,
que eres un lidiador de *poco pelo*.

Mas ¿qué importa? Tu histórica figura
aunque no se distinga por la hechura,
pues del tiempo la mano despiadada
la tiene ya algún tanto averiada,
representa el recuerdo,

la tradición, de tiempos ya lejanos,
en que un público cuerdo
y no zumbón como se estila hoy día,
batía palmas y juntaba manos,
sólo para premiar la valentía
y el arte, que ostentando mil primores,
usaban los antiguos lidiadores.

Hoy... ha cambiado todo; los toreros,
salvas sean algunas excepciones,
son una colección de *camameros*
que buscan los doblones
por medio de artificio y de tranquilo,
echando el cuerpo fuera
y haciendo de la lidia un baratillo.

Sólo tú, Carlos, hombre de conciencia
y de larga experiencia,
prácticas hasta el día con decoro,
tu suerte favorita:
la de abrir el portón de la *mezquita*
para que salga el toro.
Por eso siempre el público celebra
tu aparición sobre la rubia arena,
y de verte se alegra,
cuando con majestad grave y serena
y clásica apostura,
del ministril de tanda
recibes con un quiebro de cintura
la llave codiciada,

con que has de dar salida
á toda la *bueyada*
que tiene que lidiarse en la corrida.

Esta suerte que llevas, sin amaños,
practicando hace más de cuarenta años,
sin experimentar ningún percance
habiendo repetido tanto el lance,
ante propios y extraños
te conquista, á mi ver, eterna fama;
y por eso mi musa te proclama
digno de esta leyenda,
que debiera grabarse en letras de oro:
«El abrir los portones del chiquero
y dar salida al toro,
nadie lo hizo, ni hará, con más salero,
que Carlos Albarrán (*el Buñolero*).»

1886.



LA MUERTE

DE CARLOS PUERTO

Entre la pléyade brillante de lidiadores de á caballo que floreció durante el segundo tercio del siglo actual, en la que figuraban hombres tan notables como Curro Sevilla, Juan Gallardo, *el Coriano*, *Poquito pan*, *Charpa*, *Castañitas*, y José Trigo, ocuparon distinguido lugar y gozaron en su época de generales y merecidas simpatías los hermanos Carlos y Francisco Puerto. El primero especialmente, lo mismo en su trabajo como lidiador, que en su trato particular, poseía el preciado don á pocos concedido, de captarse el afecto y la consideración del que cruzaba dos palabras con él, ó le estrechaba una vez la mano.

De arrogante y atractiva figura, ocurren-
te y chistoso en el decir, ameno al par que
comedido en su conversación, con un caracte-
r franco y ábierto, generoso, dócil, servi-
cial, siempre alegre y de buen humor, Carlos
era comensal ó punto obligado de toda *cu-
chipanda* ó fiesta andaluza; no de aquellas
en que los excesos del vino convierten la di-
versión en pendencia ó la broma culta y ale-
gre en grosera orgía, sino de las en que se
come y bebe con prudencia, agregando á los
sabrosos manjares el aperitivo de unas *jabe-
ras* ó *serranas* dichas al rasguear de la gui-
tarrá, con la gracia que es proverbial en las
hermosas hijas de la antigua Bética.

Reunía todas las cualidades más aprecia-
bles del caracter andaluz. No lo era, sin em-
bargo. Había nacido en Alicante el día 4 de
Diciembre de 1813, pero obligados sus pa-
dres por negocios de familia á trasladarse y
fijar su residencia en el Puerto de Santa Ma-
ría cuando Carlos apenas contaba quince
meses de edad, como natural de esta ciudad
se le consideraba, y como hijo de ella, aun-
que no lo fuese más que adoptivo, figuró
siempre en carteles y papeletas.

El estado de fortuna de sus padres no les
permitía costearle una carrera ó darle una
educación científica; así es, que al terminar
el muchacho la instrucción primaria, deci-

dieron aplicarle á un oficio, colocándole al efecto como aprendiz en un taller de construcción de carruajes. Dió pruebas de laboriosidad é inteligencia, llegando en breve tiempo á ser un buen oficial, y asegurándose una subsistencia modesta; pero el entusiasmo que le producían las lidias de toros, en las que veía lucir su gracia y agilidad á otros jóvenes aficionados, unido al deseo de conquistarse un nombre practicando con acierto tan brillantes ejercicios, estimuláronle á probar fortuna.

Sonrióle ésta al presentarse por primera vez en el palenque de los grandes triunfos y de las grandes desgracias, porque no sólo cautivó á los espectadores el verle sujetar á las reses como un consumado maestro, sino que lidiadores de tanta esperiencia y notoriedad como Juan Pinto y Juan Mateo Castaños (éste último muerto en la misma plaza y casi en el mismo sitio en que más tarde debía perecer Carlos), le auguraron un brillante porvenir en la práctica del toreo á caballo.

No necesitaba tanto el animoso joven para hacer definitiva é irrevocable su resolución. Trocó la herramienta por el castoreño y la pica, creyendo con ello poner una en Flandes, y á las primeras de cambio, firmó diversos contratos para trabajar en algunas

plazas de Andalucía, obteniendo gran aceptación, por la desenvoltura, valor, gallardía é inteligencia con que ejecutaba las suertes. Esta primera campaña de nuestro hombre, que no duró más de dos años, atrajo sobre él la atención de los aficionados; y en el otoño de 1836, invitado á ingresar en una cuadrilla que se estaba formando para dar veintiocho corridas en América, se alistó en ella sin vacilar, y á favor de brisas bonancibles, zarpó del puerto de Cádiz con sus compañeros, á bordo de la fragata española *Lolo*, haciendo rumbo á Montevideo.

La misma estimación que había merecido como lidiador y como particular en su patria, alcanzó en la tierra americana, adquiriendo además excelentes relaciones, que le obligaron á dilatar su permanencia en aquel continente más de lo que al principio pensara. Iban transcurridos cuatro años desde su partida, y aun así no hubiera regresado á España hasta realizar una modesta fortuna, cosa no difícil, dada la espléndida retribución que allí obtenía su trabajo, si los anhelos de una madre que acababa de quedar viuda y á la que adoraba con toda el alma, no le decidieran á volar en su auxilio, aun cuando al hacerlo truncara la posición que ya había empezado á labrarse.

Día de inefable júbilo fué el de su llegada

para la amantísima madre, que pudo estrecharle en sus brazos tras larga ausencia; y lo hicieron también sus amigos de la infancia, con la emoción que despierta en todo pecho generoso, el sacrificio llevado a cabo en aras del amor filial. Descansó Carlos en el Puerto de Santa María, durante algunos meses, y resuelto como estaba á volver á Montevideo, permaneciendo allí todo el tiempo necesario para reunir un regular capital y abandonar la profesión de lidiador tan pronto como lo consiguiera, partió de nuevo á América acompañado de su madre.

Las lágrimas y congojas de ésta, en las tardes de las corridas, hacíanle sufrir mucho más que el temor de su propio riesgo, y esta consideración influyó en su ánimo, para que no contento con los productos que el toreo le proporcionara, se dedicase á la labor del campo, en la que acaso habría realizado sus esperanzas, si la suerte, siempre implacable con él, no hiciese que las hondas convulsiones políticas por que atravesaba el país, causaran el destrozo y la ruína de su pequeña propiedad.

Buscando en el cielo de la patria el lenitivo á tanta desdicha, regresó á su querida Andalucía en la primavera de 1849; y ganoso de recobrar el fruto perdido, después de tanto trabajo, reanudó la carrera tauromá-

quica con el ardor de sus más juveniles años, entrando desde luego á formar parte de la cuadrilla del célebre José Redondo (*el Chiclanero*), en la que permaneció durante tres años, recogiendo lauros y ovaciones en casi todas las Plazas de la Península.

Este período, en el que reveló de lleno sus excelentes facultades, fué el de verdadero apogeo de Carlos Puerto. Citaba bien y por derecho, castigaba siempre en buen sitio, se unía perfectamente al caballo y salía con desahogo y limpieza de la suerte, mostrando también tino especial en la manera de desmontarse, cuando no le era posible detener el empuje de la fiera. Estas sobresalientes cualidades, unidas á la gracia de su apostura y á la elegancia y naturalidad con que consumaba las suertes, colocaronle en lugar tan preferente, que no pocos aficionados le consideraban como el primer varilarguero de su época.

En el mes de Marzo de 1852 ingresó en la cuadrilla del espada Julián Casas (*El Salamánquino*), y empezó temporada en Andalucía, alcanzando ruidosas ovaciones, siendo indescriptible la que le hizo el pueblo gaditano en la tarde del domingo 23 de Mayo, al verle picar en competencia con el afamado Antonio Sánchez (*Poquito pan*).

Esta era de triunfos debía durar poco; y

la dicha, la tranquilidad y el bienestar apenas tocados, iban á desvanecerse por siempre á impulsos de una inesperada, definitiva y espantosa catástrofe.

Pintoresco y animado aspecto presentaba el Puerto de Santa María en la mañana del 25 de Junio de 1852. Brillante y espléndido el sol; los balcones y ventanas de la ciudad engalanados con vistosas colgaduras; los paseos llenos de flores; las bellísimas portuenses y las forasteras de Rota, Chiclana y la Isla, que habían acudido á las fiestas de San Juan, ostentando sus hechizos por calles y plazas; los puestos de frutas, pastas y bebidas, ródoados de alegre concurrencia; músicas y campanas lanzando al aire sus sonido-; y un pueblo radiante de júbilo, esperando con ansiedad la hora marcada para asistir á la corrida de toros.

Desde las dos de la tarde empieza á acentuarse el movimiento. Coches, ómnibus, calesas, ginetes sobre caballos enjaezados á la andaluza, y gran golpe de gente á pie, marchan hacia el anchuroso circo. Van á correrse ocho toros escogidos de la ganadería de D. Anastasio Martín, vecino de Coria del Río. Pica Carlos Puerto, el hijo adoptivo de la ciudad, el amigo de todos, el que viene á justificar ante sus paisanos la gran reputación adquirida en las Plazas de la Península

y de América, á fuerza de constantes alar-
des de valor y destreza.

Llénanse barreras, tendidos y gradas. Los concurrentes, ébrios de gozo, y esperando el anhelado momento de disfrutar del grandioso espectáculo nacional, bullen y se agitan como impulsados por eléctrica corriente. Los vendedores atruenan el espacio con sus gritos y pregones. En los palcos ha tomado ya sitio la plana mayor de las mujeres hermosas de Andalucía, y la movilidad y expresión de sus rostros y sus miradas de fuego, parece como que caldean y multiplican la vida de tan asombrado cuadro.

Suenan las cuatro, y clarines y timbales anuncian el principio de la fiesta. Preséntanse las cuadrillas, capitaneadas por Julián Casas. A la derecha de la primera fila de picadores, marcha el animoso y simpático Carlos Puerto, vestido de azul y plata, con faja y pañuelo color de rosa. Al distinguirlo el público le victorea y aplaude, y él saluda modestamente, con expresiva y cariñosa sonrisa.

Empieza la corrida en medio de la mayor alegría y ni los lidiadores ni el ganado defraudan las esperanzas de los espectadores. Lo mismo los toreros de á pié que los de á caballo bregan con acierto y oportunidad, estimulados por el aprecio que se hace de su

trabajo. Van lidiados cuatro toros y Carlos Puerto ha probado con creces á sus paisanos que no es usurpada su reputación: imponente es también la ovación que se le ha tributado.

Salta á la arena el quinto toro, de nombre *Medialuna*, cornialto, de pelo colorado, bermejo, careto, algo salpicado y ojo de perdiz. Sale abanto, con muchos pies, consiguiendo parárselos *El Salamanquino*, con cinco lances de capa, y emprende una faena dura con la gente montada, dejando seis caballos en la arena á cambio de nueve puyazos. Se aploma un tanto el toro y trata de obligarle Puerto, citándole muy en corto.

En este crítico instante, cuando todo el concurso admira la serenidad del lidiador, que *se estrecha* de un modo magistral con la fiera, el Gobernador civil de la provincia, que en mal hora ha ido á presidir la fiesta, hace una seña enérgica á un salvaguardia para que arrée al caballo del picador, y castigado el animal con un fuerte latigazo en los cuartos traseros, se atraviesa delante del toro, que arremete con espantosa violencia, saca de la silla á Carlos Puerto, llevándose-lo clavado en el cuerno derecho, y campaneándole por espacio de siete segundos, le arroja con furia sobre la tierra.

Se escucha entonces en todos los ámbitos

de la Plaza una exclamación de horror, que rápidamente se trueca en apóstrofes, insultos y amenazas á la autoridad, al ver que corre la sangre del infeliz picador, y al saberse pocos momentos después que la herida es mortal de necesidad. Los gritos de *castigo! venganza! ¡esto es un crimen!*, resuenan cada vez con más ira, haciéndose precisa la intervención de la fuerza armada que, repartida por todas las localidades, desaloja la Plaza, verificando de paso numerosas prisiones.

La herida del diestro es verdaderamente horrible. El cuerno del toro ha penetrado por la ingle derecha, y le ha atravesado todo el cuerpo, hasta salir por un costado, destrozándole el vientre y algunas costillas. El celo desplegado por las cuadrillas para acudir en auxilio de su infortunado compañero ha sido ineficaz, ante lo inesperado y súbito del acontecimiento.

Heróica fué la serenidad de Carlos Puerto en tan espantoso trance. Marchó por su pie á la enfermería, teniendo que sujetarse con ambas manos los intestinos, que se agolpaban á la boca de la herida, y soportando con resignación inconcebible las crueles operaciones facultativas, sólo se lamentaba de la suerte de su anciana madre, y repetía que eran inútiles los esfuerzos de la ciencia para evitar su muerte.

Terminada la primera cura se le trasladó en una camilla á casa de su amigo de la niñez, Erasmo Olvera, en donde fué asistido por la familia de éste con cariñosa solicitud. Ni la más leve queja exhaló contra el movíl de su desdicha; y al oír á uno de sus amigos pedir castigo para el culpable, sólo respondió: *No hay ningún culpable, y retírate, que es hora de pensar en Dios.* En efecto: á las doce de la noche del día 26 le fué administrado el Santo Viático, y á las cuatro y media de la tarde del 29 de Junio de 1852 dejaba de existir, cuando aún no había cumplido treinta y nueve años. Conservó en sus últimos momentos la serenidad del hombre de valor, la resignación que proporciona la fe religiosa y la tranquilidad que dá una conciencia honrada.

Tal fué el trágico fin de uno de los representantes del toreo á caballo más valiosos de la época moderna, desastre que tuvo además un doloroso epilogo; porque la madre del malogrado lidiador, Doña Francisca Santo, perdió súbitamente la razón, y murió cuatro meses después de la tremenda desgracia ocurrida á su hijo.



TOROS Y GAZAPOS

El Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro, individuo correspondiente de las reales Academias de la Lengua y de la Historia, mayor de edad y vecino de Cádiz, ha publicado un folleto titulado *Combates de toros en España y Francia. Apuntamientos y observaciones.*

Consta de 104 páginas, 52 de ellas dedicadas á transcribir opiniones del P. Mariana, Scarron, el Solitario, Laborde, Pechet, Bailly, Villiers, Bourgoing, Quinet, lord Byron, René de Semallé, Arrámbide y Eugenio Sué; y las 48 restantes, después de deducir las cuatro de portadas, para despacharse á su gusto enjaretando, por cuenta propia, una serie de inexactitudes y despropósitos.

Cuando un señor académico correspondiente, que hace alarde de erudición citando

tantos autores, se decide á publicar sus *Apuntamientos*, bien sobre *combates* de toros ó sobre cualquier otra materia, debe tener cuidado de lo que dice, pues de lo contrario, se expone á que un cualquiera, yo, por ejemplo, sin título alguno ni cosa que lo valga, le ponga la ceniza en la frente.

No consienten las dimensiones de un artículo cazar los infinitos gazapos que saltan por el folleto *in partibus* de D. Adolfo; pero me apodero del más gordo, que es de tamaño colosal, y que á la letra dice así:

«Pero muchísimos franceses del tiempo de Napoleón I que volvieron de la larga guerra de España, no llevaron á Francia relaciones más ó menos simpáticas de las corridas de toros. Cuando entró á reinar José Bonaparte, estaban ya abolidas. Las personas ilustradas españolas que se adhirieron á su causa no pensaron en restablecer aquellas fiestas. Además, no convenían espectáculos tales, que daban ocasión siempre á libertades en las plazas, y las circunstancias eran muy difíciles para exponerse á provocar conflictos, aunque el rey filósofo se hubiese, contra sus convicciones, allanado á consentir estos regocijos sangrientos, atendiendo sólo á la política de devolver al pueblo su diversión favorita.» (Páginas 56 y 57.)

Ya lo ven ustedes; nos lo dice un aca-

démico de la Historia, que no puede engañarse ni engañarnos. Las personas adheridas á la causa del rey José *no pensaron en restablecer las corridas de toros porque no convenían espectáculos tales, que daban siempre ocasión á libertades en las plazas.* Y además, porque *las circunstancias eran muy difíciles para exponerse á provocar conflictos,* aunque el rey José SE HUBIESE ALLANADO á consentir *estos regocijos sangrientos.*

Pues bien; ahora, queridos lectores, podrán ustedes apreciar en toda su magnitud la *plancha* del señor académico. Como una de las obras de misericordia es enseñar al que no sabe, yo le voy á contar á D. Adolfo la siguiente historia, para ver si escarmienta y no vuelve á hacer reflexiones *excátedra* sobre cuestiones que no ha estudiado ni por el forro.

Por real cédula de S. M. el rey D. Carlos IV y señores del Consejo, dada en Aranjuez á 10 de Febrero de 1805 se prohibieron absolutamente en todo el reino, *sin excepción de la corte,* las fiestas de toros y novillos de muerte, no verificándose, por lo tanto, corrida alguna en la plaza de Madrid durante los años 1805, 1806 y 1807; pero en el año de 1808, se concedió permiso para verificar algunas corridas á beneficio de los hospitales, dándose seis en los días 19 y 26

de Septiembre y 3, 10, 17 y 24 de Octubre, en las que tomaron parte los matadores Gerónimo José Cándido, Curro Guillén, Juan Núñez (*Sentimientos*) y Agustín Aroca, con sus respectivas cuadrillas.

Por los gravísimos acontecimientos que ocurrían en toda España y por no haber sido levantada en absoluto la prohibición del año 1805, no se celebraron corridas durante el año 1809; pero en el mes de Abril de 1810, y siendo *José Bonaparte rey de España*, apareció en el número 95 del *Diario de Madrid*, correspondiente al jueves 5 de dicho mes, el siguiente *Aviso al público*:

«Habiendo resuelto el rey que se restablezca y ponga corriente la plaza de toros extramuros de la puerta de Alcalá, se hace saber al público de orden del excelentísimo señor ministro de lo Interior, y por medio del señor corregidor, para que todas las personas ó corporaciones que quieran tomarla en arrendamiento para celebrar cierto número de funciones ó corridas, acudan con sus proposiciones á la secretaría del Corregimiento, que se les admitirán, siendo arregladas, con la obligación y condición indispensable de componerla y dejarla corriente. Madrid, 4 de Abril de 1810.—Por mandado de S. S., Joaquín Gómez, secretario.»

Por virtud de esta orden se habilitó la

plaza, y desde el 24 de Junio hasta el 28 de Octubre se verificaron diez corridas de toros, en las que tomaron parte como espadas, con sus respectivas cuadrillas, Cándido, Guillén y *Sentimientos*. Siguió á la temporada de toros la de novillos, que comenzó con la corrida del 16 de Diciembre, en que hubo dos embolados para el capeo, dos toros de puntas, muertos por Juan Núñez (*Sentimientos*) y Alfonso Alarcón (*el Pocho*) y ocho grandes novillos embolados para que los aficionados pudieran bajar á torearlos. Hasta el 31 de Marzo de 1811, se verificaron nueve corridas de novillos, y el rey *intruso* ofreció luego *gratis* á SU PUEBLO una corrida de toros y novillos el día 14 de Abril, como se comprueba por el anuncio impreso que tengo á la vista y que empieza con estas palabras:

«EL REY nuestro señor (q. D. g.) se ha servido señalar hoy domingo 14 de Abril para una función extraordinaria de toros y novillos, cuya entrada será *gratis* al público; y los tendidos, gradas y balcones, sin excepción, estarán francos por el orden que lleguen los concurrentes á ocuparlos...»

En 12 de Mayo siguiente principió la temporada taurina, figurando como matadores de los 15 toros que se lidiaron en la primera corrida, Cándido, Guillén y el *Pocho* de sobresaliente.

Y hubo más. Por ser el 15 de Agosto los días del emperador Napoleón, su hermano José concedió *gratis* al pueblo una corrida, como lo demuestra el cartel impreso, que dice así:

«EL REY nuestro señor (q. D. g.), con el plausible motivo de los días de S. M. el EMPERADOR DE LOS FRANCESES Y REY DE ITALIA, se ha servido señalar la tarde del jueves 15 del presente mes de Agosto de 1811 para la 9.^a corrida de toros, cuya entrada se franqueará *gratis* al público...»

En esta corrida se lidiaron 11 toros, estoqueados por Cándido y Guillén, y *para multiplicar la satisfacción de los concurrentes*, según reza el cartel, se empavesó la plaza con banderas y gallardetes, se colocó una numerosa orquesta que tocó piezas escogidas, y por fin del espectáculo se elevaron dos globos que, arrojando luces, permitían ver la lidia de tres toros blancos que, después de los 11 de muerte, se soltaron simultáneamente para diversión de los aficionados.

Por cierto, que enalteciendo al rey José por los placeres que proporcionaba á *su pueblo*, se publicó adjunta al cartel y glosando lo que en él se dice, una composición poética de un vate de aquella época, que venía á estar como poeta á la misma altura que don Adolfo de Castro en clase de historiador, y

que á título de curiosidad reproduzco íntegra. Dice así:

«En este día, ¡oh pueblo madrileño
tu soberano emplea sus desvelos
en darte diversiones con que logres
aumentar su placer y tu contento.

Todo ha de ser en la función extraño:
todo escogido, singular y nuevo:
serán fogosos y manchados tigres
los caballos que saquen los toreros.

El árbol elevado y suntuoso
que de este circo manifiesta el centro,
de banderas, cornetas y estandartes
se verá empavesado en un momento;

Y la orquesta selecta y numerosa,
que en él ocupa un prefixado puesto,
de armoniosas sonatas escogidas,
hará que se repitan dulces ecos.

Los toros no son toros como todos,
porque serán más bravos y más fieros,
con la extrañeza que han de verse todos
ó bien píos, urracos ó berrendos.

Cuando falten tres de ellos que lidiarse,
tan medido y tan justo vendrá el tiempo,
que sin luz en la plaza nadie pueda
ni ver ni distinguir ningún objeto.

Entonces, de dos globos que en el árbol
estarán colocados al efecto,
saldrán antorchas mil, que harán que el circo
parezca un estrellado firmamento.

Por ellas lucir debe una extrañeza
que hasta el presente no ha tenido ejemplo,

y es lidiarse tres toros en la plaza,
cada cual en su sitio á un mismo tiempo.

Serán del todo blancos, porque pueda
divisarlos la gente desde lejos:
estarán embolados, y en las astas
llevará cada uno un mongibelo.

Todo el aficionado que quisiere
divertirse podrá muy bien con ellos,
pues habrá banderillas para todos,
dando algunas también que sean de fuego.

La función preparada ya está dicha;
no omito al describirla ni exagero,
pues ella misma, sin que yo lo diga,
hará ver, no de dicho, sí de hecho,

Que en este día, ¡oh, pueblo madrileño!
tu soberano emplea sus desvelos
en darte diversiones con que logres
aumentar su placer y tu contento.»

He terminado mi *apuntamiento*, lamentando únicamente que un miembro de la Academia de la Historia haya soltado la taravilla para hablar de los *combates* de toros, sin meditar bien lo que iba á decir. Por lo visto, el *Diario de Madrid* de los años 1805 á 1811 estaba tan oculto para D. Adolfo, como los tesoros del Rey Chico de Granada.

No me sorprenden estas ligerezas en quien ya fué notario el año 1851 de contrabandista literario, por publicar aquel *Buscapié*, que le valió un enorme *Zapatazo* de Gallardo y

el *Cachete* propinado por D. Cayetano Alberto de la Barrera, en un precioso manuscrito inédito, que hoy forma parte de la colección del eminente maestro Barbieri; en quien demostró más tarde su ignorancia como colector de los poetas líricos del siglo XVII, desbarrando á troche y moche, según se encargó de probar en terribles artículos el periódico satírico más popular entonces, y por último, en quien quiso optar á un premio de la Biblioteca Nacional, presentando una desdichada colección de canciones españolas, deplorablemente comentadas y tan escasamente recogidas, que dejó de hacer mención, entre otras muchas, de las impresas en la misma ciudad de Cádiz.

¡Quiera Dios que esta nueva *Cogida* haga desistir por siempre á D. Adolfo de futuras lucubraciones histórico-literarias, que tengo para mí no habrían de procurarle honra ni provecho!

Agosto 1889.





A RAFAEL GUERRA (GUERRITA)

Debes ir *á matar* hasta en Tembleque,
en Valdemoro, en Pinto y en Jadraque;
pero nunca en Madrid, que anda el zumaque
y todo se convierte en turuleque.

Por aquí *la afición* está peneque;
hay en la plaza mucho badulaque,
que hace tiempo me huele á ñiquiñaque
y debiera bailar el zarambeque.

Puede rascarse aquel á quien le pique.
Nunca más en Madrid; ahí está el toque.
No faltarán toreros de alfeñique,

Con los cuales el pueblo se disloque,
en esta sucursal de Mozambique,
donde albergado está tanto bodoque.

Y lo afirma y suscribe cierto jaque,
al que llaman de apodo MASCARAQUE.



TAUROMAQUIA LATINA

A PASCUAL MILLÁN

Me has indicado el deseo de que escriba algún artículo para las columnas de *El País*, relativo precisamente á música ó á toros; y yo, que siempre tengo mucho gusto en complacerte, tomo desde luego la pluma, si bien con desconfianza de que estos cortos renglones sean de tu agrado.

Respecto á los dos temas que me propones, desecho sin vacilar el primero; porque ni yo estoy en estos momentos para músicas, ni sería cuerdo invadir un terreno en el que tú estás haciendo tan activa y vigorosa campaña, y sosteniendo con una crítica juiciosa y razonada los fueros del arte lírico, hasta el punto de que *El País* sea entre toda

la prensa madrileña uno de los periódicos más respetados en asuntos musicales. Opto, pues, por decirte algo referente á toros, y aunque poco ó nada pueda ser nuevo para tí, que nos descubriste, entre otras cosas peregrinas, que Felipe II fué un ardiente aficionado al toreo, y que la primera *larga* (que seguramente distaría mucho de las inimitables de nuestro Rafael Molina) se dió, sirviendo de capote una clámide romana, te daré á conocer un libro, del que si bien debes tener noticia, porque algo se dijo sobre él en *La Lidia*, casi estoy seguro de que desconoces las particularidades que yo te refiera.

Se trata nada menos que de una curiosa descripción de nuestra fiesta nacional, escrita en versos latinos y que se publicó en la ciudad de Hércules el año de 1793, con el rótulo siguiente:

Taurimachia hispalensis, sive taurinorum ludorum hispalis instauratio et descriptio in gratiam baeticae juventutis latijs carminibus exarata atque hispanicis metris transcripta á D. F. Ó. et M. ex oppido P.— Typis D. Didaci & D. Josephi Codina, & Soc. cum permissu. Hispali anno 1793. (Un folleto, en 4.º, con 8 hojas.)

Observarás que la lengua madre, no se empleó solamente en Misales, Lexicones, Breviarios y obras literarias ó filosóficas,

sino que en alianza más ó menos feliz con la poesía, vino también á enaltecer las glorias de los Illos, Romeros y Costillares. No debió, sin embargo, el autor tenerlas todas consigo, en cuanto á que su trabajo disfrutara de la popularidad apetecida, cuando al año siguiente publicó una traducción en verso castellano, que en este momento tengo á la vista, y se titula:

Taurimaquia sevillana ó renovación y descripción de los juegos de toros de Sevilla, traducida de los versos latinos á castellanos en obsequio de la juventud de Andalucía, por D. F. O. Y. M. de P.—Con licencia.—En la oficina de D. Diego y D. Joseph Codina, Compañía, calle de las Armas, año de 1794. (En 4.º, 11 hojas.)

Merece que te haga una ligera descripción de ella. Al dorso de la portada lleva un soneto dirigido á los lectores eruditos, en que el traductor declara paladinamente las fatigas que pasa al tener que sujetar su inspiración á las ideas y metro del originál, caminando, por tanto, con grillos, y sin poder volar libremente

A la bicorne cumbre del Parnaso;
y considera tan árdua su empresa, que entiende, que si se levantaran del hoyo Garcilaso y Lope, se verían muy apurados para salir del atolladero. Rompe enseguida el fue-

go, *arrancándose* por endecasílabos; proclama las lides taurinas como delicia de la española gente, y pidiendo á Caliope que le *apronte* la altisonante melodía *de su amado Virgilio*, dá también un *sablazo* á las nueve hermanas en demanda de sus castálidos favores, terminando la invocación con estos dos cuartetos, que tienen miga:

«Tú también, ó Región Tartésia, y madre
De belicosas, pues, generaciones,
A quien la Estrella Vespertina, ó Ebro
Dieron esclarecido sobrenombre;
Nación, que has florecido en todos tiempos
En letras, y en hazañas uniforme,
Préstame tus anuencias, pues intento
De tus reynos cantar las diversiones.»

Para decir después que la Primavera es la época del año en que empieza la temporada taurina, se hace el autor el siguiente lío:

«Cuando el cruel Capricornio en orientales
Túmulos de cristal su enojo esconde,
Y al horroroso invierno, más templado,
Sucede Cloris en dosel de flores;
Que ello es como decir, que cuando emprende
Su entrada el sol, después de largas noches
En el signo de Toro, como sientan
Los Astrólogos sabios, muy conformes;
Entonces, que por ser la primavera,
Se ven estar los toros más feroces,

Es tiempo, á la verdad, más oportuno
Para hacer de los toros las funciones.»

La emprende luego con los hermanos de la Real Maestranza, que son los que organizan esta clase de fiestas, quema en su honor unos cuantos kilos de incienso, y sigue describiendo, con extravagante y menguado estilo, los primores de los Anfiteatros, las galas de los concurrentes de uno y otro sexo, el despejo, practicado á son de clarines y timbales por una brillante comitiva, la salida del toro y las suertes de varas y de banderillas. Campean, en primer término, la hinchazón y lobreguez de los conceptos, la hipérbole llevada á su límite más desatinado, y el asombro que al autor le producen todos los lances; pero donde la emoción llega á su colmo, es al oír tocar á degüello y ver ejecutar la suerte suprema, que describe de este modo:

«Ya del toro la hora postrimera
Llega al son del clarín, y aquel grande Orbe
Se mira en un instante conmovido
Por la tragedia, que se les descorre.
Va el matador con una fuerte espada,
Y puesto por muleta algún capote,
Camina con valor al toro, que hace
Trinchera á su defensa en sus vigores.
Concurren al resguardo del torero

En tropa los demás combatidores,
Y cada cual procura diligente
Impedir todo el riesgo que conoce.
Del toro á la cabeza se dirige
El matador, y con repeticiones
Lo pasa de muleta á un lado y otro
Hasta debilitar bien sus rigores;
Viendo al toro estancado, con la espada
Le parte, y hiere, y él entre temblores
En medio de la plaza se cae muerto
Entre grandes de sangre inundaciones.»

Como observarás, lo que ha debido propinar el matador es un tremendo golletazo, mas no por eso sale nuestro autor *de su apoteosis*, sino que prosigue en el pináculo de la admiración:

«En parangón de tan gloriosos triunfos
Convocando la fama las naciones,
Ceded, romanos, dice, *ceded, griegos*
Del valor á la España los honores.»

Hace después un desmesurado elogio del espada Cándido, que sintetiza en estos versos:

«¡Oh, Cándido! Ninguno te ha excedido
En mañas, en valor, ni en instrucciones!
El Fénix, un Alcides, un Teseo
Simbolizan al circo tu gran nombre;»

y termina su obra pidiendo perdón (bien lo

necesita) por sus muchas faltas, en esta forma:

«Yo quisiera, repito, todas estas
Dotes haber tenido, para entonces
Describir bien las fiestas, que Sevilla
De toros hace en todas ocasiones:
Mas siendo desiguales mis talentos,
Y bastante sublimes sus funciones,
Sacarán mucho premio mis fatigas,
Ofreciendo gustoso en la obra el nombre.»

El libro, como ves, es tan curioso como disparatado y de una extremada rareza.

Hago aquí punto, proponiéndome enviarte, en plazo no muy lejano, una serie de artículos que formarán la Historia de la Escuela de Tauromaquia, que se fundó en Sevilla en 1830 por orden del piadoso Monarca D. Fernando VII, que no quiso, sin duda, irse al otro barrio sin depositar su importante óbolo en pró de la instrucción pública.

Enero, 1888.





EL AFICIONADO ANTIGUO

No se si por las provincias serán de la misma laya que por Madrid los dichosos aficionados antiguos; pero en la villa y Corte son una verdadera langosta ó filoxera, que ha invadido el campo tauromáquico. Dice el refrán que «no hay función sin tarasca» y aquí la tarasca en todas las funciones de toros, son esos apreciables sujetos, que parecen decididos siempre á derramar sombras y confusiones sobre el cuadro más pintoresco y animado.

Empiezan por abominar la alegría inherente al espectáculo, y si pudieran imponer su voluntad á los espectadores, harían que la sonrisa no asomara jamás á sus labios. Todos deberían ostentar la gravedad de que ellos alardean y que es verdaderamente có-

nica; de manera que una corrida tal como ellos la conciben, en vez de estar impregnada de vida y movimiento resultaría triste y funeraria, porque además son también enemigos de toda *suerte* de adorno.

Ni aun la descripción de la fiesta les gusta que se haga en estilo jocoso; las saladísimas revistas de *Sentimientos*, *Sobaquillo*, *El Alguacil*, *Aficiones* y demás escritores que sin dejar de apreciar atinadamente los lances de la corrida, describen esta con singular grajeo, les parecen una profanación. ¡Y cómo no! ¡Ellos, que han traído al mundo la misión de predicar el evangelio taurino, y que son los únicos depositarios de la verdad, en materia de cuernos, verse suplantados, por tres ó cuatro advenedizos!

Porque es de advertir, que antes, éstos aficionados antiguos, que siempre tuvieron pujos de sabiduría, tendían el paño al púlpito y abrian su cátedra ante muy reducido concurso, en las barberías, tiendas de ultramarinos ó establecimientos de ropas hechas; pero ahora hacen ya pinitos en los periódicos y libros y su amor propio padece, como es justo, al ver que sus apreciaciones fundadas en preceptos y cánones que no tienen vuelta de hoja, y que son, por tanto *la última palabra en el arte*, pasan completamente inadvertidas, guardándose todas las lison-

jas y plácemes para los indoctos revisteros que en reseñas llenas de chistes y agudezas celebran y preconizan la habilidad de unos toreros que, según aquéllos dicen, no saben ni vestirse.

Y no hay quien los convenza.—Pero Don Fulano—le decían á uno no hace muchos días en una librería—Rafael y Salvador y *Guerrita*, han estado esta tarde superiores. Bien se lo ha demostrado el público tocándoles las palmas y yo se las he tocado también.

—Porque no han visto ustedes otra cosa—respondió don Fulano.—Salvador es un torero valiente y nada más. Rafael debe irse á Córdoba á jugar al *rentoy* y criar gallos de pelea, y en cuanto á *Guerrita*, no es ni será nunca matador de toros. Yo he visto otra cosa y no puedo conformarme con estas mojigangas. *Por lo demás*, no tengo inconveniente en probar á esos tres diestros, que ni una sola vez han engendrado el volapié con las condiciones que taxativamente marca el párrafo 2.º, art. 14, capítulo 26 de la Tauromaquia de mi inolvidable amigo Francisco Montes; esto sin perjuicio de consignar—y quisiera tener una voz que se me oyera en todo el globo terráqueo—que los que ustedes llaman hoy *celebridades*, ni gallean, ni recortan con el capote al brazo, ni saben

correr los toros por derecho, y sobre todo, no practican LA SUERTE SUPREMA DE RECIBIR, condición necesaria, precisa, ineludible, perentoria, *sine qua non*, para poder obtener el calificativo de matador de toros, según tengo demostrado en las estancias 25 á 233 de un poema marítimo-tauromáquico-social dividido en seis cantos (ó ladrillos), que permanece todavía inédito, pero que pronto sudarán las prensas (y sudará también el que lo lea), intitulado *El Naufragio del Toreo ó Las Vengadoras de California*.

—¿Y qué diré de la deplorable manera con que los más encopetados diestros del día manejan *la flámula*, como con notoria impropiedad llaman algunos revisteros á la muleta?

—Diga usted lo que quiera—pensé yo para mis adentros.

—Pues diré que la muleta en manos de esa gente ni educa, ni castiga, ni sirve para nada. Y añadiré que á la inhabilidad absoluta, profunda, total, completa en que yacen esos orgullosos diestros, hay que agregar su falta de autoridad para hacerse respetar de sus subordinados, causa, y no de las más pequeñas, de la decadencia del espectáculo. En tiempo de Montes, sus picadores y banderilleros tenían que pedirle permiso antes de dirigirle la palabra, y por eso las cosas marchaban de otra manera.

—Las cuadrillas que vienen á ser las unidades tácticas del ejército taurino, debían estar sometidas á rigurosos preceptos, en que se especificaran con toda claridad los deberes y obligaciones de cada uno de sus individuos, así en la plaza como en sus relaciones privadas con el matador. En cartera tengo yo formulado un proyecto que lleva por título *Ordenanzas taurinas*, y que consta de 346 artículos y uno adicional. ¡Ojalá pudiera verlo pronto puesto en vigor! Pues, y las presidencias, ¿cómo están?

—Buenas, muchas gracias—dije yo otra vez para mi chaleco.

—Si fuera yo presidente, tales y tan fuertes serían las multas que impusiera, que habría diestro que no sólo no cobraría un céntimo por su trabajo, sino que tendría que pagar encima el saldo en contra que le resultara. Dicho se está que este rigor le emplearía con los que tienen más pretensiones y cobran más, y no lo haría, por ejemplo, con *Mateito*, *Lagartija*, Felipe García y algunos otros que tienen buen deseo y que dada su categoría, cumplen de un modo aceptable su cometido.

—Por más—continué yo diciendo por lo bajo—que para verles torear no vaya nunca un alma á la plaza.

.....:

Cansado ya de tan pedantesca é interminable relación y aprovechando un momento en que el orador descansaba con propósito de tomar carrera para reanudar el hilo ó la soga de su discurso, despedíme cortesmente de aquella reunión, salí á la calle, y á los pocos pasos, tropecé con otro aficionado antiguo, pero de los buenos—que también los hay—el cual se reúne á prima noche con dos ó tres ardientes partidarios de la *escuela cordobesa*, en un café cercano á la Puerta del Sol.

Comenzamos á hablar del obligado tema de los toros, y cuando yo iba á decirle lo que acababa de oír, me encontré sorprendido con la siguiente pregunta:

—Pero, hombre, ¿por qué se empeñan ustedes en dar tanto *bombo* á Fulano—y aquí expresó el nombre del orador de la librería—si no sabe lo que es lidiar toros, ni las ha visto más gordas en toda su vida?

—¡Qué no entiende de toros!—respondí yo quedándome estupefacto.—¡Pues sí afirma que hace más de medio siglo que no ha dejado de asistir á una corrida; que conocía al *Chiclanero* desde que le destetaron y que Montes no daba un paso sin consultarlo con él!

—¡Qué disparate! Si levantarán la cabeza Solís, Latorre, Plaza, mi hermano Blas y

otros aficionados y vieran que ese danzante presume hoy de autoridad, y hay quien le hace caso, se volverían á morir... de risa.

—Me parece, D. Eusebio—dije yo—que usted exagera.

—Exagero, ¿eh? Pues tomen ustedes como artículo de fe lo que él les diga y les sucederá lo que le pasó á un alcalde de pueblo, no muy espabilado; que no sabiendo cómo escribir el gerundio *yendo*, consultó al secretario, á quien tenía por persona muy ilustrada, si debía poner *diendo* ó *fuendo*, y éste le contestó, que aunque de los dos modos estaba bien dicho, como en realidad debía decirse era *indo*. Pregúntenle ustedes á ese por el pelo, de un toro retinto y les contestará que es cárdeno.

Saludé á mi interlocutor—que dicho sea de paso es hombre razonable, y lo mismo reconoce lo bueno y malo de hoy que lo de *sus tiempos*—prometiéndome observar en el asunto la conducta que sigo, y es, aplaudir lo que entiendo que es digno de aplauso, censurar á todo pulmón lo muchísimo malo que se ve ejecutar en las plazas y poner muy en cuarentena los fantásticos relatos que me hagan cierto aficionado antiguos.

Octubre, 1888.



LOS INFUNDIOS DEL TOREO

ANTES DE LA CORRIDA

—Ya verá *usté* lo que es bueno.
Voy á banderillar
mis tres toros, y á matar
en un palmo de terreno.
Y me aplaudirán de fijo,
por que aquí voy á hacer yo
cosas, que.. ¡vamos! que no
las hace ni *el Lagartijo*.

EN LA PLAZA

—¡A la carcel, so morral!
—¡Jindamón! ¡Tuno! ¡Embustero!
—¡Maleta! ¡Mal novillero!
—¡Que se le echen al corral!
De los cabestros en pos,
marcha el toro á los corrales
y gritan unos chavales;
—¡Al corral y ya van dos!

DESPUÉS DE LA CORRIDA

—Has estado desgraciado
y moroso en ir al bicho;
pero todo el mundo ha dicho
que la culpa es del ganado.

—Claro; no he visto en mi vida
toros así *pa* la muerte,
y es que me han tocado en suerte
los *huesos* de la corrida.

No me han servido los bríos,
ni hacer de valor excesos
y gracias que aquellos *huesos*
no han hecho polvo los míos.

EL TELEGRAMA

7 tarde.—*Fuente Ovejas*.
Corrida de hoy excelente.
El Nene ha estado valiente
y le han dado tres orejas.
Gon la espada, superior;
en quites ni dibujado;
público le ha proclamado
como *inmenso* matador.
Después de ovación tan viva
para Madrid sale *El Nene*,
donde el domingo que viene
le darán... la alternativa.

Septiembre 1887.



LA TAUROMAQUIA EN VALENCIA

NOTAS HISTÓRICAS

La privilegiada región de las flores y las mujeres hermosas, se distinguió desde remotos tiempos por su afición á las fiestas de toros, á pesar de no haber contado nunca con pastos para la cría de reses bravas. Ya en el siglo XVI no escaseó Valencia la celebración de esta clase de espectáculos, señalándose como muy notable el verificado en 22 de Abril de 1599 en el Mercado y que formó parte de las fiestas que se hicieron para solemnizar el desembarco de la Reina D.^a Margarita de Austria; revistiendo asimismo particular importancia, entrado ya el siglo XVII, la corrida de toros celebrada en las fiestas generales que hizo la insigne ciu-

dad en 1608 por la beatificación del Santo Fray Luis Bertrán.

En 1612, el Sr. D. Felipe III otorgó privilegio por tres vidas á Ascanio Manchino para disfrutar el derecho de la renta de *los corros de toros*, privilegio que se fué transmitiendo después de su muerte á varios particulares, recayendo al fin en el Hospital.

En el transcurso de cerca de tres siglos han existido en Valencia seis plazas de toros: la primitiva, que se construía en el Mercado cuando había que celebrar estas fiestas; la de Santo Domingo en la plazuela que llevó este nombre; la del llano de Zaidia, de forma cuadrada, paralela á la acequia de Rascaña; la del Real, entre el palacio y el río; la de la Ronda, situada entre las puertas de San José y de Serranos; y el magnífico circo actual, uno de los más alegres de España levantado el año 1860 y capaz para 18.000 espectadores.

Fuera prolijo registrar siquiera en estas notas los espectáculos taurinos más importantes que en solemnidades públicas de carácter político y religioso celebró Valencia en los dos últimos siglos; pero pueden señalarse como de mayor esplendor y magnificencia los que se verificaron en 1659, con ocasión de las fiestas hechas por la canonización de su Arzobispo Santo Tomás de Vi-

llanueva, los celebrados en 1662 con motivo de las fiestas consagradas por Decreto del Sumo Pontífice Alejandro VII, á la Inmaculada Concepción, y las corridas verificadas en los días 13, 14 y 15 de Octubre de 1738, para celebrar el quinto centenario de la gloriosa conquista de la Ciudad. Así lo dice el romance descriptivo de la fiesta:

«... celebra de sa conquista
lo quint segle ó centenar
y á esta ocasión pera mes
la festa regocijar
preténent segona volta
en la plaza del Mercat
fer correguda de toros...»

Cuanto á la época contemporánea, sabida es la brillantez, animación y alegría que revisten las corridas de la feria valenciana, esmaltadas con la presencia en palcos, gradas y tendidos, de las mujeres más hermosas del mundo.

Valencia ha rendido tributo á nuestro gran espectáculo con la publicación de interesantes opúsculos y folletos en su defensa; y el único *Elogio poético*, impreso especialmente y dedicado á Francisco Montes, en Valencia, oficina de Cabrerizo, está publicado con data de 1833. Es autor de dicho *Elogio* D. Nicolás de Fuentes, quien después

de cantar en romance las hazañas del gran torero de Chiclana en diversas provincias, pone como remate de su lucubración poética el siguiente ampuloso soneto que transcribo aquí por ser muy poco conocido:

«Hércules, por su fuerza celebrada
Llegó á ser Dios de la pagana gente
Y consiguió de Júpiter clemente
El habitar en la mansión dorada,
Que es de los Dioses eternal morada.
El pueblo Macedón rindió la frente,
Prosternándose humilde y reverente
ante Alejandro victorioso: nada
Se resiste al valor indestructible:
Todo se humilla al hombre vigoroso.
Montes, tu esfuerzo y tu poder terrible
Con Hércules compite; y pues brioso
A las fieras destruyes invencible,
Ciñe tu frente del laurel glorioso.»

La prensa taurina ostenta también lucida representación entre la de las principales ciudades de España, pues en Valencia han visto la luz, que yo recuerde, los siguientes periódicos y revistas dedicados exclusivamente á tratar del toreo: *Las astas del toro*, *Los Cuernos*, *La Lidia de Valencia*, *La Muleta*, *La Puntilla*, *El Quiebro*, *El Nuevo quiebro*, *El Taurino*, *El Toreo de Valencia*, *El Toreo Valenciano*, y *El Varetazo*.

Finalmente, la falange de buenos y entusiastas aficionados valencianos, es numerosísima, figurando entre los mejores, los buenos amigos Moroder, Ibañez, Aparici, Morote, el gran Mariano Benlliure y el popular Vicente Andrés que por espacio de veinte años acompañó en sus expediciones taurinas al famoso Salvador Sánchez (*Frascuelo*), del que era ferviente apasionado. A todos les envió un cariñoso y fraternal saludo.

1897.





ORÍGENES DEL TOREO

SR. D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI

Mi querido amigo: En la bondadosa carta que se sirvió dirigirme, y que fué inserta en el número 9 de *La Lidia*, me invita usted á que, consultando los libros y papeles de mi colección taurina, á la que prodiga elogios que muy de veras agradezco, le manifieste cuáles son los verdaderos orígenes de la tauromaquía; pues mientras D. José Sánchez de Neira, en su excelente *Diccionario*, sostiene que las fiestas de toros nacieron en España, Mr. Vrignault, en un artículo titulado *Les courses de taureaux*, publicado en *Le Monde Moderne*, afirma que el toreo nació en las llanuras de Tesalia, pasó después á Roma y desde allí llegó á España.

Voy á complacer á usted diciéndole mi opinión sobre el punto consultado, pero sin darle la extensión que pediría, por dos razones: primera, porque para ello, y aun sin engolfarme mucho en concertar y comentar datos y pareceres respecto á tan oscura materia, habría de escribir diez ó doce artículos, cosa que no encaja en las condiciones de *La Lidia*; y segunda y principalísima para mí, porque hallándose ya en prensa un soberbio y magnífico trabajo histórico acerca del origen de la tauromaquia y de las fiestas reales de toros que en España se han celebrado, trabajo que su autor, el distinguido literato y muy erudito bibliófilo señor Conde de las Navas, Bibliotecario mayor de S. M., ha tenido la bondad de leerme, fuera descortesía de mi parte desflorar el exquisito y abundante fruto con que va á enriquecer la literatura histórico-aurina.

La brillante monografía del Conde de las Navas, producto de directas y penosas investigaciones de primera mano, demostrada en todos sus extremos con pruebas ó documentos fehacientes, sin recibir opinión alguna por respetable que parezca, que no esté compulsada y depurada hasta el quilate, vendrá á hacer tabla rasa de numerosas tradiciones que corren como verdades inconcusas, y que sólo son fantasías que han pasado de unos á

otros autores sin comprobación ni examen; pues preciso es decir que escritores de alta reputación, como Mariana, Quevedo, Argensola, Jovellanos, Moratín, Larra, el Solitario y cien más, dieron como bueno lo que escrito estaba, y fomentaron la credulidad de sus lectores con patrañas que, en fuerza de ser repetidas, tomaron la categoría de verdades. (1)

Entre la opinión sustentada por Sánchez de Neira y la emitida por Mr. Vignault, creo que tiene razón el autor español al sostener que las fiestas de toros nacieron en España, y no fueron importadas por egipcios, griegos, árabes ni romanos. Trataré en el menor espacio posible de justificar este parecer.

En el antiguo Egipto sería inútil buscar el origen de estas fiestas, dada su escrupulosa superstición en conservar la vida de los animales; ni podían los que en el buey Apis miraban el símbolo de su deidad favorita, hacer morir rabiando á los procreadores de tal emblema.

En Grecia se distinguió á la gentil Diana por el apelativo Táurica, y allí tuvo princi-

(1) El libro del Conde de las Navas, que lleva por título *El espectáculo más nacional*, vió la luz en el mes de Junio de 1900 y ha sido acogido con universal aplauso.

pio la *Taurobólía*, asquerosa purificación cuya virtud suponían de veinte años á favor del que soterrado recibía sobre el rostro desde ciertos agujeros ó taladros hechos *ad-hoc* la sangre caliente del toro que, después de dorados los cuernos, se sacrificaba invocando varias deidades. En las *taurobólías*, el toro era conducido pacíficamente infulado, adornado de flores y acompañado de los *Popas* ó sacrificadores, que desnudos llevaban al hombro los instrumentos del sacrificio. ¡Vaya una bravura que tendrían aquellos animalitos!

Tan repugnantes ceremonias nada tienen que ver con las corridas de toros; pero las hubo también en Grecia, como se comprueba, entre otros testimonios, por un mármol que conserva entallada una de dichas corridas, y que desde Smirna fué llevado á Londres, pasando después á formar parte de la colección de mármoles de la Universidad de Oxford. Estas corridas se reducían á ejercicios de agilidad á caballo para burlar al toro; y según se desprende de la descripción que hace Barthelemy en su *Viaje de Anacharsis*, en tales juegos no parecía el animal.

En Roma, Julio César, para buscar popularidad en las muchedumbres, introdujo las corridas de toros que había visto en Tesalia; pero puede colegirse la escasez del peligro

que correrían los lidiadores romano-tesalos, dada la mansedumbre y carácter inofensivo de aquellas fieras, cuando afirman Séneca y Marcial, que no sólo los varones grandes, sino los muchachos y mujeres toreaban, subiéndose sobre los mismos toros y burlándose de ellos.

La mayor parte de los historiadores opina, *porque sí*, que el origen de nuestras corridas se debe á los árabes, más lo cierto es que no presentan prueba de ello, pudiendo decirse en contrario que su religión les prohíbe severamente maltratar á los animales, y con especialidad al que alimenta y coadyuva á la labor, sin contar que la Naturaleza fué otro obstáculo para que usaran ó tuvieran estas fiestas antes de venir á nuestra Península, porque los toros de Africa no son feroces ni corpulentos, ni ostentan condición alguna para poder lidiarlos.

D. Francisco Goya, tan enterado de cosas de tauromaquia, no siguió la corriente de los historiadores en este punto; pues en su *Colección de treinta y tres láminas representando diferentes suertes y actitudes del arte de lidiar los toros*, dedicó las dos primeras á la caza de toros que practicaban los antiguos españoles á pie y á caballo; y la tercera en que ya figuran toreando los árabes, la explica de este modo: «Los moros establecidos

en España, prescindiendo de las supersticiones de su Alcorán, ADOPTARON esta caza y arte, y lancean toros en el campo.»

Descartadas, pues, estas atribuciones de origen de la lidia de toros, hay que concedérsela á España, que es la que practicó este ejercicio mucho antes de conocer los usos de aquellos pueblos. Viene amparada esta opinión con documentos de la más remota antigüedad, concretándome á citar en este trabajo, por las razones que expuse al principio, y sólo por la necesidad de justificar que no hablo al aire, uno, en mi concepto importante y de indudable autenticidad.

Sacando piedra de los cimientos de la antigua muralla de Clunia en el año 1774, para una obra de la iglesia de Peñalva, se descubrió una lápida que publicó el sabio canónigo Loperráez en su *Historia de Osma* (Madrid, Imp. Real, 1788, tomo II, página 328). Es fragmento de una piedra circular, cuya parte inferior no se encontró; en el centro de la parte descubierta hay de relieve un toro en el acto de acometer, y enfrente de él un hombre que al parecer viste el *sago* ó *sayo* español. En la mano izquierda tiene un escudo celtibérico redondo, y descubre la punta de un estoque ó espada que tiene en la derecha; de modo, que el monumento viene á constituir una demostración de que ya

en aquellos remotos tiempos, algunos siglos antes de la Era Cristiana, se practicaba la lidia de toros, puesto que la fiera se representa libre y en el acto de acometer á un hombre vestido y armado, que la espera de frente para herirla ó matarla.

La piedra encontrada ostenta en su parte superior una leyenda en letras celtibéricas, leyenda que no está completa por faltar el texto correspondiente al fragmento inferior. El erudito D. Cándido María Trigueros, en carta dirigida al Padre Fray Liciniano Sáez, monje benedictino, y que éste publicó en su *Demostración histórica del verdadero valor de todas las monedas que corrían en Castilla durante el reinado del Señor D. Enrique III*, obra impresa en Madrid por Benito Cano, año 1796, da una versión castellana de la citada leyenda, opinando que debe traducirse *la robustez de los toros del país... ó bien da fuerza á los toros el país...*, frases que parecen formar parte de una locución notoriamente alusiva á la lidia de toros; deduciéndose de todo ello, que estos juegos ó lances se celebraron en España desde los tiempos más antiguos y antes de la venida de griegos, romanos y árabes; no alcanzándose cómo mi buen amigo Pascual Millán, en su precioso libro *Los toros en Madrid*, despoja de valor histórico á ésta y otras ins-

cripciones, que son en realidad los únicos vestigios que pueden revelarnos los usos y costumbres de aquellas remotas edades.

Viene á reforzar esta interpretación la índole del toro español, bravo, indómito, nervioso y corpulento, merced á los jugos y fortaleza de sus pastos; furioso en la época de su celo, como atestigua Jáuregui en el libro 4, estrofa 50, de la *Farsalia* de Lucano, é igualmente irritado al buscar la hembra ya domesticada, según describe Lope en el canto primero de la *Angélica*; por tanto, bien será deducir que los primitivos españoles que merodeaban por los campos, fueron los que tuvieron la necesidad de lidiar y el mérito de vencer á aquel armado y formidable bruto; y que si griegos y romanos tuvieron también sus juegos peculiares de toros, antes, mucho antes, los lidiaban los españoles, siendo esta lidia embrionaria y sin arte, el germen y primer punto de partida para lo que después había de constituir el espectáculo, con razón llamado nacional.

He aquí, mi querido Antonio, expresada en las menos palabras que me ha sido posible, la opinión que de mí solicitaba respecto á los orígenes del toreo. ¿Habrás usted quedado satisfecho con la respuesta? Mucho lo celebrará su siempre afectísimo amigo y compañero, L. C. y M.



TOROS EN SAN SEBASTIAN

(CORRIDA FRACASADA)

Preguntaba yo hace algunos meses á don José Arana, inteligente y popular empresario de la Plaza de Toros de San Sebastián, cómo llevaba su combinación de corridas para el año actual, y con su amabilidad acostumbrada, me respondia:

—Pienso hacer este año lo que he hecho siempre: presentar los toros y los toreros de más cartel: al efecto, he ultimado ya los contratos correspondientes, y sólo me preocupa la clase de espectáculo que he de dar el domingo 22 de Agosto; pues en este día Maz-zantini, *Guerra*, *Reverte* y *Bombita* tienen ajustadas corridas en otras plazas. Una idea tengo, que si puedo realizarla, creo que gus-

tará. Observo que los públicos en general están ya hartos de ver lidiar torillos terciados y sin respeto, y va pareciendo cosa legendaria la presentación de una corrida de verdaderos toros cuajados, con muchas arrobas y mucha *mudera* en la cabeza. ¿Qué le parecería á usted la organización de una fiesta en que se jugaran ocho toros de lámina excepcional, estoqueados por cuatro matadores, banderilleando algunos los propios maestros, estableciéndose premios para ganaderos y lidiadores, y todo ello anunciado profusamente por medio de carteles sensacionales que avivaran la curiosidad pública?

—Pues me parece la idea excelente y digna de usted que conoce al público como nadie; y para demostrarle el entusiasmo con que la acojo, me brindo á redactar ese llamativo cartel, que someteré á su aprobación; y eso que la tarea es peliaguda, porque en la confección de anuncios y reclamos deja usted en mantillas á Barnum y á Navarrorreverter. Me asalta, sin embargo, una duda. ¿Encontrará usted toreros que le quieran torear esa corrida?

—¡Pues no he de encontrar! Los toreros lo que desean es torear, y como yo no pienso ser escaso en la retribución de su trabajo, lo que sentirán es que no les proponga

seis corridas en lugar de una. Aceptada con júbilo su oferta, y manos á la obra. Mañana ó pasado espero que leamos ese cartel-programa.

No habían transcurrido cuarenta y ocho horas después de esta entrevista, cuando yo daba lectura á Arana del siguiente proyecto:

PLAZA DE TOROS DE SAN SEBASTIÁN



||| TOROS FENOMENALES |||

||| Gran Campeonato Taurino |||



|| Premios á los ganaderos ||

|| PREMIOS A LOS LIDIADORES ||



El domingo 22 de Agosto de 1897, á las cuatro en punto de la tarde, se celebrará una monstruosa corrida de Toros FIN DE SIGLO, sensacional, emocionante y sugestiva.



Deseando demostrar esta Empresa que en la actualidad pueden lidiarse toros que por su corpulencia extraordinaria y por la excepcional dimensión de sus cuernos, igualen y aun superen á los mayores que admiraron nuestros antepasa-

dos en la famosa época de Pedro Romero, *Cos-tillares* y *Pepe-Hillo*, ha organizado una gran corrida de toros, sin precedente en los anales de la tauromaquia, y que constituye un espectáculo completamente nuevo para la generación actual.

Se lidiarán *ocho toros*, los mayores que **pas-
tan en el campo**, de seis años, bravos, limpios y sin defecto alguno, de cuatro afamadas ganaderías, elegidos expresamente para este acontecimiento taurino, y que causarán el asombro del público al presentarse en la arena, tanto por su inverosímil corpulencia como por el exuberante desarrollo de sus cuernos.

Cuatro matadores de alternativa bien acreditados ya en las principales plazas de España por su valor y destreza ante las astadas fieras, darán nueva y gallarda muestra de su arrojo en corrida de tan extraordinario respeto, y competirán en noble y empeñada lucha para llenar con el mayor ardimiento su arriesgado y espinoso cometido, acompañados de picadores de gran pujanza, de notables banderilleros y de resistentes peones de lidia.

Siendo la corrida de verdadero compromiso y de ruda pelea, se procurará la mayor equidad en el reparto de los toros, haciendo que á cada matador le corresponda estoquear uno de cada ganadería.

Para estimular tanto á los ganaderos como á los diestros, se adjudicarán varios premios en metálico, nombrándose al efecto un Jurado que haga la designación de ellos, compuesto de per-

sonas imparciales y de reconocida autoridad en la materia.

ORDEN Y CONDICIONES DEL ESPECTÁCULO



TOROS

LIDIADORES

Los toros 3.^o y 7.^o serán banderilleados cada uno de ellos por dos de los matadores de alternativa, y los toros 4.^o y 8.^o por los cuatro matadores.

PREMIOS A LOS GANADEROS

Uno de **mil pesetas** para el ganadero que presente el toro que demuestre mejores condiciones de lidia, y más codicia y bravura en la pelea.

— Uno de **quinientas pesetas** para el ganadero que presente el toro más desarrollado de carnes y pitones.

Además del premio de **mil pesetas** consignado en primer lugar, la Empresa se compromete á comprar al ganadero que le obtenga una corrida de toros, para que sea lidiada en la Plaza de San Sebastián en la temporada de 1898. Si un mismo toro reúne las condiciones establecidas para alcanzar los dos premios, le serán adjudicados éstos al ganadero, así como el compromiso para la compra de la citada corrida de toros.

PREMIOS Á LOS LIDIADORES

Uno de **mil pesetas** para el matador que más se distinga en la muerte de los toros que le correspondan estoquear.

Otro premio de **quinientas pesetas** para el matador que más se distinga en segundo lugar.

Otro premio de **doscientas pesetas** para el matador que más se distinga en la suerte de banderillas.

Otro *íd.* de **cien pesetas** para el matador que ocupe el segundo lugar en dicha suerte de banderillas.

Un premio de **doscientas pesetas** para el picador que desempeñe mejor su cometido.

Otro segundo premio de **cien pesetas** para el picador que se distinga en segundo lugar.

Un premio de **cien pesetas** para el banderillero más sobresaliente.

Otro *íd.* de **cincuenta pesetas** para el banderillero que se distinga en segundo lugar.

Dos premios de **cien pesetas** cada uno, y uno de **cincuenta pesetas** para adjudicarlos á juicio del Jurado, sin distinción de clase ó categoría, á los que más se distingan en las diferentes suertes no consignadas para los premios anteriores.

En el caso desgraciado de recibir una cornada alguno de los espadas al practicar la suerte de matar, la Empresa, además de costear los gastos de su curación, le adjudicará, como remuneración extraordinaria á su valentía, una cantidad proporcionada á la importancia de la lesión sufrida.

—¡Bravo, magnífico, archisuperior!—exclamó Arana al terminar yo la lectura.—Esta misma noche empezaré mis trabajos, y dentro de cuatro ó seis días podré comunicar á usted noticias definitivas de la organización de la fiesta.

—Dios lo haga—respondí yo—y Arana salió disparado á poner en juego su portentosa actividad, para llevar á buen término el proyecto.

Pasaron cuatro, ocho, doce, quince días, y al fin Arana, contrariado por la esterilidad de las muchas gestiones hechas, hubo de decirme una tarde:

—Tenía usted razón. Veo que ciertos proyectos son irrealizables. Todos los toreros aceptaban en principio y con los brazos abiertos la corrida que les ofrecía; pero en cuanto se han enterado de las condiciones del ganado que había de lidiarse, ha cambiado por completo la decoración; y ni estimulados por una buena paga ni por los premios señalados, ni por nada, aceptan mis proposiciones. *Nuestra corrida*, pues, ha fracasado.

—¿No se lo decía yo á usted? Conozco bien el paño. Y si se hubiera usted dirigido á Mazzantini, *Guerrita* ó Reverte, le habría sucedido dos cuartos de lo mismo. ¿Pues no está usted viendo las artimañas que *se traen*

hoy los matadores, con repartos y componendas y sorteos, todo ello para procurar que los toros que á cada uno le toquen tengan medio centímetro menos de pitones que los demás? ¿No se ha fijado usted en que así que saben que va á lidiarse una corrida en que los toros tengan siquiera cara de tales, piden salida ó prefieren quedarse *parados* por no torearlos? No hay que darle vueltas, amigo Arana: los matadores de hoy, *sin excepción alguna*, en cuanto los públicos les *jalean* un poco y les *hacen* un mediano cartel, quieren *brevas* ó *yemas de San Leandro*, en lugar de toros. ¿Qué dirían ante semejante descaro, si levantarán la cabeza Curro Montes, *el Chiclanero* y el señor Manuel Domínguez?

Ellos, que se las entendían con toda clase de *pavos*, y que fundaban su principal orgullo en *echar abajo* las corridas de más peso y en matar los toros más grandes.

¡Bueno está el toreo, bueno, bueno; pero bueno!

Mayo 1897.





ESTAFILLA TAURINA

Telegramas que publica
un colega de *la clase*,
dedicado á dar noticias
de los arrestos, desplantes,
bizarrias, gentilezas,
ardimientos y donaires,
que realiza en toda España
la novilleria andante.

*
* *

Toros Botín, superiores;
El Legaña inmejorable.
Reunido Ayuntamiento,
acordó al punto nombrarle
regidor é hijo adoptivo
de esta Villa de Albardaque.

*
* *

Cincha 23.—*El Torta*
despachó tres *elefantes*
de tres grandes estocadas,
saliendo en dos por el aire,
y sacando en la refriega
hecho pedazos el traje.
El pueblo le llevó en hombros
por las plazas y las calles,
y ahora en el café del Loro
da en su honor un chocolate.

*
* *

El espada *Cartulina*
ha trabajado esta tarde
con arte y habilidad
y derrochando coraje.
Toreando *á la limón*
y á la naranja, notable;
en banderillas un monstruo;
matando, ni *Costillares*.
Le han tocado muchas palmas,
y se ha hecho un cartel tan grande
que no le cabe en el mundo...
en que trae el equipaje.

*
* *

En Villamorraral de Arriba
ha estado *el Pelma* admirable:
dió tres saltos al trascuerno;
puso tres soberbios pares,

y echó á rodar á las fieras
de estocadas colosales.
Toda la afición le juzga
superior al *Guerra*.—*Bache*.

*
* *

Roncillos, cinco y cuarenta.
Corrida de hoy memorable.
Ganado fino, muy bravo,
y con pitones y carnes.
El Azogue gustó mucho.
Torea como un arcángel.
Ha estado bien con el trapo
y superior con el sable.
Arrancándose á matar
causaba miedo mirarle,
pues se acostó en los morrillos
como el que se echa en un catre.
Esta noche en el Casino
se le obsequia con un baile,
y terminará la fiesta
con fuegos artificiales.

*
* *

¡Y aún habrá quien asegure
que está en decadencia *el arte*!
Miente la lengua bellaca
que tal especie propale.
¡Cuándo se han visto en las plazas
tantas heroicidades!

Pues ¿y las niñas toreras?
¿Y los niños catalanes?
El valor y el desahogo
cunden ya por todas partes,
hasta el punto que no ha habido
época en que demostrasen
tanta bravura los toros,
diestros y corresponsales.

1896.





LAGARTIJO

Mañana se cumplen treinta y dos años desde la fecha en que tomó en Madrid la alternativa de matador de toros el célebre diestro cordobés Rafael Molina (*Lagartijo*).

Era el domingo 15 de Octubre de 1865 y se jugaron en la plaza vieja tres toros de D.^a Gala Ortiz, viuda de Ginés, vecina de San Agustín, y tres de la viuda de D. José María Benjumea, vecina de Sevilla, recibiendo Rafael la investidura de manos de Cayetano Sanz, que le cedió el primer toro de D.^a Gala, de nombre *Barrigón*, al que remató después de 11 pases ceñidos y parando mucho, con una buena estocada arrancando.

Lagartijo ha sido el torero que ha ejercido por más tiempo su profesión. En Sep-

tiembre de 1852, y cuando sólo contaba once años de edad, apareció anunciado como banderillero en cuadrilla de niños, y se retiró del toreo en Junio de 1893. Es decir, que toreó durante cuarenta años, y de éstos veintiocho como matador de alternativa.

Desde que le presentó el *Gordito* en Madrid el año 1863, se colocó Rafael en primera línea. Eran entonces sus compañeros de cuadrilla *Caniqui*, banderillero largo é inteligente, y Juan Yust, peón duro y banderillero basto y de castigo, de tipo recio y fornido, algo parecido á Juan Molina; pero con las banderillas en la mano bien pronto oscureció Rafael á éstos y á todos los más notables de aquella época—y los había muy buenos—igualándose al mismo Antonio Carmona, que fué un coloso en esta suerte.

Como estoqueador respondió también á lo mucho que de él se esperaba, compartiendo con el gran Salvador Sánchez (*Frascuelo*) por más de veinte años el favor y aplauso públicos; y en cuanto á sus gallardías y filigranas toreando, difícilmente podrá llegar nunca torero alguno á la altura que él alcanzó. Sus clásicas é inimitables *largas*, su elegante juego de muleta y los mil primores que realizaba con el capote, enloquecían al público é hicieron del lidiador un ídolo. Verdad es que el sello artístico que imprimía

Rafael á las suertes, la suprema elegancia con que las practicaba, la entonación, el esplendor, el aroma de su toreo, escapaban á toda descripción. El fanatismo de sus más ardientes partidarios, llegó á clasificarle como fundador de la que llamaron escuela cordobesa; pero en realidad, lo que hizo Rafael fué fundir en su toreo personalísimo y de atractivo irresistible, el aplomo y la seriedad de la escuela rondeña con los adornos y floreos de la escuela sevillana.

El elemento más culto é ilustrado que asiste á nuestra fiesta nacional, literatos, artistas, escritores, poetas, se declararon incondicionales admiradores de su modo de torear, porque en él veían una fase estética de que carecía la labor de los demás lidiadores. Hasta promovió *Lagarbajo* inconscientemente una especie de renacimiento en la literatura taurina, pues fascinados por su artístico toreo algunos privilegiados ingenios que se empleaban en tareas de mayor empeño, dedicáronse á escribir crónicas y revistas de toros. *Sobaquillo*, el número uno del periodismo contemporáneo; el malogrado *Mazas (el Alguacil)*, literato de cuerpo entero; el inagotable y regocijado *Sentimientos* y el ingenioso y punzante *Aficiones*, derramaron sales sin cuento en sus sabrosas crónicas, escritas con pluma de oro y celebradas por

miles de lectores. No hay que decir si en ellas se encomiaban con justicia las hazañas del maestro.

Pero, ¿qué más? Mi compañero y amigo inolvidable Antonio Peña y Goñi, que no podía ser sospechoso de lagartijismo, puesto que fué defensor y apasionado acérrimo de *Frascuelo* y señaló defectos á Rafael como matador, escribía estas hermosas frases juzgándole como torero:

«¿Quién es capaz de hacer un retrato literario de Rafael Molina? ¿Quién es capaz de dar idea de la soberana elegancia, de la armonía de líneas, de la apostura sin igual, de la gentileza y abandono incomparables de *Lagartijo*? A bien que los aficionados ven torear á Rafael con mucha frecuencia y ellos me ahorrarán el trabajo de describir lo que es poco menos que indescriptible... *Lagartijo* torea con el busto; los pies no hacen sino acompañar los cadenciosos movimientos de una cintura flexible que imprime á todo el cuerpo ondulaciones llenas de abandono y de gracia. Todo lo reúne, lo que da la naturaleza y lo que pone el hombre con su esfuerzo individual; la valentía y la elegancia, la tranquilidad y la finura, la vista para ver llegar los toros, la precisión para consentirlos y el arrojo para despegarlos, la serenidad para apreciar seguramente los contrastes y

la viveza para enmendarse en un palmo de terreno; el fondo y la forma, en fin, se dan la mano para hacer de *Lagartijo* la personificación del torero más perfecto que haya podido existir desde que hay toreros en el mundo.»

¡Qué lejos parece que nos hallamos de estos tiempos al ver las cabriolas y bailes que hoy se usan delante de la cabeza de los toros! Consolémonos de las *garapatuzas* presentes, recordando cosas que se fueron para no volver, y sirvan estas líneas para llevar en fecha tan señalada el eco de glorias pasadas al tranquilo retiro del veterano maestro que realizó tantos primores en los circos taurinos y del que todos los buenos aficionados conservan indeleble y simpático recuerdo.

Octubre, 1897.





FRASCUELO

I

Se dice que la hora de la muerte es la hora de las alabanzas; mas para el inolvidable torero, llegó esta hora mucho antes que la terrible de su fallecimiento. Aclamado durante veinticinco años, en que se consagró á la profesión de lidiador de toros, y siendo el ídolo de las clases populares, ha podido percibir después, y en el transcurso de ocho años que llevaba retirado del palenque de sus triunfos, cuán entusiástico era el juicio definitivo que de él se formó, y qué lugar tan preeminente se le asignaba en la historia del toreo.

No ha tenido Salvador que confiar *Al*

posteri l'ardua sentenza; ha conocido antes de morir el juicio de la posteridad, formulado á partir del día para él glorioso en que cerró por siempre la era de sus proezas increíbles en el Coso. Grande fué su figura en el dilatado período de actividad del toreo; acrecentóse después de su retirada cuando se fué apreciando el inmenso vacío que dejó en las Plazas; hoy la engrandece la muerte, y mañana resultará como legendaria, al relato de las estupendas hazañas llevadas á cabo ante los atónitos espectadores que tuvimos la fortuna de presenciarlas.

Un cuarto de siglo de titánica lucha con otro torero, dechado de habilidad, adornado de cualidades ingénitas de lidiador, animoso, elegante, con cientos de miles de partidarios fascinados por su arte supremo, no bastó para deprimir ni en un ápice el alto nivel en que á Salvador colocaran su ardimiento, su valor inquebrantable no superado jamás por torero alguno, y su asombrosa y *única* manera de estoquear reses bravas cara á cara.

Una generación entera quedó gastada por las grandes emociones que ambos colosos la hicieron experimentar, y ellos no pudieron vencerse uno á otro: disfrutaron por igual de la victoria. Este hecho constituye su mejor elogio. Su retirada de las Plazas

no acabó en verdad con el toreo, pero lo empequeñeció, é hizo desaparecer casi por completo la nota épica que ellos imprimían al espectáculo.

Concretándome á *Frascuero*, entiendo que las *suertes* que eran privativas de él, con él se fueron y nadie las ha vuelto á practicar con su maestría y su valor. Revisteros hay que, movidos por la pasión ó quizás por móviles menos generosos, suelen decir: *Fulano* dió una estocada verdaderamente *frascuelina*, ó hizo un *quite aguantante* de los de *Frascuero*; pero, en realidad, ni ellos mismos lo creen. Nadie ha pisado el terreno que pisó *Frascuero* para consumir estas suertes, ni las ha hecho sin echarse atrás, y de poder á poder, como él las hacía; como no ha habido tampoco quien hasta ahora haya podido igualar la incomparable manera de torear de *Lagartijo*.

El interés vehemente demostrado por todas las clases sociales desde que se inició la enfermedad de Salvador, y la imponente manifestación de sentimiento producida por su muerte, han patentizado el alto aprecio en que se tenían los grandes méritos del torero, y las simpatías que en todos los corazones nobles despertaba un tipo tan generoso, tan valiente, tan caritativo y tan castizamente español, como fué el admirable lidiador.

II

Desde la muerte del inolvidable Julián Gayarre, acaecida en Madrid á 2 de Enero de 1890, no recuerdo otra que haya despertado tan general y verdadero sentimiento como la de Salvador Sánchez (*Fruscueto*).

Aunque dedicaron su actividad y excepcionales aptitudes á cosas tan distintas como son la música y los toros, tuvieron ambas celebridades muchos puntos de contacto. Asperos de carácter, pero con corazones de oro; caritativos, generosos, austeros en el cumplimiento de sus deberes profesionales, patriotas á macha martillo, idólatras de su familia, esclavos de su deseo de complacer al público, á éste se entregaron siempre inermes, sin intrigas ni falsificaciones de ningún género y con *la verdad* por delante.

Ambos le sojuzgaron por completo; uno con los encantos de su voz incomparable y dulcísima, sin precedente en los anales del arte lírico; el otro con actos de soberano valor realizados ante los toros, que no volverán á repetirse.

Partidarios de *la verdad* en sus respectivas artes, eran además de amigos, mutuos admiradores. Presenciaba yo un día con Julián una corrida en que no tomaba parte

Salvador, y me decía aquel al terminar: «Desengáñate, éstos son matadores *de false-te*; él único matador *de pecho* es mi amigo *Frascuelo*.»

Otro día, después de haber almorzado opíparamente en casa de Salvador, que vivía entonces en la calle de la Salud, bajamos juntos á la estación del Mediodía á despedir á Gayarre, que marchaba á Lisboa, en donde estaba escriturado para cantar en el Real Teatro de San Carlos. Momentos antes de partir el tren, le decía Salvador á Gayarre: »Hasta la vista, amigo Julián, y no deseo más sino que llegúe usted con salud, porque á usted le suce.te lo mismo que á mí, que en llegando *al terreno*, de lo demás no hay que hablar.»

Por este y otros rasgos que conozco, puedo afirmar que Salvador no era orgulloso, como algunos han supuesto; tenía conciencia de lo que valía y era de una franqueza y espontaneidad adorables, no sólo para juzgarse á sí mismo, en muchos casos hasta con severidad, sino para juzgar á los demás.

En otra ocasión, y estando en agradable tertulia alrededor de una mesa del café de la Marina de San Sebastián, se sostenía la obligada conversación de toros y toreros, y uno de los concurrentes, creyendo ser agradable á Salvador, hubo de decir: «Lo que haya de

bueno esta tarde, usted lo ha de hacer, maestro; porque *el cordobés*, ya se sabe que es un torero *de camama*.» No había terminado la frase, cuando Salvador replicó en tono destemplado: «Eso lo sabrá usted, porque yo sé que *el cordobés* es el mejor torero que ha parido madre»; con lo cual dejó chafado al indiscreto interlocutor.

No es mucho que hombre de corazón tan sano, tan extremadamente bravo, tan pródigo de su sangre y de su vida para llenar con creces todas las exigencias de los públicos, haya encarnado en el espíritu popular y haya sido con justicia considerado como el prototipo de la dignidad y de la vergüenza toreras: él, que se ponía de mal humor y se creía rebajado cuando los toros no eran de respeto, y pedía que se le echaran los más grandes, ¿qué concepto formaría de estos matadores que imponen como cláusula el sorteo en todas las corridas, á pesar de ser *chivos* los toros que ahora se estilan?

No sólo en España ha causado profunda impresión la muerte de Salvador. En Francia, donde disfrutaba de grandes simpatías, casi toda la prensa ha consignado en su obsequio frases de cariñoso y sentido recuerdo. Del efecto producido en Portugal tengo testimonio más directo, pues á las pocas horas de acaecer el fallecimiento me telegrafiaba

desde Lisboa el muy reputado escritor don José María dos Santos Junior (*Santonillo*), en estos expresivos términos:

«Muerte *Frascuelo* ha causado aquí extraordinario sentimiento. Suplico me represente entierro.»

¡Qué epílogo tan hermoso de la existencia de Salvador ha sido la imponente manifestación de dolor tributada en el momento de su muerte!

Paz á su alma, y recuerdo perdurable del matador de toros sin rival, que ocupará por siempre preeminentísimo lugar en la historia del toreo español.

Marzo, 1898.





GUERRITA

DIEZ AÑOS DE MATADOR DE TOROS

Ayer, día 29 de Septiembre, hizo diez años que tomó la alternativa en nuestra plaza el gran torero cuyo nombre encabeza estas líneas.

Lidiáronse seis toros de D. Juan Vázquez, de Sevilla, procedentes de la testamentaría de doña Teresa Núñez de Prado y oriundos de la ganadería de D. José Arias Saavedra, y el cartel anunciador de la corrida rezaba lo que sigue:

«*Espadas*: Rafael Molina (*Lagartijo*) y Rafael Guerra (*Guerrita*), que alternará por primera vez en esta plaza, confiado más bien en la indulgencia del público que en sus propios merecimientos, y que procurará des-

empeñar su cometido con el mayor lucimiento posible.»

Así, en estos términos tan modestos se anunció la alternativa del *monstruo* de la tauromaquia moderna, y ¡cuidado si tenía historia brillante para obtenerla! Llevaba ya diez años de ejercer la profesión de torero, cinco en cuadrillas de lidiadores jóvenes y otros cinco en cuadrillas de tanto peso como las de Fernando Gómez (*el Gallo*) y Rafael Molina (*Lagartijo*), habiendo actuado en muchas corridas de *media espada*. Y era un fenómeno como banderillero y un *peón* de gran resistencia; de aquellos de quienes decía *Cúchares* que no se les acababa nunca la cuerda. Pues no faltó quien opinara que dicha alternativa era prematura.

¿Qué debería decirse hoy, que de cada piedra de la calle brota un matador de alternativa? Ya pronto se van á confeccionar los matadores con receta como los guisos. *Tomarás* un muchacho animoso é ignorante; le harás torear cuatro ó seis novilladas en las que reciba varios achuchones y algún que otro puntazo, á cambio de unas cuantas estocadas hondas; se le ofrecerá un banquete organizado por su apoderado ó por sus *ad-láteres*, dándose cuenta de ello en la prensa taurina, y *cátalo* matador de reses bravas.

Por eso la plaza de la corte hierve de acontecimientos de esta clase. Ayer la investidura de Padilla, conducido al *tálamo* por el conspicuo director D. Luis Mazzantini, fiesta que dicho sea sin ofender, nos resultó un poquito desigual; y en plazo próximo la *rentrée* del *Conejito* y los *debuts* de *Pepeillo*, *Dominquín* y *Guerrerrit*). Pedir más, sería pedir limosna.

Pero luego ¡oh, dolor! viene el tío Paco con la rebaja, y muchos de los *alternantes*, en cuanto toread media docena de corridas, quedan olvidados de las empresas y abandonados á su propia *suerte*, y en lugar de matar toros, matan con sus miradas á las niñas *toreras* que pasan por la puerta del café Inglés en Madrid, ó por la calle de las Sierpes en Sevilla.

Guerrita no ha tenido nunca tiempo de permitirse estos lujos. En cada uno de los diez años que lleva de matador de toros, ha tomado parte en ochenta corridas próximamente, y al terminar la temporada actual, según estadística exacta que tengo á la vista, habrá toreado como matador al pié de *ochocientas corridas* y habrán caído al golpe de su tajante espada DOS MIL TOROS; pudiendo ostentar la satisfacción de que no le hayan echado ninguno al corral.

Torero de agilidad, vista, valor y habili-

dad, es sin duda alguna el lidiador más general y más perfecto de los existentes hoy. Así lo reconocen empresas y públicos; las primeras, atrayéndose el concurso de *Guerrita* como elemento más primordial é indispensable para el interés y animación de los espectáculos, aun pagándole cantidades crecidas; y los segundos, llenando las plazas siempre que torea y aplaudiéndole con entusiasmo.

Hablando del gran partido que Guerra tiene, decía en una ocasión el inolvidable Fernando Gómez (*el Gallo*) con sencilla modestia: «Los partidarios de mi *compare Guerrriya* no se puen contá; los de cada uno de los demás toreros, caben en un ómnibus.»

Su escasa comunicación con la gente que bulle y anda alrededor de los toreros, su retraimiento en asistir á *juergas* y sesiones de *cante*, rociadas con jerez ó manzanilla, la fama que lleva de ser inaccesible al *sablazo* empleando *quites* que envidiaría el mismo Pini, y sobre todo, el poseer un capital respetable, le han enajenado las simpatías de ciertos elementos. Como escribía con mucha gracia *Sentimientos* hace pocos días, «lo que tiene de malo Rafaé es que ya pué comé á diario. Y esto, á porsión de pobre, nos güerve locos de coraje.»

Verdad. Y que se lo coma solo, más. Por

esto me decía un *golfo* en una conversación sobre el arte taurino:

—*Guerrita* es un torero de muy mal género.

—Hombre, de mal género, ¿por qué?

—Porque es de un género que no presta y á mí me gustan los toreros de género más flexible y más blandos de corazón, aunque toreen menos que Guerra.

Bromas aparte, el heredero y sucesor del gran califa cordobés Rafael Molina (*Lagar-tijo*) que rigió los destinos de la tauromaquia durante un cuarto de siglo, ha demostrado con creces ser digno del puesto que ocupa, y al cumplirse el *decenario* de su alternativa, justo es que le dediquemos un pequeño recuerdo.

Septiembre, 1897.





A DON HERMÓGENES

(CRITICO TAURINO)

—

¿Por qué cuando *Guerrita* ó Rafael (1)
practican una brega magistral
te empeñas en decir que lo hacen mal
y disparas censuras á granel?

No te muestres ¡oh anciano! tan cruel.
Ya que lidias la lengua nacional,
procura ser al menos imparcial
y no destiles por la pluma hiel;

Pues si al lanzar tu arenga semanal,
te manifiestas por sistema hostil
á lo que obtiene aplauso general,

Diré, como ya dicen más de mil,
que esos ataques, dignos de un rural,
son *chifladuras* de la edad senil.

1888.

(1) Rafael Molina *Lagartijo*.



UN ARTE ANTIGUO DE TOREAR

Al Sr. D. Antonio Peña y Goñi.

DIRECTOR DE LA LIDIA.

Queridísimo Antonio: Me invita V. con su acostumbrada galantería á colaborar en el *Almanaque Taurino* para 1886, que va á publicar *La Lidia*, y ¡vive Dios! que me pone en un grave compromiso. El deseo y la obligación que tengo de complacerle, exigen de mí algún trabajo histórico ó crítico, si no de importancia, porque nada de lo que yo escriba puede tenerla, al menos de mediano interés para la publicación; pero ocupaciones perentorias de mi profesión, falta de salud y averías de otro género, me tienen tan malhumorado, displicente y cariacontecido, que mi imaginación, de suyo

perezosa, se halla hoy seca como un esparto.

Allá van, pues, para suplir mi deficiencia, unas *Advertencias para torear*, escritas en el siglo XVII, que aunque semejantes á otras de la misma época que corren impresas y manuscritas, tienen la novedad de ser inéditas. Debo la copia que poseo de ellas, á la generosidad del eminente y sabio bibliófilo D. Pascual de Gayangos, el cual me facilitó un rarísimo é interesante tomo de Manuscritos en folio, encuadernado, y con el tejuelo *Bellas letras*, en donde se hallan las citadas *Advertencias* conociéndose por fortuna el nombre de su autor, por expresarse en la cubierta, que dice textualmente: *Papel de D. Fernando Valenzuela sobre el torear*. El tal Valenzuela disfrutó de gran importancia durante la menor edad de Carlos II, siendo amigo íntimo del famoso Padre Nithard confesor de la Reina Doña Mariana de Austria, y gozando del más omnímodo valimiento cerca de esta señora. Desterrado y embarcado para Acapulco, con destino á Manila, allí permaneció hasta que fué indultado y obtuvo licencia para volver á España; pero detenido en Méjico, murió de la caída que dió de un caballo. Tenía buen talento, según dice la Condesa d'Aulnoy en sus *Memoires de la cour d'Espagne*; era un poeta tierno y amoroso, é hizo representar algunas come-

días. Sus cabildeos y manejos secretos, dieron motivo á que se le denominase *el Duende de Palacio*. Tales son los principales antecedentes de este ingenio, que hoy presento á usted bajo la nueva fase de *escritor didáctico del toreo* (1).

(1) Nueve años después de publicada esta carta y las *Advertencias* que la acompañan, apareció en el núm. 5.448 de *El Liberal*, correspondiente al 3 de Septiembre de 1894 y en la sección titulada «Plutarco del pueblo», una extensa é interesante biografía de D. Fernando de Valenzuela suscrita por el reputado escritor D. Juan Pérez de Guzmán, é ilustrada con el retrato de aquél.

También el insigne escritor y académico don Emilio Cotarelo en uno de los admirables libros con que ha enriquecido la literatura patria, (*El conde de Villamediana, estudio biográfico-crítico, Madrid 1886*) disertando sobre la poesía satírico-política en España, habla algo de Valenzuela y da á conocer el siguiente soneto que dispararon contra el privado los amigos de Don Juan de Austria, para ver si lo sacaban del lado de la reina, como habían sacado ya á su confesor el Padre Nithard:

Valenzuela con plumas de oro vuela;
Valenzuela á los grandes da fortuna;
Valenzuela ha eugañado á Liche, á Osuna;
Valenzuela es quien guisa la cazuela.

Dispéñseme que no le obsequie con manjar más apetitoso, y mande siempre á este devotísimo admirador de sus trabajos literarios y buen amigo suyo.—L. C. y M.

16 de Octubre de 1885.



ADVERTENCIAS

y reglas que

SE ESTILAN Y OBSERVAN EN LA
PLAZA DE MADRID

por los cavalleros que gustan de entrar en ella
á torear

á vista de Sus Magestades.

Primeramente se debe advertir, que este ejercicio tan de brio, ayre y garbo, es acto

Valenzuela se engolfa á remo y vela,
Sin valer Valenzuela cosa alguna;
Valenzuela es un cuerno de la luna;
La balanza del mundo es Valenzuela.

Valenzuela es quien todo lo atesora;
Valenzuela es el vale á cuanto vaque;
Valenzuela es señor de Villasierra;
Valenzuela es el *Duende* y es el draque;

—¿Pues qué le falta á Valenzuela ahora?

—Que como al Confesor, don Juan le saque.

voluntario, en los cuales no puede servir de disculpa la ignorancia, pues no interponiéndose precepto, que apremie á executar lo se busca el que lo executa toda la más rigurosa censura. Debaxo pues de este supuesto, deben los Cavalleros procurar prevenirse de todo quanto dispone el arte, para que quando la suerte desayude, suplan sus reglas lo azaroso, demostrando, que se pierde de desgracia y no de torpeza.

Tiene però el acto voluntario de torear una ventaja singular á los otros, y es, que nunca se puede errar acia el desayre por que como todos los empeños se remiten al valor, no se debe dar caso de que pueda faltar en Cavalleros, que son los que siempre le exercitan. Y assí esta sola disculpa podria tener el cavallero, que se arrojaré (menos práctico que debiera) á entrar en la plaza.

Suelen muchas veces alentar la resolucion de torear en público, la Theoria de entender las reglas, ser hombres consumados en la Escuela del manejo de Cavallos y la reiterada continuación de verlo usar. Pero adviérto que ningun Cavallero se fie en estas circunstancias, sino que antes de salir en público, saque de las experiencias repetidas los avisos para el conocimiento, por que el torear y el juego del Hombre se

parecen mucho en que nunca son unas manos como otras, y passando á individualizar el conjunto de este exercicio (debaxo de las reglas sobredichas) digo:

El Cavallero, pues, que se determinare á torear en publico, ha de prevenirse ante todas cosas de Cavallos seguros. No se le dé nada, de que dexen de ser alindados, ni exercitados en el mesmo acto, que muchas veces (ó las más) salen de él escarmentados y los que entran en la plaza bobos (como ya se sepa que se llegan al toro) obran, y obedecen sin ningun recelo.

El traje de Capa y Espada cortas, Borceguí blanco, azicates, y guantes es mui comun, el sombrero sea adornado de plumas pocas, y airosamente puestas, por que si son muchas, y algo grandes traen consigo el riesgo de llevarse el sombrero á qualquiera movimiento violento del Cavallo ó la suerte, y bastale al dia su malicia, sin añadirle circunstancias, pues así como es lucimiento sacar la espada á tiempo, y desempeñarse, espoco lustre andar siempre con ella en la mano.

Permítese que el primer Cavallo de entrada saque Jaéz en toda forma (de cascabeles en fuera) pero los otros no, por ser demasiado embarazoso para exercicio de tanta desemboltura, donde los muchos perendengues son mui ocasionados.

Lacayos y libreas no tienen regla; midense al compas del caudal, y capricho, pero para dar los rejones, bastan dos, los cuales se diferencien de los otros en el adorno, no en el color. Si se sacare número de ellos, han de ir delante del Cavallero en orden, y los dos citados para la plaza: uno á un estribo, y otro á otro con Garrochones en la mano, en cuya forma se á de entrar lo mas pausado que se pueda á hacer la cortesía á la Persona de representacion que hubiere, y despues proseguir dando buelta á la plaza. Pero si durante esta ceremonia soltaren tóro, dégela y acuda á hacerle cara, que despues se podrá bolver á ella. Excepto si fuere delante de sus Magestades, pues no se puede dejar la cortesía, asta passar el Valcon de las señoras Damas.

El tamaño, y grosor de los rejones, sigue la misma regla, que en los Lacayos, y así medirlos con el pulso. Advirtiéndolo, que quanto mas yere al toro, con menos pujanza egecuta él, porque es de carne y sangre aunque Bruto, y él mesmo es, el que los rompe, no el cavallero. Y no se yera de puñada, sino en haciendo la puntería: dejarle entrar, porque lo otro es muy averturado y sin seguridad de herir.

Para entrar á la suerte, sea despacio, y cara á cara no solo por el bien parecer (aun-

que importe tanto) sino por mayor seguridad, pues mucho menos tiene con que herir el toro, entrando por una linea cubierta con el rejon, que no si atravesándose se le da todo el centro. El cavallo vaya sobre la rienda bien avisado, de calidad, que en sintiendo cebado el rejon salga con prontitud, pero sin salir mas espacio que el que ocupase el toro, bolviendo luego sobre mano derecha á buscarle, que ay animales de estos, que rebuelben mas aprisa que se quisiera.

Las suertes se deben buscar á la salida del Toril, y delante de la persona de representacion, pero estas suelen perdonarlo si el Cavallero tuviese en la plaza algunos ojuelos pardos donde estar á la sombra.

A Toro herido de lanzada de á pié, no puede buscar el Cavallero, antes sí, apartarse de él, todo lo posible, y si se viere tan cercano que parezca desayre huírle; acerle la suerte con un lienzo. Y esto es, para satisfacer á los que ignoran la regla precissa de no poder poner rejon á toro herido de lanzada. Lo mesmo se á de observar con toro desjarretado, y con el que no quisiere embestir: no hay que apurarse, caracoleándole, que parece mal, y se moja la pólvora, y assí en buscándole dos ó (á lo mas) tres vezes, tomar fresco.

Los empeños que obligan á sacar la Espa-

da son los siguientes. Caer en tierra con caballo, ó sin él, perder alaxa alguna como son sombrero, rejon, estrivo, cinta ó otro adorno. Todo esto se entiende motibado del Toro, (que es el enemigo comun) porque si se cae el cavallero, porque se duerma ó embobe, de si mismo á de desempeñarse, ó de todo un vulgo, que le dará arta materia á silvos, y consiguientemente, en las alaxas citadas.

La forma del desempeño, que se estila, y es la mas vizarra, y ayrosa, es esta. Para si cayere: hay una dispensacion del Rey Nuestro Señor Don Phelipe Quarto, en que permitió, y dió por buena, y plena satisfaccion del empeño al Cavallero, que bolviendo á montar á Cavallo (suyo ó ageno) fuere á buscar al toro en él, y le acuchillare. Pero esta permission no fué prohibiendo, que se busque á pié, ni dejando de juzgarlo por mas vizarro y garboso. Entre uno y otro modo han hallado los de la Tertulia del toreo un medio, que satisface á entrambos, que és, que si el Cavallero rodado, tubiere cerca al toro; le busque á pié, si lexos á cavallo, no por negarse al riesgo, si, por el desayre de haber de ir corriendo tras un animal que corre mas: con una Capa de Gorra, un sombrero de Rey de Gallos, y unos azicates como coturnos, rodeado de pícaros que quieren parecer valientes, y acompañantes del

pobre dolorido, que quando alcanza al ofensor, ya no sabe donde tiene los pies, ni decir este duelo es mio.

Si hubiere en la plaza mas Cavalleros, se tiene por generosa obligacion assistir al caido, acompañándole al desempeño pero de forma, que den lugar á que el empeñado hiera el primero al toro y luego entre todos (si fuere posible) acabarle, aunque es verdad que todo empeño queda satisfecho con una cuchillada, pero siempre ayuda n las obras de supererogación mucho para lograr aplausos.

Al Toro que se quisiere acuchillar á pie, se le puede (entrando cara á cara) dar la capa y guardarse con un compás de pies el choque, dándole al passar la herida, pues el fin del torear á cavallo ó á pie se reduce á burlar la fiereza de tanto Bruto, sin accion que tenga sombras de recelo, pero sí de destreza y agilidad, y si la hubiese tal, que baste á entrar, dándole muy repetida, y presurosamente cuchilladas en la frente y cara, sería muy factible hacer huir al toro, porque este desarma con qualquiera golpe que reciben en ella. Y adviértese, que en satisfaciendo el empeño, tomé cavallo para salir de la plaza que lo contrario es muy desayrado.

Si el duelo fuese á cavallo, debe el cavallero no tomar rejón, antes si dejarle (caso

que se alle con el) y partir luego con la mano sobre la empuñadura de la espada en busca del toro, y al llegar á él desenbainarla por encima del brazo, y entrar de golpe hiriendo. Y cuenta con la circunstancia de desenbainar como queda adbertido, porque se arriesga mucho en que sea por debaxo del brazo, siendo lo de menos que puede herirsele; con lo demás de poder segar las riendas, y allarse sin ellas á cavallo en una plaza pública y con un torito á las ancas. Y procúrese entrar muy de recio sobre el toro ganándole luego el costado, por ser lo más ayroso que se hace el ir de pareja con él, acuchillándole, advirtiéndole que satisfacer un empeño, es muy distinto de entrar á poner rejón, pues para esto se á de esperar á que el toro embista, y para lo otro, no, porque se supone que el caballero va á castigar el desafuero que le hizo, y así se á de buscar muy recio y aprissa, que la cólera y la flema son opuestas. Si por desgracia (que lo es muy grande) se le cayere en algún lance con el toro la espada al cavallero, debe apearse por ella y buscarle á pié, como arriba queda dicho. Y adviertese, que no vuelva á embainarla sin limpiar, porque con la sangre se pega á la baina, y si se ofrece bolberla á sacar, no puede, cosa de gran reparo.

Por cavallo herido, ni Lacayo boltrado, no ay empeño, porque para esso se sacan los cavallos, y parecerá sentimiento de interés, y los Lacayos si ruedan, es castigo justo, pues no salen para buscar suertes, sino para dar rejonés, y no apartarse del Cavallero, y para prueba de no ser empeño, ay la consecuencia de mayor á menor, y es, que si al poner el rejon el Cavallero, les hiriese el toro su persona, no tiene mas obligacion ni empeño, que salirse á curar, pues porque le á de tener por el cavallo, ni Lacayo? Lo que se debe, es, acudir á socorrerle luego, como á cualquiera Peon, que viene en riesgo. Y sépase: que el único pretextó para permitir, que entren los Cavalleros á torear, es, por socorrer á los Peones, lo qual se debe executar con tal presteza, que si no tuviese rejon en la mano ó pronto á tomarle, debe entrar al socorro con la espada sin reserva alguna, assí por la obligacion como por el aplauso que se consigue. Tambien se debe advertir, que si al cavallero del empeño antes de satisfacerle, le mataren ó desjarretaren el toro ofensor, debe esperar á que salga toro fresco y satisfacerse en él, y esto lo mas presto que pueda.

Por la plaza, en pasando los lanzes que pidén prontitud y presteza, ándese mui despacio, que el andar aprissa por ella, es para

los Alguaciles, que nunca pueden andar de passo.

Finalmente, la acción del toreo es la más lucida que hacen los cavalleros, pero mui cercada de azares y que en ella, solo se huelgan en acabándola sin desayre ó desgracia y expuesta á la censura de tantos, como desde los balcones juegan las suertes con el antojo, y todo se lo allan hecho con las palabras, y assí quenta con las obras.

Estas reglas se han observado en Madrid entre los mas peritos de la facultad Pitónica, sino salieren bien, Dios sobre todo.





FIESTA REAL DE TOROS EN 1803

Para solemnizar el doble matrimonio de Fernando, Príncipe de Asturias, con la Princesa napolitana María Antonia, y de la Infanta de España, María Isabel, con el príncipe heredero de las Dos Sicilias, Francisco Genaro, mandó S. M. el Rey D. Carlos IV que se verificasen en Madrid fiestas Reales, señalando al efecto los días 18, 19 y 20 de Julio de 1803.

En su consecuencia, se celebró el día 18 un besamanos general en Palacio; el 19 fueron los Reyes en público y acompañados de la Grandeza, altos dignatarios y todo el persona palatino, á dar gracias al Santuario de Atocha con motivo del feliz celebrado matrimonio de los Príncipes, hallándose colgada y adornada la carrera por donde pasó la regia comitiva; y para el día 20 se

dispuso la celebración de una Real Corrida de Toros en la Plaza Mayor, con asistencia de la Corte y de todo el elemento oficial.

Se arregló y decoró la Plaza para esta fiesta, figurándose con lienzo pintado las fachadas de las casas destruidas por el formidable incendio ocurrido en 1790, adornando los balcones de todos los pisos con colgaduras y flores y construyéndose barreras y tendidos de madera en los cuatro frentes por delante de los soportales.

Fueron comisionados para la organización de esta corrida Real y de otras que después se jugaron, el Corregidor D. Juan de Morales Guzmán y Tovar y los Regidores D. Juan Xaramillo y Marqués de Perales. Nada menos que CIENTO DIEZ TOROS adquirieron para correrse en estas fiestas, pertenecientes á l s siguientes ganaderías:

Siete de la de D. José Prieto Ramajo, vecino de Ciudad Rodrigo, con divisa blanca y encarnada.

Seis de D. Antonio Reyruad, vecino de Salamanca, con divisa azul y blanca.

Seis de D. Juan Núñez, vecino de Benavente, con divisa verde y blanca.

Doce de D. Francisco Xavier de Güendulain, vecino de Tudela de Navarra, con divisa pajiza.

Nueve de D.^a Leonor del Aguila Bolaños,

vecina de Viillarrubia de los Ojos de Guadiana, con divisa encarnada.

Seis de D. Alvaro Muñoz y Teruel, vecino de Ciudad Real, con divisa verde.

Nueve de D. Ramón Sierra, vecino de Zateña en la Mancha, con divisa morada.

Cuatro del Conde de Vista Hermosa, vecino de Utrera, con divisa verde, blanca y encarnada.

Ocho de los herederos de D. Benito Ulloa, vecino de Utrera, con divisa pajiza, verde y blanca.

Cuatro de D. Juan Bequer, vecino de Utrera, con divisa encarnada y verde.

Seis del Marqués de Carrión, vecino de Sevilla, con divisa azul y verde.

Seis de D. José Cabrera, vecino de Utrera, con divisa blanca y negra.

Dos de D. Vicente Vázquez, vecino de Sevilla, con divisa pajiza y azul.

Diez y siete de D. Antonio José Rodríguez, vecino de Sevilla, con divisa color de fuego.

Dos de D. Manuel Freyre, vecino de Alcalá del Río, con divisa celeste.

Tres de D. Agustín de la Parda, vecino de Dos Hermanas, con divisa pajiza y negra; y

Tres de D. Julián Rodríguez, vecino de Colmenar, con divisa azul.

El personal de lidiadores para estas fiestas quedó organizado del modo siguiente:

Caballeros rejoneadores: D. José de la Tixera, D. Antonio Paumán, D. Sebastián Mantilla, D. Joaquín Jover de Alós, D. Juan José Gutiérrez y D. Félix Avecilla.

Picadores: Laureano Ortega, Antonio Parra, Juan Anastasio López, Pedro Puyana, Francisco Rivillas, Cristóbal Ortíz, Juan de Rueda, Francisco de Paula Rodríguez, Luis Corchado, Juan Gallego, Francisco Ponce y Francisco Ortíz.

Espadas: José Romero, Bartolomé Ximénez, Antonio de los Santos, Agustín Aroca, Juan Núñez, Francisco Herrera Guillén, Juan del Alcázar, Alfonso Alarcón, Manuel Alonso y Joaquín Díaz.

Banderilleros: Sebastián de Vargas, Juan Ximénez, Manuel Ocaña, Juan García Núñez, Cristóbal Díaz, Agustín Mellado, Ramón García, Pablo Ximénez, Juan José Claro, Manuel Sánchez, Antonio Ruiz, José Sereno, Manuel Lara, Francisco del Pozo, Domingo del Corral, Juan de Lara, Lorenzo Baden y José Amarillo.

Cachetero.—José Díaz.

A las doce de la noche del martes 19 de Julio se verificó el encierro de los 24 toros destinados para la corrida del día siguiente. Entraron éstos por la Puerta de Toledo, á

cuyo efecto se cerraron todas las bocacalles, descansando en un gran toril construído en la Plaza de la Cebada y saliendo después de hecho el conveniente reparto, para los dos toriles construídos en la Plaza Mayor, el uno que se llamó de Corte, donde hoy la calle de Zaragoza, y el otro de Villa, en el terreno que ocupa actualmente la calle de Botoneras. Toda esta operación fué presidida por los Regidores comisionados por la Villa.

El miércoles 20 por la mañana, y para la prueba, se corrieron ocho toros, que fueron picados por Francisco de Paula Rodríguez, Pedro Puyana y Francisco Ortiz; banderilleados y capoteados por los rehileteros y chulos de las cuadrillas y muertos á estoque por José Romero, Bartolomé Ximénez, Antonio de los Santos, Agustín Aroca, Juan Núñez, Francisco Herrera Guillén, Juan Alcazar y Alfonso Alarcón. Presidió la corrida el Sr. Corregidor y permanecieron á caballo en la plaza para recibir órdenes, cuatro Alguaciles de Villa y el Alguacil mayor.

Por la tarde y con la mayor solemnidad se celebró la corrida real. A las cinco en punto salieron de Palacio SS. MM. con todo su séquito, marchando la comitiva en el orden siguiente:

La Villa de Madrid con Clarines y Timbales. Veinticuatro Alguaciles en traje de Goli-

lla a caballo, el Alguacil Mayor de militar; seis Maceros, cuatro con Mazas y dos con los Escudos de armas de la Villa; cuatro Regidores y el Corregidor detrás de todos, a caballo.

La Compañía de Alabarderos con su música y oficialidad.

La Compañía Flamenca de Reales Guardias de Corps, mandada por su Capitán, el Príncipe Maserano.

Seis coches dorados con cuatro mulas á tirantes largos, dos cocheros y dos lacayos cada uno, con libreas de gala, para Mayordomos de semana.

Timbales y clarines de la Real Caballeriza.

Diez ricas berlinas con cuatro mulas á tirantes largos, dos cocheros y dos lacayos cada una, para Gentiles hombres de Cámara de S. M.

Una berlina con seis mulas, dos cocheros y dos lacayos en la que iban el Marqués de Villafranca, el Duque de Montemar y el primer caballerizo Marqués de Sotomayor.

Una berlina, igual en todo á la anterior, en que iban el Conde de Bornos, Caballerizo Mayor del Príncipe y el Conde de Corres, Sumiller de Corps.

La Estufa nombrada de Mina, tirada por seis mulas, en la que iban el Conde de La-

laing, Caballerizo Mayor de la Reina; el Duque de San Carlos, Mayordomo Mayor supernumerario de S. M., por indisposición del Duque de Medinaceli, que lo era en propiedad, y el primer caballerizo D. Francisco de Palafox.

La Estufa de respeto nombrada de Villena, tirada por ocho caballos; de viga dorada toda ella y ricamente vestida de terciopelo carmesí, bordado de oro de realce, con pescante, guarnición y plumajes correspondientes.

La Estufa nombrada de Roma, tirada por seis caballos, con dos cocheros y doce lacayos; toda dorada, cuajada de adornos y esculturas, vestida de terciopelo carmesí, bordado de galones de oro, con pescante, guarnición y plumas correspondientes. Iban en ella los Jefes superiores de Palacio, Marqués de Bélgida, Marqués de Montealegre, Marqués de Ariza y Duque de Sedevi, llevando en la zancajera ó estribo derecho al primer Caballerizo de S. M., D. Joaquín Manuel y Villena, y en el izquierdo, al Marqués de Cogolludo.

La Compañía Americana de Reales Guardias de Corps, mandada por su Capitán el Conde de Villarriezo, y detrás, en dos filas, los lacayos y volantes de la Real Caballeriza.

Los Caballerizos de Campo á caballo en dos filas.

La Estufa de SS. MM., titulada de Ensenada, de viga magnífica, dorados todos sus adornos y esculturas, vestida de tisú de oro, galones y flecos de lo mismo, con pescante, guarniciones y plumajes correspondientes, tirada por ocho caballos, con dos cocheros y doce lacayos. Iban dentro SS. MM. y el Príncipe y la Princesa; al estribo el Caballerizo de Campo de servicio y el Oficial Mayor de Guardias de Corps, y á pié, á los lados de la Carroza, los 24 Caballeros Pajes de S. M. con su Ayo el Coronel de Ingenieros D. Luis Rancaño de Cancio, y detrás, en formación, la Compañía española de Reales Guardias de Corps con el Marqués de Branciforte, Sargento mayor del Cuerpo, á la cabeza, acompañado del capitán Marqués de Albudeite.

La Estufa nombrada de Venecia, de talla y escultura doradas, vestida de bricho de oro, pescante, guarniciones y plumajes de lo mismo, tirada por seis caballos, con dos cocheros y doce lacayos, conduciendo á los Infantes D. Carlos y D. Francisco. Llevaba Caballerizo de Campo al estribo y Batidores de Guardias.

La Carroza ó Estufa nombrada de Balbasses, dorada y vestida de terciopelo azul ce-

leste, bordado de oro y plata, con pescante, guarniciones y plumajes correspondientes á la vestidura, tirada por seis caballos, con dos cocheros y doce lacayos, ocupada por el Infante D. Antonio, con la respectiva partida de Reales Guardias de Corps y Caballerizo de Campo.

La Berlina nombrada Amiconi, tirada por cuatro mulas á tirantes largos, con dos cocheros y cuatro lacayos, en la que iba la Camarera Mayor de la Reina, llevando Caballerizo al estribo.

Tres coches para las Damas de S. M., con cuatro mulas á tirantes largos, dos cocheros y cuatro lacayos.

Un coche para la Camarera Mayor y Damas de la Princesa, como los anteriores.

Seis coches en la propia forma para las Damas de Honor.

Tres coches de respeto, con el mismo número de dependientes que los anteriores.

La Compañía italiana de Reales Guardias de Corps cerrando la comitiva, mandada por el Teniente General D. Carlos Mori, primer teniente de la misma Compañía.

La comitiva salió por el Arco de la Armería á la Platería y calle Mayor, apeándose los Reyes frente al Arco de la Panadería, y subiendo á su balcón, donde se presentaron á las cinco y cuarto, colocándose bajo el dosel

preparado al efecto. Detrás de SS. MM. estaban el Caballerizo Mayor encargado de hacer las señales y el Príncipe de la Paz; en el inmediato balcón de la derecha, el Príncipe y Princesa de Asturias, y en los tres siguientes, los Infantes D. Carlos, D. Felipe y don Antonio y el Arzobispo de Toledo. En los cuatro balcones, á la izquierda del ocupado por SS. MM. los Grandes de España, Camareras y Damas de Honor, luciendo magníficos trajes adornados de joyas y piedras preciosas; y en los demás balcones de preferencia, los Caballeros, Pajes de uniforme, el Real y Supremo Consejo de Castilla con trajes de Toga, la Orden del Toisón de Oro, los Consejos de Hacienda y de Indias, el Ayuntamiento, Tribunales y altos empleados de los Ministerios. Los pisos altos y tabladillos estaban ocupados por inmensa multitud de la clase media y el pueblo.

Antes de presentarse los Reyes, ya se hallaba la compañía de Alabarderos formada en línea debajo del balcón Real, donde permaneció hasta la terminación de la fiesta, defendiéndose con las alabardas en las varias ocasiones en que los toros acometieron la línea y dando muerte á uno de ellos. También permanecieron constantemente delante de SS. MM, para tomar órdenes, montados en caballos ricamente enjaezados, dos Al-

guaciles de las Reales Caballerizas y cuatro de Corte, los cuales, en las veces que el toro se dirigió hacia ellos, dieron una media vuelta con rapidez y volvieron á ocupar su sitio.

Tan pronto como tomaron asiento los Reyes, empezó á entrar en la plaza, por el Arco de la calle de Toledo, una brillante comitiva. Rompía la marcha un gran pelotón de lacayos de los Sres. Marqués de Peñafiel y Conde de Altamira, y detrás, en dos magníficas Carrozas y ricamente vestidos, ambos grandes de España, que apadrinaban á los Caballeros rejoneadores. A los estribos de los citados coches iban los espadas José Romero, Bartolomé Ximénez, Antonio de los Santos y Agustín Aroca, siguiendo sus respectivas cuadrillas y muchos volantes, porteros y lacayos. En seguida una vistosa compañía de cien hombres, vestidos á la romana, otra de igual número vestidos á la antigua española, otra con trajes á la húngara y otra de moros. Los Caballeros en plaza, en arrogantes caballos enjaezados lujosamente, con trajes á la antigua española, de diferentes colores y gran número de caballos de respeto conducidos por palafreneros de las Reales Caballerizas.

Hecho el saludo á SS. MM., quedaron en la Plaza los Caballeros con sus lidiadores de

á pie al estribo. y al son de Clarines y Timbales salió el primer toro, al que por orden de alternativa fueron rejoneando con denuedo y bizarría. De los ocho toros rejoneados murieron tres sin tener que rematarlos con el estoque y perecieron tres caballos en la refriega, cayendo una vez al descubierto uno de los Caballeros, pero sin recibir daño alguno en la caída. Retirados los rejoneadores en medio de vítores y aplausos, salieron las cuadrillas y continuó la lidia ordinaria hasta la hora de anochecer, en que los Reyes se retiraron, ocupando de nuevo su carroza que se custodió en el Zaguán ó Portal de la casa del Marqués de Montealegre (conocida por el nombre de casa de Oñate) según antigua costumbre en estas fiestas, regresando á Palacio con la misma comitiva.

Otras dos corridas Reales se verificaron, una en la Plaza Mayor el 22 de Julio, y otra en la plaza vieja, extramuros de la Puerta de Alcalá; mas no revistieron ni con mucho la solemnidad, brillantez y riqueza de la que he descrito.

A vueltas, sin embargo, de tanto esplendor, la corrida del 20 de Julio, que formó época por la magnificencia con que fué presentada, dejó bastante que desear en cuanto á la bravura del ganado y hasta por la manera de distribuir los puestos y localidades;

y buena prueba de ello es la diatriba poética que corrió manuscrita, enderezada contra su principal organizador el Regidor Marqués de Perales, ídolo entonces de la plebe y que tan desastroso fin tuvo cinco años después, siendo arrastrado por las calles de Madrid.

Dice así la poesía:

AL GRANDE ESMERO Y ACIERTO

QUE HA ACREDITADO EL MARQUÉS DE PERALES
EN LA ELECCIÓN DE TOROS PARA
LAS FIESTAS REALES

DÉCIMAS

Viva el Marqués de Perales
y la gran sabiduría
que tuvo su señoría
en la compra de animales.
Lucieron las fiestas Reales
con los mansos becerruelos,
y en premio de sus desvelos
mandan todos sus parciales,
que el título de Perales
se le convierta en Ciruelos.

¿Quién le manda á este señor
meterse en lo que no sabe?
Hable de mulas y p...s,

de capotes y alamares,
de vestidos á lo tuno,
que sólo esto es lo que sabe,
y deje de escoger toros,
que para esto es muy salvaje
el gran Marqués de Ciruelos
que antes lo fué de Perales.

OCTAVAS

En estas funciones Reales
se ha visto con grande esmero
regentar al Pregonero
y obedecerle Perales;
gran cosecha de animales
mansos como unos corderos,
ganancia de carniceros
y discreción de Morales.

Los tendidos, arrastrados;
los precios á discreción,
Alguaciles á montón,
los pasos todos cerrados,
los hombres amontonados
sin dejar paso á la gente,
la tropa muy insolente
y todos mal colocados.

Representando la «Vista de la Plaza Mayor en el momento de celebrarse la corrida de Corte», se publicaron tres distintas láminas en el mismo año 1803; siendo la mejo

de ellas una grabada en cobre, en folio apaisado y sin nombre de autor, en la que se ve: la Casa Panadería y los Alabarderos formando fila debajo del balcón donde se hallan SS. MM.; un Caballero rejoneando al toro con dos toreros al quite; y dos Alguaciles á caballo situados cerca de la barrera, uno de ellos conversando con un torero de á pie: en el ángulo izquierdo, el llamado entonces Portal de Paños, hoy calle de Ciudad Rodrigo.

Tales son los principales pormenores de la deslumbradora fiesta Real de toros celebrada en la Plaza Mayor de Madrid el día 20 de Julio de 1803.





LAS ALTERNATIVAS

El diestro Antonio de Dios (*Conejito*), de tan escasa significación en el toreo como otros varios que han ingresado en la escala de matadores de cartel, ha sido causa determinante de que se ponga otra vez sobre el tapete la manoseada cuestión de las alternativas.

Anunciado el *Conejito* para alternar por primera vez en esta plaza el día 11 de Julio próximo pasado en unión de *Minuto*, no tuvo á bien aceptar la cesión que éste le ofreciera para estoquear el primer toro, por considerar, sin duda, que no debía hacerlo en virtud de tener ya alternativa conferida por *Guerrita* en la Plaza de Linares, y tal algarada se ha producido por ello, que los principales revisteros taurinos han elevado una exposición al Gobernador de la provincia

para que no permita al *Conejito* volver á trabajar en corrida de toros en Madrid, si no acepta la consabida cesión, hecha por el espada más antiguo que trabaje con él.

Creo que la petición es muy razonable, y que el *Conejito* obró muy mal no cumpliendo con una fórmula que de consuno aconsejan la tradición y el respeto que merece Plaza de tanto fuste como la de Madrid. Bien será por tanto, que más que compelido por el mandato de la autoridad, se apresure por acto espontáneo suyo á manifestar que la primera vez que vuelva á torear en esta Plaza subsanará aquella ligereza y aceptará la cesión del primer toro; dando con ello la satisfacción debida al público.

Pero al mismo tiempo que se ha formulado exigencia tan justa, se plantea otra cuestión en la prensa, y es la de que no debe ser válida para la antigüedad ninguna alternativa recibida en otras Plazas, mientras no se confirme en la de Madrid. De esto protestan la mayor parte de los matadores de toros, y uno de ellos, Luis Mazzantini, dice, y dice bien, que él se considera como tal matador desde la tarde del 13 de Abril de 1884, en que Salvador Sánchez (*Frascuélo*), le dió la alternativa en la Plaza de Sevilla. Es verdad que en 29 de Mayo siguiente. y cuando *alternó por primera vez en la Plaza de Ma-*

drid, aceptó la cesión del primer toro que le hizo *Lagartijo*; pero este acto de respeto para el público, que debe realizarse siempre en casos análogos y de mútua cortesía entre matadores que estoquean juntos por vez primera en esta plaza, no puede en manera alguna significar la pérdida de la antigüedad conquistada anteriormente.

Opinan otros escritores y aficionados—conformes en esto con Luis Mazzantini—que la alternativa tomada en la plaza de Sevilla, da antigüedad para todas las de España, sin que sea necesario confirmarla en Madrid. Hay quienes hacen extensivo este derecho á las plazas de toros donde radicaron los antiguos Cuerpos de Maestranza y otros entienden, que la alternativa conferida por un espada de cartel en cualquiera plaza de España, es bastante para obtener el derecho de antigüedad en todas las demás.

Ateniéndome al estado actual de las cosas me parece un absurdo pretender que la Plaza de Madrid tenga para el caso la supremacía sobre todas las demás, y que sólo desde la fecha en que se alterna en ella deba contarse la antigüedad del matador.

En el siglo pasado, al abandonarse por la nobleza el ejercicio del toreo á caballo, y empezar á popularizarse el toreo á pie como profesión retribuída á que se dedicaron hom-

bres de la plebe, sólo se verificaban de una manera ordenada y regular estos espectáculos en la Plaza de Madrid, regalada por Fernando VI á los Hospitales, á fin de que aumentasen sus ingresos con los rendimientos de las corridas que anualmente se celebraban para tan piadoso objeto.

En las ciudades donde se establecieron los Reales Cuerpos de Maestranza, creados para que los nobles se dedicaran á la enseñanza y manejo del caballo, y con objeto de conservar la superioridad de la raza caballar española, se concedió por los Reyes para el sostenimiento de dichas Maestranzas—y así consta en sus ordenanzas y estatutos—el privilegio de que pudieran celebrar cada año un cierto número de corridas de toros utilizándose de todo su producto. Por esto se llamaron Plazas de Maestranza las de las ciudades donde estas corporaciones se establecieron.

Era, por consiguiente, lógico, que entonces se confiriese la investidura de matador de toros en la Plaza de Madrid en primer término ó en alguna de Maestranza, únicas en que se celebraba anualmente un número fijo de corridas con el concurso de buenos lidiadores y buen ganado, y no en otras donde el espectáculo, además de ser eventual, no podía revestir la importancia que en aquéllas

Pero el tiempo que todo lo transforma, ha cambiado radicalmente las cosas. Las Maestranzas dejaron de hacer uso del privilegio de los toros; la afición á esta clase de fiestas se extendió por capitales, ciudades y villas y las corporaciones oficiales, las sociedades benéficas y aun las empresas particulares, levantaron espléndidas plazas, donde acuden los mejores toreros y se lidian los mejores toros, superando en esto último á la de Madrid, en que estamos al parecer condenados á no ver lidiar más que torillos baratos ó de desecho, sin carnes, ni bravura, ni lámina, ni cuernos, y sin la edad reglamentaria. ¿Qué motivo, pues, existe en la actualidad para que un matador de categoría no pueda dar la alternativa en cualquiera de dichas plazas, y para que esta alternativa no sea válida en todas las demás de España? Las plazas de Sevilla, Valencia, Pamplona, Bilbao, Zaragoza, Valladolid, Salamanca y otras que pudiera citar, no celebran en cada año un número de corridas *de tabla* que pueden competir ventajosamente con las de Madrid?

¿Sería lógico, que si Mazzantini ó *Guerrita* hoy, como *Lagartijo* y *Frascuelo* ayer, considerasen á un torero digno de darle la alternativa en alguna de estas Plazas, no hubiera de servirle hasta que la tomase en Madrid?

Y si á la Empresa de Madrid no le convenía en una ó más temporadas contratar al nuevo espada, ¿habría de estar éste esperando *ad-kalendas grecas* para hacer efectiva su antigüedad?

Con el sistema propuesto pueden ocurrir también otros absurdos: una alternativa dada en Barcelona ó Sevilla por Mazzantini ó *Guerrita*, valdrá menos que la que confieran en Madrid *Villita* ó *Bonarillo*. Y si un espada que sólo ha alternado en Plazas de provincias lleva en su cuadrilla un banderillero que tome la alternativa en Madrid, el día que aquél venga á esta Plaza, acaso tenga que recibir la alternativa del que fué su banderillero.

De todo lo dicho deduzco, que en el estado actual de las cosas, *la alternativa dada por un primer espada de cartel, en una verdadera corrida de toros celebrada en cualquier Plaza de España, debe ser válida para contar la antigüedad desde el día en que se obtiene.*

Lo que si creo que se debería determinar, es qué condiciones haya de reunir el matador para poder otorgar alternativa; porque como algunos de los revisteros que tanta seriedad demandan para estas cosas, se ocupan de *todos* los novilleros con la misma preferencia que pudieran hacerlo de Francis-

co Montes ó de José Redondo, han hecho de muchos de ellos *matadores de cartel*, fomentando aspiraciones ridículas, y creando un grupo de flamantes espadas sin autoridad ni prestigio, que para mí siguen siendo tan novilleros como antes. Debería limitarse la facultad de otorgar alternativas, bien á los cuatro matadores de mayor antigüedad en la profesión, ó á los que hayan actuado como espadas contratados durante dos temporadas en la Plaza de Madrid; procurándose para que la lidia de toros no se desprestiege más que ya lo está, no dar alternativas sino en aquéllós casos en que se trate de lidiadores que hayan demostrado aptitudes especialísimas, y práctica suficiente para poder ejercer con lucimiento la profesión de matador de toros.

Sería, por último, conveniente que lo que se decidiera fuera producto de un acuerdo entre la autoridad, los tres ó cuatro primeros espadas más antiguos y los principales representantes de la prensa taurina, para que lo resuelto obligara á todos y no hubiera que volver sobre esta eterna y al parecer insoluble cuestión.

Agosto, 1897.





BALANCE DE TEMPORADA

La temporada acabó;
todo es natural que acabe.
Bartolo en ella triunfó,
y echándonos bien la llave
el dinero se guardó.

Muy pronto al suelo andaluz
se irá, llevando *la luz*
que le otorgamos benignos,
haciéndonos varios signos
que no son el de la cruz.

Con perversas intenciones,
sin conciencia ni decoros,
compró por pocos doblones,
muchos becerros mamonés
y muy poquísimos toros.

Así los diestros, sin trabas
pudieron limpiar las babas
á las reseillas nuevas,

y en lugar de reses *bravas*
han lidiado reses *brevas*.

Haciendo alguna excepción
(que ya se sabe cuál es),
sin dar reposo á los pies
bailaron un rigodón
delante de cada res.

Y si por acaso al ruedo
salió un toro de estatura,
mostraron poco denuedo
y así... vamos... como miedo,
ó si se quiere, *pavura*.

De todo lo que á granel
se ha visto en el redondel,
sobresalió ante el país
algún sablazo de Luis
y lo que hizo Rafael.

Entre los bueyes lidiados,
chicos, flacos y baldados,
con la sangre como el agua,
fueron los más desdichados
los del duque de Veragua.

El pueblo con gran cachaza
soportó hechos inauditos,
demostrando por la traza
que hubo muchos más cabritos
que los lidiados en plaza.

En suma: que los toreros,
la empresa, los ganaderos
y el público mansurrón,

han dado golpes certeros
á la anémica afición.

Vaya, pues... enhorabuena
el charandel de Escacena
que nos burló con ardid,
y acabe ya su faena
en la plaza de Madrid.

Noviembre 1897.





DON FRANCISCO DEL PINO

TORERO-SANGUIJUELERO

Hoy que las prensas y los escritores taurinos sudan el quilo para llevar á todos los rincones del mundo noticia cabal y detallada de los arrojos y gallardías del *Chiripa*, el *Patraña*, el *Bicicleta* y otros mil sucesores de Pedro Romero y *Curro Montes*, no veo yo razón para que la ingrata posteridad ponga en el olvido á ciertas personalidades, que si no fueron estrellas de primera magnitud, tuvieron en su época algún relieve, ocuparon la atención de sus contemporáneos, y recibieron de éstos pruebas inequívocas de afectuosa simpatía.

Objeto de esta injusta preterición ha sido D. Francisco del Pino, lidiador popularísimo

á mediados de siglo en la baja Andalucía, y acerca del cual no dicen oste ni moste los más conspicuos biógrafos de la gente de coleta. Voy yo á *llenar este vacío*, sacando de la obscuridad en que yace al que tanto *tronío* y alegría llevó á las Plazas andaluzas (1).

La heroica ciudad gaditana, cuna de nuestras libertades, lo fué también de don Francisco. Allí nació el Viernes de Dolores del año de gracia de 1798 entre gallos y media noche, siendo de suponer que sus amorosos padres le criarían con cariñosa solicitud, no pudiendo yo puntualizar la mayor ó menor precocidad del rapaz.

A la edad de diez ú once años le dedicaron al oficio de ebanista, en el que dió pruebas palpables de laboriosidad y honradez. Pero no le llamaba Dios por ese camino: entusiasta de nuestra fiesta nacional, concurrente asíduo á capeas y tentaderos; amigo, hasta cierto punto, de varios lidiadores andaluces, y sintiéndose capaz de llegar á las más altas jerarquías de la tauromaquia, abandonó la herramienta y el taller, y sentó

(1) Después de escrito este artículo, mi querido amigo Javier de Burgos, presentó sobre la escena al histórico personaje, en su delicioso sainete *La boda de Luis Alonso ó la noche del encierro*.

plaza el año 1813 de mozo de estoques de *Curro Guillén*. No iban las cosas tan de prisa como él hubiera querido, puesto que habían transcurrido cuatro ó cinco años, y nuestro hombre no había vestido todavía el traje de torero.

Asuntos de índole privada vinieron á frustrar acaso para siempre sus aspiraciones cornamentales, pues habiendo sentido volcánica y violenta pasión por una linda señorita de la clase media, uni6se á ella en lazo indisoluble el año 1819, matriculándose en el comercio, con casa abierta en la calle Nueva, donde estableció una tienda-despacho de sanguijuelas. Dedicado por espacio de muchos años á los placeres íntimos de familia y al alivio de la humanidad doliente, parecía aquel hombre perdido ya en definitiva para el toreo; mas la Providencia, en sus altos é inescrutables designios, no permitió que fuese así.

Los triunfos que *Curro Montes* obtuvo en Cádiz enardecieron la sangre de D. Francisco, recrudesciendo sus antiguas aficiones; contrajo amistad y trato íntimos con aquel consumado maestro, y un día de los primeros de Agosto del año 1845, hallándose en la taberna llamada de la Recoba, rodeado de toreros y aficionados, disertando sobre cosas de cuernos, arrancáronle la declara-

ción solemne de que, aunque su edad de 47 años no era la más á propósito para los ejercicios de agilidad, se decidía al fin á dedicarse de lleno al toreo, comprometiéndose á estoquear en la primera corrida que se celebrase.

Sus condiciones físicas eran por aquellas kalendas, poco más ó menos, las siguientes, que consignó un admirador suyo:

«Es de estatura mediana y airosa, aunque ligeramente engallado: bien puesto de cabeza; color moreno retinto, frente espaciosa y prominente, signos de inteligencia y acometividad; nariz dilatada, señal de bravura; ojos árabes, vivos y brillantes, como de perdiz.»

Las faenas practicadas por Pino el día 17 de Agosto de 1845, en que verificó su *debut*, y la impresión que produjo en el público, las condensa el citado admirador en estos términos:

«...el primer toro cayó de una estocada; mas como el verdadero genio sufre con impaciencia el yugo de las reglas, habiéndose apartado algún tanto de éstas al matar el segundo, sufrió unas 10 ó 12 cogidas y revolcones, pues tan pronto se le veía midiendo el suelo con las costillas como describiendo círculos en el aire; pero logró matarle y salir ileso, merced al inaudito valor que

desplegó. Complacido y deslumbrado el público al ver tan inesperada destreza y sangre fría en un hombre que contaba 47 hierbas, es decir, abriles, le aplaudió con frenesí, y desde aquel día ha ido en aumento el aura popular, á tal punto, que pocos habrán logrado más aplausos ni más constante favor, puesto que cada vez que se presenta en el redondel disfruta el grato privilegio de conmover las masas hasta un grado inconcebible, produciendo su vista una constante y no interrumpida alegría, y saludándole con una lluvia de proyectiles escogidos.»

Durante cuatro ó seis años disfrutó, en efecto, D. Paco del favor popular, toreando mucho en las plazas de Cádiz, los Puertos, Chiclana, Algeciras y otras. Sufrió repetidos y tremendos revolcones; pero heridas, sólo tengo noticia de una que él mismo se infirió en la corrida extraordinaria jugada en Cádiz la tarde del 30 de Agosto de 1846. Yendo á entrarle á paso de banderillas á un toro que se defendía en las tablas, tuvo la desgracia de darse un pinchazo en el pie derecho, según consta en la revista poética de dicha corrida publicada en el periódico *El Comercio*, y que lleva la firma del *Doctor Quinruualadejo*, anagrama del reputado escritor de aquella época D. Joaquín de Lara. Representando este percance, se publicó

en Cádiz, el mismo año 46, una lámina grabada que poseo, en la que aparece D. Francisco con la espada en la diestra mano y en un pie, como las grullas, haciendo contorsiones por los agudos dolores que le produce la herida, de la cual mana la sangre en abundancia. El toro le mira, sin hacer nada por él.

Los carteles en que se anunciaba á don Francisco del Pino revistieron siempre la mayor originalidad. A la vista tengo uno del año 1852, con grabados representando suertes del toreo, orlado y elegantemente impreso, cuyo texto voy en parte á reproducir.

«Toros en Cádiz.—Don Francisco del Pino; considerando que todo lo que tiene de grande el amor con que me trata el pueblo de Cádiz, debe tener de heróica mi gratitud, he determinado (previo el permiso correspondiente) poner á prueba la resistencia de mi persona, contra el escarnio público, presentándome en dos pies á lidiar con animales de cuatro, en la tarde del domingo 19 del corriente mes de Septiembre, si el tiempo no lo impide; y para que se sepa con la debida anticipación cuanto es relativo á los animales, hablaré yo...»

Aquí dispara Pino cinco octavas reales, siendo la primera del tenor ó del barítono siguiente:

El pueblo gaditano, revoltoso,
lanzóse un día en la taurina arena
proclamando mi nombre victorioso
entre papas y alguna berengena.

Ese nombre, otra vez hoy más glorioso,
de Cádiz por el ámbito resuena,
y el gas que forman los alientos medra,
cual medra el humo del carbón de piedra.

Y continúa el cartel:

«Los siete becerros serán de la famosa y acreditada ganadería del señor D. José Jiménez Rodríguez, de la villa de Chiclana, nombrados como sigue: 1.º Sin vergüenza. 2.º Bienvenido. 3.º Te agazapas. 4.º No te escapas. 5.º El destino. 6.º Guarda papas. 7.º Para Pino.

«De estos siete becerros mataré yo don Francisco del Pino, los cuatro primeros, lo menos de treinta y seis estocadas, para tener ocasión de lucir todos mis recursos: el quinto y sexto los matará Antonio Duarte (a) *Cucharillo de Chiclana*, y en el último saldrá cabalgando vestido de indio el moreno limeño llamado Manuel González, que no abandonará la cabalgadura, afirmándose en ella todo el tiempo que se invierta en picarla y ponerla banderillas de fuego, cuyo espectáculo, nuevo en esta plaza, no podrá me-

nos de ser aplaudido como extraordinario entre las más extraordinarias atrocidades. Además, el referido hijo de Lima picará y toreará de capa al sexto becerro.

«Los picadores para los cinco primeros y el último serán José Fernández de Chiclana, Francisco Tejero, del Puerto de Santa Maria; Antonio Muñoz, de Cádiz, y Juan Gutiérrez, de Algeciras, que trabajarán alternando.

»La cuadrilla de banderilleros la formarán algunos profesores de conocido crédito y varios discípulos aventajadísimos de mi escuela, distinguiéndose entre todos, por las proporciones de su persona, Antonio conocido por el *Cabezo de la viña*.

»Juan Martínez de León (a) *El Ratón*, tendrá la bondad de servirme en esta campaña como jefe de Estado Mayor, cuyo destino le conservaré mientras viva, en memoria de mi compadre y compañero el nunca bien llorado Montes, que le dió el diploma para desempeñarlo.

»Para que todo corresponda á la magnificencia del espectáculo, saldrán los becerros con lujosísimas moñas, que estarán de manifiesto anticipadamente en mi tienda de comercio de la calle Nueva, así como 24 pares de banderillas de elegantes y caprichosas formas y adornos.

»Tales son los por menores de la función que preparo para probar al público de Cádiz mi profunda gratitud á los elogios con que diariamente me honra por medio de sus órganos legales, que son los periódicos políticos y literarios. Si salgo de la jornada como me hacen esperar mi valor, mi inteligencia y mi aptitud, habrá acertado uno de los citados periódicos que manifestó el otro día esta opinión, este deseo y esta confianza...

«Don Francisco del Pino en todo es grande;
¡Nunca enmohezca su brillante espada!
Con ella no habrá toro que lo mande
De la pública vida á la privada.»

Tenía D. Francisco la serenidad y el *tupé* del sevillano Manolito Gázquez.

Cuéntase que en una corrida de toros, á que asistía como espectador, excitado por el público y sus amigos para que saliese a matar un bicho que se había mostrado flojo en la lidia, lleno de dignidad y con generoso desdén se negó á verificarlo, diciendo: *Don Francisco del Pino no mata Cucarachas.*

Pasado el año 1852, se inició la decadencia de facultades de este originalísimo lidiador, y abandonando por completo el toreo, vegetó algunos años entre la *parienta* y las sanguijuelas, recordando la algazara y ale-

gría que su presencia produjo en los circos taurinos.

Su retrato en litografía, se publicó en Cádiz por el año 1850, y el año 1852, *uno de sus numerosos admiradores* le dedicó un lujoso folleto en que también aparecía su retrato y varios grabados representando suertes taurinas, folleto que es hoy rarísimo y del cual he tomado algunas noticias para este articulejo.

D. Francisco del Pino pudo decir, como el Corregio, *Anch'io son pittore*. También yo lidié toros y recibí ruidosas manifestaciones del público.

Y á mí me c. brá, indudablemente, la gloria de haber resucitado ante esta generación el recuerdo de tan famoso y estupendo lidiador.

Octubre 1896.





LOS AMIGOS DE LOS DIESTROS



Son una verdadera calamidad.

Tanto como de las cornadas de las toros, necesitan los diestros defenderse de las impertinencias, oficiosidades, habladurías y excesos de todo género cometidos por los que se titulan sus *amigos íntimos*.

De todos los disgustos surgidos entre los toreros de primera nota, ha tenido casi siempre la culpa la tanda de *amigos íntimos* más ó menos desinteresados que les rodearon.

Aquella sañuda competencia que revestía los caracteres de un duelo entre el famoso *Chiclanero* y el popular *Curro Cúchares*, fué

motivada en primer término por las imprudencias de sus *amigos íntimos*.

Los escándalos ocurridos en tiempo del *Tato* y el *Gordito*, que llegaron al extremo de tener que poner en Cádiz la tropa sobre las armas por temor á una sangrienta colisión entre *Capuletos* y *Montescos*, obedecieron á la misma causa.

Más tarde, los dichosos *amigos íntimos* de Rafael y Salvador trabajaron no poco para hacer de ellos dos encarnizados adversarios, y gracias al buen sentido de ambos, circunscribióse la enemiga que se trataba de establecer á una competencia noble y generosa en que demostraron lo mucho que valían.

Recientes están las desavenencias ocurridas entre los dos toreros de más fama y más queridos actualmente de los públicos (*Lagartijo* y *Guerrita*); y no será ciertamente porque su carácter y circunstancias se presten á tales antagonismos, sino porque los chismes, enredos, fogosidades y desplantes de sus respectivos *amigos íntimos*, trajeron las cosas á un estado que por fortuna ha desaparecido, con satisfacción de todos los buenos é imparciales aficionados al espectáculo y de los verdaderos amigos y admiradores de ambos diestros.

Y lo más notable de todo esto, es, que los

que á sí mismos se llaman amigos íntimos, predilectos é influyentes de los toreros, no son los que les han conocido desde sus primeros años, ni han fomentado su trato, ni pueden, por tanto, haber establecido con ellos corrientes de afecto. Nada de eso.

Dichos *amigos íntimos* no les salen á los diestros hasta que *meten ruido* y llegan por su propio esfuerzo á ocupar un puesto de algún viso en la tauromaquia. Entonces es cuando empiezan á arrimárseles en clase de pegotes (que nada tienen de común con el apreciable picador que lleva este apodo) sus flamantes amigos, consejeros y protectores.

El diestro se acostumbra á verles, primero en el apartado, en el patio de caballos y en la sala de toreros; y después, ellos se encargan de buscarle las vueltas en la calle, en el café, en cervecerías y colmados, y finalmente en su misma casa; resultando de todo que á los quince días el que no conocía ni aun de vista al nuevo astro taurino, está ya en contacto continuo con él, le tutea, le aconseja, come y bebe en su misma mesa, le habla pestes de todos los demás diestros y le proclama ante la faz del universo como el único y más estupendo lidiador que ha pisado el *ruedo* desde los tiempos del señor Francisco Romero hasta el día.

¿Que llega la tarde y el público le silba

porque *está mal*, haciendo verdadera justicia? Pues el público es un jumento que no sabe ver toros. Y con el Arte de *Pepe-Illo* en la mano demuestra el dicente que *su matador* (así le llama) ha practicado ce por be lo establecido en los cánones taurinos, que ni pueden engañarse ni engañarnos.

Y mucha parte de la *bronca* es imputable á la empresa por haberle soltado *bichos ladrones* imposibles de lidiar con lucimiento, apartándoles, en cambio, á los demás *terrones de azúcar*. Por todo lo cual, se impone, con carácter ineludible, la suprema resolución de no torear más en esta plaza ni en ninguna otra donde no se le toquen las palmas al diestro, lo mismo cuando venga el santo de cara, que cuando se ponga de espaldas.

El público sensato y desapasionado, propicio siempre á prodigar su aplauso á lo bueno y á censurar lo malo, hágalo quien lo haga, claro está que desprecia estos inocentes desahogos de las *camurillas*; pero no puede negarse que tan exagerado exclusivismo, proclamado sin rebozo en todas partes, engendra una reacción entre la gente imparcial, notoriamente hostil hacia el diestro á quien imprudentemente se pretende ensalzar.

Ni siquiera se limitan ya los *íntimos* de la

villa y corte á entonar á diario las consabidas alabanzas de sus patronos, sino que, no dejando en paz á éstos en sus salidas para provincias, se cuelan bonitamente en carruajes, ferrocarriles y fondas, como agregados ó adscritos á la cuadrilla de su mayor devoción, y en provincias lo mismo que en Madrid, predicán la buena nueva, vociferan como energúmenos en los sitios públicos, telegrafían *ad usum delphini* las maravillosas hazañas de sus ídolos, aunque éstos hayan estado *fusilables*, y siguen la *juerga*, casi siempre á costa del matador, durante la temporada taurina.

Pero estos hombres, se me preguntará; ¿no tienen nunca cosa alguna que hacer?

No, padre. No tienen oficio ni beneficio; ni les importa nada la sociedad, ni la familia, ni ostentan ni quieren ostentar más rasgo saliente que les caracterice y les dé á conocer, ni otra misión sobre la tierra, que ser amigos ÍNTIMOS, PREDILECTOS Y FRATERNALES del diestro á quien toman por su cuenta.

Bien claro lo demuestra el hecho de que al visitarme uno de ellos hace pocos días, sin duda para referirme con pelos y señales las valentías de su ahijado en las fiestas de Matalaguarra, como no me encontrara en casa, me dejó una tarjeta, que leí

con verdadero asombro, redactada en estos términos:

EUSEBIO CHAPEPA

Amigo íntimo del célebre matador de toros

MANUEL RETUERTA (EL CICLÓN)

Desde entonces me he afirmado en la idea de que entre las manías y *chifladuras* más agudas que padecen los míseros mortales, debe incluirse la de las *intimidades toreras*.

Hay de ellas casos fulminantes, que conducen á algunos hombres hasta el *disloque* más completo. Lloremos, aunque sea con un ojo, los sensibles estragos de tan ridícula enfermedad.

Abril, 1892.





LA COGIDA DEL PITO

Fué *el Pito* tras del *Corito*,
á parear á un torete
y al clavar un rehilete
enganchó el torete al *Pito*.

Viendo yo lo mal que cita
y el miedo con que se mete,
exclamé:—Se compromete
el Pito ó lleva una *pita*.

Así fué; puesto en un brete
pierde *el Pito* la chaveta
y la fiera le receta
en mala parte un boquete.

Es decir, hablando en plata:
que por ser un poco zote
no se libró del derrote
el Pito y metió la pata.

Por eso afirma Torcuato
(que está conmigo *en el siete*)
que aunque al *Pito* no le pete
el Pito ha pagado el pato.



TOREROS CESANTES EN 1805

Al muy ilustre Doctor Thebussem.

A mieles me supo el *Alegato* que has tenido la bondad de dedicarme y fué inserto en el pasado número de *Sol y Sombra*, dándome á conocer la sabrosa descripción de las aguadas fiestas taurinas del mes de Mayo de 1636. Creías hallarte en peligroso lance al tener que ocuparte *una vez más* en cosas de toros, y sin ajeno auxilio, que para nada necesitas, has salido, *como no podía menos de suceder*, limpio, holgado y rozagante de la suerte, con gran regocijo mío y no menor seguramente de tus lectores.

¡Pues *no eres tú nadie* como historiógrafo de nuestra fiesta nacional! ¡El hombre que, aparte de otras valiosas é importantes investigaciones, descubrió la verdadera fecha del nacimiento de *Pepe-Illo*, que todavía anda-

ba ignorada noventa años después de su trágica muerte!

No obstante, á pesar de toda esa sabiduría, esa ilustración, ese excelente criterio, esa varia, enorme y digerida lectura que *urbi et orbe* se te reconoce, y que soy el primero en admirar, voy á venir con mis manos lavadas (me las lavo todos los días) á dispararte á quemarropa una preguntilla del género económico-aurino, que de fijo va á quedar sin contestación. Oído:

¿A qué se dedicaron los toreros cuando en el año 1805 se suprimieron *en absoluto* las fiestas de toros en España?

.....
¿Que no lo sabes? Me lo figuraba. Ni lo sabe nadie. ¡Cuanta ignorancia! He aquí un episodio, que fué muy interesante, sobre todo para los que entonces se quedaron sin poder ejercer su profesión, y que si no fuera por mí, que en esto de descubrir los secretos más ocultos *no tengo fin*, permanecería completamente ignorado. Voy á ilustrar á mis contemporáneos y á las generaciones futuras *haciendo una mijita* de historia.

El ilustrado Monarca D. Carlos III expidió en el Real Sitio de San Lorenzo á los nueve días del mes de Noviembre de 1785 una Pragmática-Sanción prohibiendo las fiestas de toros de muerte en todos los pueblos del

Reino, á excepción de los en que hubiera concesión perpétua ó temporal con destino público de sus productos, útil ó piadoso. No rezaba esta prohibición con Madrid y otras ciudades principales; y posteriormente, y á petición de muchos pueblos, se fueron concediendo licencias para verificar corridas, pues en los últimos años del siglo pasado la afición á la fiesta se hallaba en un período de esplendor, al que contribuían eficazmente las tres grandes figuras de *Costillares*, Pedro Romero y *Pepe-Illo*.

En 1799 abandonó voluntariamente Romero el palenque de sus triunfos, retirándose á Ronda, su pueblo natal; *Pepe Illo* rindió su vida en la lúgubre jornada del 11 de Mayo de 1801, y poco después fallecía de muerte natural Joaquín Rodríguez (*Costillares*). Como si estas pérdidas no bastaran para el quebranto del espectáculo, el espada Francisco García (*Perucho*) sucumbió trágicamente en Junio del mismo año 1801 en la plaza de Maestranza de Granada, y en ésta pereció también, víctima de una cornada tremenda, en Mayo de 1802, el matador Antonio Romero, hermano de Pedro.

La excitación y el disgusto general que causaron tan repetidas catástrofes, hicieron que los elementos oficiales se decidieran á apretar los tornillos más que lo habían sido

en la Pragmática de Carlos III, y al efecto, se tramitó un voluminoso expediente, que en este momento tengo á la vista.

El Gobernador del Consejo, Conde de Montarco, emitió un extenso informe contrario á la celebración de estas fiestas, en el que entre otras razones, se ponía de manifiesto la ineptitud de los lidiadores que habian sucedido á los famosos de épocas anteriores; y aunque el Fiscal en su dictamen se mostró partidario acérrimo del espectáculo y defendió con buenos argumentos los beneficios que podía reportar su tolerancia, el Consejo pleno reforzó la opinión de su Gobernador, y el Monarca, de conformidad, suscribió la Real Cédula expedida en Aranjuez á 10 de Febrero de 1805, denegando la concesión de las licencias que estaban pendientes y *prohibiendo absolutamente en todo el Reyno, sin excepción de la Corte, las fiestas de Toros y Novillos.*

Por virtud de esta Real Cédula quedaron sin oficio ni beneficio los que libraban su vida en la ruda profesión de lidiadores de toros, y cada uno *se las buscó* como mejor pudo, sabiéndose el rumbo que algunos emprendieron, merced á un papel manuscrito, en verso, que apareció en aquellos días y que conservo en mi colección. Empieza así:

«Pues por orden superior
los toros se han extinguido,
saber quiero con dolor
en qué se halla entretenido
el gremio Toreador.»

De Bartolomé Ximénez, picador que fué con José Delgado (*Illo*), hombre de buen brazo, pero no muy hábil como jinete y que medía el suelo con frecuencia, dice el papel:

«A Bartolo le han premiado
con justicia y con razón,
puesto que en Cádiz le han dado
un beneficio poltrón;
no: Tabla: me he equivocado.

Muchos años goce allí
los placeres de su tierra,
porque me parece á mi
que si hay más toros, se entierra
en el Hospital de aquí.»

Agustín Aroca, espada de segundo orden, de instrucción superior á la acostumbrada entre la gente de su clase, pues había cursado estudios de segunda enseñanza, obtuvo á lo que parece un empleo:

«A Aroca le han empleado
en la ciudad de Jaén;
éste, tal cual ha logrado,

pues ha aprovechado bien
sus principios de Abogado.»

Luis Corchado, famoso varilarguero, que formó parte de las cuadrillas de Jerónimo José Cándido y Curro Guillén, y que en una ocasión ganó mil duros apostados, por picar con un sólo caballo una corrida de ocho toros, fué nombrado conductor de Correos, cargo en el que prestó después importantes servicios, como agregado al Ejército de Andalucía en la guerra de la Independencia, siendo muy protegido por el General Don Francisco Javier Castaños.

«Luis Corchado, hecho un señor
está con la escarapela;
siempre con su buen humor
cantando que se las pela
viéndose ya conductor.

A éste, si se mira á ley,
le han dado por su comida;
porque siempre hecho un Muley,
ha montado en esta vida
más jacas que tiene el Rey.»

El paradero del mediano espada Juan Núñez (*Sentimientos*), fué el siguiente:

«Una Tabla á *Sentimientos*
concedieron en la Corte;
la gozó breve momento,

pues vino un aire del Norte
y le quitó del asiento.

Sin embargo, un beneficio,
logra *en limosna secreta*
por redimirle el perjuicio;
y en pedir más no se meta,
que el que pide va al Hospicio.»

De los demás, dice el papel:

«El resto de picadores,
chulos y banderilleros,
unos se han ido á pastores,
otros á los herraderos
y los menos son Señores.»

Pero mal podía, dada la *sangre torera* del pueblo español, sostenerse por mucho tiempo la prohibición de las fiestas de toros, espectáculo que ni Papas ni Reyes habían logrado suprimir; así es, que ya en el año 1808, y en medio del fragor de las luchas intestinas y extranjeras que destrozaban á nuestra patria, se concedió permiso para celebrar cierto número de corridas; hasta que en el mes de Abril de 1810, el *Rey intruso*, no sólo levantó la prohibición y mandó sacar en arrendamiento la plaza de Madrid, sino que ansioso de una popularidad que en vano buscaba, dispuso que se verificaran algunas corridas *gratis* en obsequio de *su pueblo*, que

él costeó con esplendidez. Desde entonces no ha vuelto á experimentar ningún serio contratiempo el desarrollo normal del espectáculo taurino.

No quiero abusar más de la erudición que poseo en este ramo y suspendo aquí mi discurso, enviándote antes un cariñoso saludo y deseándote todo género de prosperidades y bienandanzas.

Abril, 1897.





LA SUERTE DE RECIBIR

«El que no recibe toros
no es matador completo.»

«El volapié es una suerte
de recurso.»

He aquí dos afirmaciones que he visto repetidas muchas veces, y que sustentan aficionados muy distinguidos á nuestra fiesta nacional; afirmaciones con las que no estoy conforme por considerarlas erróneas, según intentaré demostrar.

Llamo ante todo la atención de mis lectores, sobre el calificativo de *matador completo* que se pretende aplicar al que practique la suerte de recibir, y que es, á mi juicio, *completamente* impropio; porque si practica bien la suerte de recibir y todas las demás que se emplean para matar los toros, lo que

será es un matador *más general* que el que solo practique alguna ó algunas de ellas.

Tampoco podrá denominársele matador *completo* por el hecho de practicar bien la suerte de recibir, porque pudiera darse el caso de que teniendo habilidad especial para ésta, fuera inhabil ó poco perito para el desempeño de las demás.

De todos modos, parece impertinente é inadecuado el calificativo, porque matadores de toros bien completos—aun con los lunares que puedan señalarse en sus faenas—han sido Antonio Sánchez *el Tato*, Curro *Cúchares*, Rafael Molina y otros que pudieran citarse, á pesar de no haber recibido toros. Y matador bien completo es Salvador Sánchez, no estribando seguramente su fama en la media docena de veces que durante su vida torera haya practicado la suerte de recibir, sino en las grandes condiciones que, con exclusión de esta, ha demostrado para matar los toros frente á frente y en buena lid. Y hay que tener además en cuenta, como después indicaré, la mayor ó menor posibilidad que hay actualmente de practicar la suerte de recibir.

Los matadores son, por consiguiente, buenos ó malos. Al que tenga valor, serenidad é inteligencia para deshacerse de los toros con arreglo á los preceptos de Montes y

Pepe Hillo, podrá y deberá calificársele de buen matador, y será más ó menos deficiente para el cumplimiento de su cometido el que en mucho ó en poco se aleje de tales preceptos ó no sepa llevarlos á la práctica. Dicho se está, que si hay un lidiador que ejecute con igual perfección todas las suertes de matar, será más estimado que el que solo practique algunas; pero llegando al mismo resultado, que es de dar muerte al toro con valor y arte, ambos serán buenos y *completos* matadores.

Y vamos al segundo punto. Que el volapié haya sido una suerte de recurso en otras épocas, no solo no lo pongo en duda, sino que lo afirmo; pero que hoy lo sea también lo niego en absoluto. Lo accidental, se ha convertido en esencial, según trataré de demostrar brevemente.

En los tiempos de Romero y *Costillares* y aun en la primera mitad de este siglo, el ganado de lidia, era cosa bien distinta que en la actualidad. No sometida la cría á una especulación tan escandalosa como hoy por ser reducido el número de plazas de toros y relativamente exiguo el número de reses que se lidiaban, las *tientas* se hacían con escrupulosidad y se apartaba como ganado bravo el que realmente lo era; la lidia era también otra cosa; pues la gente de á caballo castiga-

ba bien y no rajaba despiadadamente como hoy: no había la *juerga* de capotazos y recortes que ahora presenciarnos y los toros llegaban á la muerte nobles, bravos y boyantes. La suerte de recibir era, por tanto, la indicada, ó cuando menos los toros ayudaban al matador y se practicaba el encuentro.

El toro aplomado y hecho una masa era la excepción; mas para que también en este caso pudiera verificarse la suerte de matar, no á traición, sino en condiciones artísticas, inventó y practicó *Costillares*, como suerte de recurso *entonces*, el volapié, que otros matadores han seguido practicando con lucimiento.

Hoy sucede todo lo contrario. El noventa por ciento de los toros llegan á la muerte mansos, y es preciso *hacer* lo que ellos no *hacen*; así es que el volapié, que en su primera época fué, en efecto, una suerte de recurso, ha venido á ser la más esencial y la que el matador tiene que emplear más con los toros.

Y he aquí por qué la suerte de recibir se practica poco, y por desgracia, ha de practicarse menos todavía, pues al matador le es indispensable atemperarse á las necesidades de la lidia y mal podrá por grande que sea su deseo, ensayar la suerte de recibir, cuando es condición indispensable para

intentarla que el toro sea bravo y boyante, cosa que sucede con poca frecuencia por las razones expuestas.

En resumen: creo, contra la opinión de otros amigos y compañeros, que un matador de toros puede ser muy bueno y *muy completo* aun cuando no practique la suerte de recibir. Y que la suerte de volapié, que en épocas anteriores era con razón, considerada como suerte *de recursò*, constituye hoy la base del toréo por ser necesario emplearla casi siempre con los toros.

1888.





{.....?}

Escribe con lenguaje tabernario
tiene mala intención y mala facha;
cobardía, cinismo, poca *lacha*
y es, en fin, un completo perdulario.

En el mar del toreo gran corsario
si recibe de *cuartos* una racha,
al *maleta* peor le halla sin tacha
y le da veinte golpes de incensario;
pero, en cambio, procaz y trapacero
con sus burlas y críticas abrumba
á aquel que no le compra por dinero.

Tales las condiciones son, en suma,
del falaz y menguado revistero
que hace llave ganzúa de la pluma.



MONTES Y PEDRO ROMERO

A D. Eusebio Reguera.

Mi respetable y querido amigo: En nuestras diarias conferencias en que se trata del acostumbrado tema de las corridas de toros, tema que tanto ilustra usted con sus especiales conocimientos en la materia, y que tan á maravilla ameniza con la narración de episodios taurinos desconocidos para la generalidad de los que disfrutamos escuchando su fácil y expresiva palabra, he notado la fruición y entusiasmo con que relata los hechos más importantes de la vida torera de Francisco Montes y el singular encomio que siempre hace de las condiciones excepcionales que como lidiador adornaban á aquel coloso de la tauromaquia.

No puede sorprender á nadie que el decano de los aficionados madrileños, que alcan-

zó en todo su apogeo al Napoleón de los toreros, como se llamó á Montes, extreme el elogio hasta el punto de juzgarle el mejor y mas completo de los toreros de su época; por más que no haya en esto una completa unanimidad de pareceres, pues si bien es cierto que Montes tuvo en su apoyo la mayoría de los aficionados para asignarle el lugar más preeminente en su arte, tampoco faltan quienes hayan considerado á José Redondo mejor matador de toros, á *Cúcharres* más conocedor de las reses y á Cayetano Sanz más elegante y clásico en el manejo de la muleta y el capote.

Hojeando yo, no ha muchos días, papeles impresos y manuscritos relativos al arte de *Pepe-Hillo*, que me fueron generosamente donados por nuestro malogrado amigo Juan Aguilar, tropecé con un juicio encomiástico de Montes, escrito nada menos que por el gran Pedro Romero. Parecióme desde luego digno de la publicidad, y al ver que coincide con la opinión que usted sustenta sobre el particular, me he tomado la libertad de hacerlo en forma de carta dirigida á su nombre.

La carta de Pedro Romero, que creo leerán con gusto los aficionados á toros, dice así.

«Ronda y Diciembre 6 de 1836.»

Mi apreciable amigo D. Antonio Bote: He recibido su apreciable carta en fecha 15 del pasado, y el no haber contestado á las que usted dice me ha escrito, es por no haber recibido ninguna; sin duda caerian en manos de los facciosos y serían quemadas. Yo estoy ya casi bueno de mi pierna, gracias á Dios, pues bastante he sufrido todo el verano con ella. He visto con mucho gusto, amigo D. Antonio, así por los estados de las corridas de este verano que usted me ha remitido, como por lo que varios amigos míos inteligentes me han contado de las corridas en que vieron trabajar á Montes, tanto en Sevilla como en el Puerto, los elogios y admirados que habían quedado: que no me equivoqué en el concepto que formé cuando le ví la primera vez y lo que le noté en la escuela; y así repito á usted ahora que hace muy bien quererle y que viva persuadido no encuentra quien le iguale en el día; pero en lo que resta del siglo presente no saldrá otro que le exceda. Este es el dictamen de su verdadero amigo que le estima de veras,.

PEDRO ROMERO.

P. D. Memorias á mis estimados sus hijos y los señores tertulianos Colón, Muñoz y demás.»

Como usted ve, amigo D. Eusebio, la opinión de Pedro Romero en nada difiere de la que usted tiene repetidamente manifestada, y creo que con voto de tal calidad, no va usted en mala compañía. El sobre de la carta, escrito como se hacía entonces en la cuarta plana del pliego, dice así:

«A D. Antonio Moreno Bote y Acevedo, Carrera de San Jerónimo, en su botica, Madrid.»

Apurando yo mis investigaciones para conocer quien era un aficionado de tanto fuste, que se carteaba con Pedro Romero y éste le expresaba sus opiniones sobre asuntos taurinos, he podido averiguar que la botica á que se hace referencia se hallaba situada donde hoy la del Dr. Lletget; que su propietario era entonces el supradicho don Antonio Moreno Bote, y que en el citado establecimiento se reunía á diario una especie de areópago tauromáquico, compuesto de los más inteligentes aficionados de la época, figurando entre ellos, como se deduce de la *postdata* de la carta de Romero, D. Pedro Colón, padre del actual duque de Veragua.

No sólo se discutían en aquella reunión, que databa de muchos años antes que la fecha de la carta de Pedro Romero, los lances de la lidia y cualidades de los toreros, sino que allí se redactó un periódico exclusiva-

mente taurino que salió á luz en la villa y corte.

La famosa *Periódico-manía*, donosa y regocijada publicación satírica, escrita por el abogado D. Francisco Camborda, iba epitañando á todos los periódicos, que nacidos en su mayor parte al inaugurarse el período constitucional, morían en plazo breve; y en el número 26, uno de los últimos publicados el año 1820, se leen estas líneas:

CARTEL DE TOROS.—Periódico semanal del buen tiempo. Llevóse el diablo á la barca y al barquero, al caballo y al caballero. Por lo visto en el año presente podemos anunciar á los aficionados y á las aficionadas, que si el 21 siguiese con los mismos síntomas no se imprimirán carteles en el 22; y las vacadas del reino serán iguales en sus divisas; y todos los toros convertirse han en bueyes; y todos los chisperos dejarán de echar chispas; y todos los picadores dejarán de llevar porrazos; y todos los caballos no morirán de tripas colganderas; y todos los toreros aprenderán otros oficios; y todos los menestrales trabajarán los lunes y otros muchos y y y y que los maniáticos callan. Las cátedras de tauromaquia que estaban establecidas en una botica, Carrera de San Jerónimo, han concluído sus eruditos trabajos, se cerraron para siempre. Los catedráticos que explica-

ban matemáticamente el verdadero sitio en que había de colocarse la estocada; cuando la vara estaba puesta á ley, y otras importantísimas materias por este mismo estilo, ahora han quedado vacantes ó cesantes, porque en el nuevo sistema no se hace mérito de tales cátedras; y es lástima que esta ciencia tauromática, propia y peculiar de nuestra nación, desconocida enteramente de las otras, haya sido despreciada, ó por lo menos olvidada en el plan de estudios que acaba de publicarse...»

Queda con lo expuesto consignado de una manera que no da lugar á duda, el juicio que á Pedro Romero mereció como lidiador de toros Francisco Montes, y puede afirmarse con grandes probabilidades de verdad, que uno de los primeros periódicos taurinos que en Madrid se publicó se redactaba en la farmacia de D. Antonio Moreno Bote y Acevedo, establecida en la carrera de San Jerónimo, donde hoy la del doctor Lletget, y dejó de publicarse hacia fines del año 1820.

Diré para terminar, que al escribir Pedro Romero la carta que he insertado fechada en 1836, contaba ochenta y dos años, como nacido que era en Ronda el año 1754. Falleció en su ciudad natal el 10 de Febrero de 1839, y durante el último tercio del siglo XVIII, contendió, llevando casi siempre la

mejor parte, con los célebres diestros *Costillares* y *Pepe-Hillo*.

Se hallaba retirado del toreo desde el año 1799, y al crearse la escuela de tauromaquia de Sevilla por Real orden de 28 de Mayo de 1830, fué nombrado en 24 de Junio siguiente maestro de la misma, en atención á sus relevantes méritos, con el sueldo anual de doce mil reales, cargo que desempeñó con exquisito celo, hasta que se decretó la supresión de aquel establecimiento por otra Real orden de 15 de Marzo de 1834.

Ruego á usted, amigo D. Eusebio, me dispense el haber sacado su nombre á plaza sin autorización para ello, en gracia de la buena intención con que lo ha hecho su siempre afectísimo, Q. B. S. M.—L. C. y M.

Junio 1893.





LA COGIDA DE «EL MACHETE»



Voy á dar á conocer á los lectores el nombre de un estoqueador de toros que ejerció la profesión á mediados del pasado siglo y que jamás ví citado en ningún Diccionario biográfico taurino. Ni el inolvidable Sánchez de Neira, diligentísimo en la investigación de todo lo que atañe al arte tauromáquico, ni Velázquez y Sánchez, que tan copioso registro de toreros antiguos y modernos presenta en sus *Anales del toreo*, ni Leopoldo Vázquez, especie de archivo ambulante que ha dado á conocer la vida y milagros de todos los lidiadores que en el mundo han sido, sacaron á plaza el nombre de este espada, que en plaza tan importante como la de Zaragoza sufrió el año 1754—el mismo en que vinieron al mundo Pedro Romero y *Pepe-Hillo*—una de las cogidas más dramáticas y

aparatosas que se han presenciado en los cosos.

El estoqueador á que me refiero y que debía ser de cierto mérito, puesto que figuraba como *primera espada* en la capital aragonesa, era conocido por el apodo de *el Machete*. Salió á matar uno de los toros que le correspondían, y después de algunos ceñidos passes de muleta citó á recibir, esperando con tranquilidad la acometida y hundiendo el estoque por todo lo alto hasta la guarnición; pero el animal se revolvio furioso, y aunque el torero al verse apurado intentó salir *por pies*, arremetió aquél con tanta precipitación que introduciendo el cuerno por el muslo derecho del infeliz lidiador, cerca de la corva, quedó éste sentado, en cuya postura le paseó por la plaza hasta que con un movimiento brusco que la fiera hizo para sacudirse del peso, cayó el torero á tierra exánime y sin sentido.

Conducido inmediatamente á su posada, fué encargado de su curación el Cirujano militar D. Miguel Santa Cruz Villanova. Reconoció enseguida la herida que era tremenda: el cuerno babía penetrado por la parte posterior del muslo derecho á cuatro dedos de la corva, rematando la profundidad en la parte interior de la nalga. Asegurado el hábil Cirujano de que no había fractura en el

fémur ni en el trocante menor y que la arteria crural no daba señales de estar ofendida en grado mayor, se resolvió á abrir toda la caverna de abajo arriba, y aplicando un prodigioso bálsamo inventado por él para la curación de heridas, cubierto con una compresa de seis dobles con la ligadura retentiva, haciendo dos copiosas sangrías y curando la herida cada veinticuatro horas, estuvo restablecido el enfermo de tan terrible lesión en menos de un mes y en aptitud de volver á practicar su arriesgado oficio.

Tal fué la cogida de *el Machete* en la plaza de Zaragoza, una de las más originales y dramáticas, como he dicho antes, que podrán registrar los anales del toreo.

Y como entiendo que todo dato nuevo que se presente al público, por insignificante que sea, tratándose de hechos históricos, debe apoyarse en algún documento ó información fidedigna, diré, para que no se me crea sólo por mi honrada palabra, que conservo en mi colección un raro y antiguo folleto, elegantemente impreso, del que he tomado estas noticias, que se titula así:

«Bálsamo prodigioso á favor de la vida de los heridos de puñal, espada y palo. Obra que da á luz D. Miguel Santa Cruz Villanova, Cirujano mayor que fué del Regimiento de Caballería de Barcelona, y actualmente pri-

mer Cirujano mayor de Reales Guardias de Infantería Española, etc. Dedicada al Excelentísimo Señor Duque de Osuna, Coronel de dicho Cuerpo. Madrid: MDCCXCII. En la imprenta de D. Gerónimo Ortega y herederos de Ibarra. Con las licencias necesarias.

Un folleto en 4.º con 14 hojas preliminares sin numeración y 66 páginas de texto. En él se dá cuenta de curas maravillosas practicadas con aquel bálsamo, explicando la forma de confeccionarlo y usarlo. De modo, que burla burlando, con el presente trabajillo no sólo he dado á conocer á los bondadosos lectores un torero *inédito*, y una cogida *emocionante* (como diría el gran empresario de San Sebastián D. José Arana), sino que ofrezco á los Médico-Cirujanos una obra de consulta que puede convenirles; pues por más que según ha dicho mi amigo Ricardo de la Vega,

*«hoy las ciencias adelantan
que es una barbaridad»*

no creo que en la curación de heridas se haya hecho adelanto mayor que *curar á todos los pacientes, aun estando desahuciados*, que es lo que practicó el Cirujano de autos, según él afirma, sin que ni por casualidad se le muriera uno solo de los gravísimos heridos á quienes aplicó el prodigioso bálsamo.

Loor, pues, á aquel insigne hombre de ciencia, y un pequeño aplauso para mí, que con el presente articulejo he prestado un servicio no despreciable á la tauromaquia y á la cirujía.





A BRAULIO PIZARRO

Al ARTE ANDALUZ ruego
me ceda espacio,
para cantar los hechos
del gran *Pizarro*.

No hay que asustarse;
no se trata, señores,
del elefante.

Se trata de un sujeto
de gran *tronío*,
que tiene con las *jembras*
mucho *partío*;

Y es más torero,
que fueron Curro Montes
y el *Chiclanero*.

En toda Extremadura
y Andalucía,
es el hombre, persona
muy *conocía*.

Hablando claro,
diré quién es: se llama
Braulio Pizarro.

Tocándose y cantando
por alegría,
y echando abajo cañas
de Manzanilla,

no hay quien le iguale;
que como nadie, Braulio
tiene *buen angel*.

¿Pues y hablando de toros?
No sabe nada.

Al dedillo conoce
la tauromaquia;

Y la practica
sorteando á las reses
con maestría.

También á las *barbianas*
las toma en corto
y á sus plantas las rinde
como un Tenorio:

Que no hay ninguna
que resista á su gracia
y á sus *hechuras*.

Admira al gran *Guerrita*
como el torero
más general, más bravo
y el más completo.

Y le profesa
amistad cariñosa,

profunda, intensa.

Hoy que al público EL ARTE
dá su retrato,
con gusto hago el elogio
del buen Pizarro.

Mi enhorabuena,
y un apretado abrazo
de LUIS CARMENA.





EL TOREO CHICO

Al Sr. D. Aurelio Ramírez Bernal.

¡Con cuánto gusto, mi querido amigo, saboreo los artículos de sana y certera crítica que publica usted en *La Lidia* y otras revistas taurinas! Nutridos de los preceptos más positivos é invariables en este arte; explicadas las reglas de ejecución de las suertes con claridad, precisión y sencillez; señaladas con valentía las infinitas corruptelas y falseamientos con que aquellas se mixtifican, y comparando tiempos con tiempos, su labor merecía reimprimirse, constituyendo un solo cuerpo que sería de provechosa lectura; una especie de doctrinal del buen aficionado á toros.

Pero, por triste que sea decirlo, ¿dónde están hoy los buenos aficionados á toros? Si por la concurrencia á esta clase de fiestas hubiera de juzgarse de la afición y el entu-

siasmo por ellas, sería esta época una de las más brillantes de la tauromaquia. Por desdicha no es así: hoy á despecho de los golpes y fracasos que tan maltrechos nos han dejado, devora á los españoles una verdadera fiebre por divertirse, consumiendo hasta la última peseta en proporcionarse á toda hora distracción y solaz; y el espectáculo taurino que al valor intrínseco que como arte puede ostentar, reúne la esplendorosa exterioridad del sol, la seda, los caireles y bordados de oro y plata, la asistencia de hermosas y sugestivas hembras adornadas de flores, mantillas blancas, pañolones de Manila y cuantos adornos constituyen su caprichosa y seductora indumentaria, tiene sobrados elementos para que nuestra generación *juerguista* y maleante le preste su más decidido y eficaz apoyo. Los españoles teníamos antes fama de Quijotes; ahora hemos progresado mucho y somos una mezcla de *golfos* y de Sancho Panzas.

A los toros, pues, se va por punto general y en primer término, á disfrutar de alegrías y expansiones no consentidas en otros espectáculos; á bromear y adquirir con dichos y desplantes patente de gracia, sin tener ninguna; á *chillar* y deprimir *por sport* á los toreros que no tienen simpatías; á beber, á merendar, á cortejar á una rubia y

poner los puntos á una morena; á todo, en fin, menos á seguir paso á paso y apreciar con imparcialidad los lances de la lidia. Con público así—haciendo las excepciones que son de justicia—¿se va á parte alguna?

Esto quiere decir que la regeneración (palabra de moda) que usted intenta llevar al toreo con sus acerados artículos, será como la del país, que no parece por ninguna parte. Y es que la ola de corrupción é inmundicia viene ya muy alta y lo invade todo. El *timo* parece ser el símbolo nacional. *Timo* en la política, *timo* en la justicia, *timo* en la administración, *timo* en la literatura, *timo* en el teatro, *timo* (que no lo oiga nadie) en la prensa: ¿cómo no había de existir *timo*, y gordo, en el toreo?

Los toreros han echado sus cuentas, y la verdad es que les han salido. No habiendo público que apriete, ni periódicos que *peguen*, ni autoridades que castiguen, ni ganaderos con amor propio, ni empresas con energía, las tres ó cuatro figuras que sobresalen algo en el toreo se han hecho *los amos* y han implantado en este arte el *género chico*, escamoteando en primer término los toros, ó sea el aliciente más esencial que para el buen aficionado tiene la fiesta.

Decía el satírico *Padre Cobos*:

—Niño, ¿qué es presidente sin cartera?

—Un plato de ternera, sin ternera.

Pues un plato por el estilo son actualmente las corridas. Los ganaderos se han prostrado de hinojos ante la media docena de toreros que llevan la batuta, y se han dedicado á criar reses de bolsillo para que *los niños* se diviertan. El público, mansurrón de suyo, hace alguna vez como que se incomoda, pero al fin toca las palmas en cuanto ve danzar cuatro cabriolas ante los infelices borregos.

Y cuidado con que no se cumpla la asquerosa cláusula del sorteo, aun tratándose de reses en la lactancia; que los diestros no pasan por ello, no sea que alguna fiera que tenga una libra más de carne y un centímetro más de pitones que las otras, se la eche *motu proprio* el ganadero, y resulten perjudicados.

No dudo yo que en todas épocas habrá habido toreros medrosos, pero antes, aunque la procesión anduviera por dentro, se guardaban muy bien de demostrarlo *á priori*, y hasta se hacía gala de querer matar toros *hechos*, pues los pequeños sólo se reservaban para los novilleros. Hoy, con las artimañas, ratimagos y martingalas que se *traen* los toreros, ponen al descubierto algo que les convendría ocultar. Fresco está to-

davía el ejemplo de lo sucedido en Madrid en la última corrida de Beneficencia, en la que debiendo lidiarse ocho toros del Duque, se escapó uno de ellos y hubo necesidad de sustituirle por otro muy grande y muy hermoso, de Pérez de la Concha, que tenía que lidiarse precisamente en segundo lugar, por la antigüedad de la ganadería. Pues no se atrevió con él Reverte, y fué preciso *soltar* un becerro de los que estaban destinados para las novilladas. ¿Cabe más desahogo por parte del lidiador, ni más mansedumbre por parte del público, de las autoridades y de la empresa?

No hace mucho tiempo le dije yo á un torero de crédito, después de haber visto las seis *monas* que iban á correrse por la tarde:

—¡Vaya una corrida *de alivio* que lleváis hoy! No salen los toros ni á veinte arrobas.

La contestación fué un poema, por el miedo que revelaba:

—No hay enemigo pequeño, D. Luis.

—En cambio recuerdo que allá por el año 1863, siendo yo muchacho, me llevó mi hermano mayor, que era gran amigo de *Cúcharres*, á ver en los corrales de la plaza vieja una corrida de ocho toros de D. Félix Gómez, de Seguri y de Miura, que habían de lidiarse por la tarde. Todos ellos tenían muchas arrobas y muchos pitones; y antes de empezar la

fiesta le dijo mi hermano á *Cúchaxes* en el patio de caballos:

—Curro, la corrida de hoy tiene que matar. He visto los toros y todos son de mucho respeto.

—Pues no tenga usted *curdiao*—replicó Curro—que *manque* sean como *catreales*, todos saldrán por la puerta del arrastre.

¡Y vay así salieron!

No acabaría nunca, mi buen amigo Ramírez, si entrase á puntualizar la nauseabundancia que se da á los *becerros*; el abuso de que los picadores de cada espada sean los que piquen las reses que aquel ha de estoquear para dejárselas medio muertas ó matárselas del todo; el escándalo de que los dichos *picapedreros* lleven clandestinamente en muchas ocasiones puyas sin topes para montarlas en las garrochas, y otro cúmulo de atrocidades que usted conoce mejor que yo. Sólo añadiré—y me duele decirlo—que la prensa tiene gran parte de culpa de lo que sucede. Se lamenta, es verdad, de tal desbarajuste; pero á renglón seguido *jalea* sin descanso á toreros grandes y chicos, más á los chicos que á los grandes, contándonos las proezas que realizan por esos mundos, donde siempre están *superiores, colosales, estupendos y magníficos*.

¡Lástima que no fuera verdad tanta belle-

za! Por desgracia, al desvencijado arte tau-rino sólo le sostiene hoy un gran torero, sin competencia posible, cargado de dinero y de laureles, al que su extraordinaria afición hace seguir toreando, cosa inverosímil que hay que agradecerle, y dos ó tres apreciables diestros que ya no pasarán de lo que son. Los demás, digan lo que quieran los termómetros, resultan una colección de medianías, *asaúras* y nulidades.

¿Y todavía tiene usted esperanza de que el arte se regenere? *Nulla est redemptio*, amigo Ramírez. Dedíquese á continuar esas preciosas *Memorias del tiempo viejo*, donde hace revivir épocas en que el toreo era un arte serio y grande, y abramos plaza al *toreo chico*, que es el que corresponde en la actualidad;

• *Ya que el espectador, antes muy ducho, es también al presente, medianucho.* •

Julio, 1899.





EL ÚLTIMO GRAN TORERO

No voy á encomiar los altos y excepcionales méritos del famoso torero que—sol sin ocaso—nos ha dejado á deshora, desapareciendo como por tramoya del palenque de sus triunfos, trocando la gloria, la fama y el ruido embriagador del aplauso, por el silencio, la obscuridad y acaso el olvido, y convirtiendo en Monasterio de Yuste la magnífica finca de su propiedad en Campo de Córdoba, bautizada con el nombre de «Cuevas bajas».

En todos los tonos se ha cantado y pregonado con ocasión de esta súbita retirada, su habilidad incomparable, sus gallardías y arrosos con los toros, su gracia, su *ángel*, sus proezas y hazañas, en fin, ante las dos mil quinientas ó tres mil reses que cayeron á los golpes de su certero estoque, y enco-

miar de nuevo estas cosas, fuera repetir lo que otros han dicho.

Tampoco he de seguir á los que hace días se dan de calabazadas por averiguar cuál será entre los actuales toreros el que sustituirá al coloso que se fué. Trataráse de una vacante de obispo, de general ó de ministro, y no tardaría en cubrirse sin visible detrimento para la iglesia, para la milicia ó para la política; pero tengo para mí que el puesto voluntariamente abandonado por el gran torero, será *sede vacante* por dilatado tiempo. Y es, que obispos, generales y ministros hay muchos, pero *Guerrita* no ha habido más que uno.

Consagro estas líneas á demostrar que si siempre hubiera sido una pérdida inmensa para la tauromaquia la desaparición de un lidiador del brillo de Rafael Guerra, hoy constituye una verdadera é irreparable desgracia, pues se da *por primera vez* el caso, de que el arte del toreo carezca de una figura culminante y de primer orden.

Desde que el toreo de espectáculo llegó á su completo desarrollo en el último tercio del pasado siglo, sosteniéndole en el favor y entusiasmo del público hombres de tan merecido relieve como Pedro Romero, *Costillares* y *Pepe-Illo*, siempre que faltó algún gran torero de esos que hacen época en los

anales de este arte, tuvo al punto decorosa sustitución, pudiéndose aplicar el proverbio de que «á rey muerto rey puesto».

Al finalizar el siglo XVIII, retiróse Pedro Romero por iniciarse ya el descenso de sus poderosas facultades. En el primer año del siglo actual sucumbió *Pepe-Illo*, en triste y sangrienta jornada, y casi al mismo tiempo tuvo que renunciar á sus triunfos *Costillares*, afectado de una enfermedad que le imposibilitaba para el ejercicio de su profesión. Bajas tan importantes y sensibles en el transcurso de cuatro años escasos, debían producir y produjeron indudablemente un descenso en la afición; pero quedaba Jerónimo José Cándido, lidiador de cuerpo entero é insuperable en el manejo de la muleta, y alboreaba ya el famoso Curro Guillén, torero de primera línea, gallardo, arrojado é inteligente, ídolo popular del que se cantaba esta conocida copla:

Bien puede decir que ha visto
lo que en el mundo hay que ver,
el que ha visto matar toros
al señor Curro Guillén.

Y sin llegar al rango de celebridades, se contaba con espadas tan estimables como José Romero, Bartolomé Jiménez, Agustín Aroca, Juan Núñez (*Sentimientos*), Antonio de los Santos y Juan Conde.

Largo tiempo sostuvieron la afición y el favor del público Cándido y Guillén; pero muerto éste de una tremenda cornada sufrida el año 1820 en la plaza de Ronda, y rendido aquel al peso de las fatigas y de los años, aparecen al punto como lidiadores de mérito sobresaliente Juan León, padrino y maestro del inolvidable *Cúchares*, y Antonio Ruiz (*el Sombrerero*), protegido y *hechura* de Curro Guillén, que no tuvo ni ha tenido rival para la muerte de los toros marrajos que se aculaban en las tablas.

Llenan estos dos matadores, secundados por *el Morenillo*, Lorenzo Baden, *el Panchón* y otros, la década de 1820 á 1830; y cuando parecía iniciarse la decadencia del espectáculo, surge en 1831 la inmensa y culminantísima figura de Francisco Montes, que produce una verdadera revolución; torero que por sí solo es dominador y árbitro, sin competencia posible, en los años de 1832 á 1840, por más que á su lado figurasen espadas tan apreciables como Roque Miranda, Manuel Lucas Blanco, Juan Yust, D. Rafael Pérez de Guzmán y más que podría citar.

Antes de que se amenguaran la popularidad y las facultades de Montes, ya inauguran por los años de 1840 á 1842 sus tareas como estoqueadores de toros *Cúchares* y *el Chiclanero*, que tanto interés y pasión ha-

bían de llevar al espectáculo; y cuando el año 1851 muere Montes, y dos años más tarde sucumbe prematuramente *el Chiclanero*, consumido por traidora enfermedad, queda *Cúchares* en todo su apogeo y aparecen en la arena el joven Antonio Sánchez (*el Tato*), matador de grandes alientos, Manuel Domínguez, que regresa de América resuelto á conquistar á *pulso* un preferentísimo puesto, y Cayetano Sanz, modelo de toreros clásicos y elegantes. Esto sin contar con otros varios estoqueadores considerados entonces como de segunda fila, pero superiores á los que hoy pretenden ocupar la primera.

Cuando por los años de 1868 á 1870 van desapareciendo del *ruedo*, por diversas causas, todos estos campeones, ya están en él, luchando con ardor inusitado y revelando condiciones realmente extraordinarias, *Lagartijo* y *Frascuero*, que llenan con gloria un período de veinte años, alternando con diestros de tan buen nombre como el famoso *Gordito*, héroe del *quiebro*, *Bocanegra*, *Curruto*, *Cara ancha*, Ángel Pastor y Luis Mazantini.

Retírase *Frascuero* el año 1890, y los buenos aficionados se consuelan diciendo: «Aún nos queda *Lagartijo*, astro todavía de brillante luz; *el Espartero*, dechado de pun-

donor y valentía, y sobre todos *Guerrita*, que, primero como banderillero y después como matador de toros, ha operado una revolución parecida á la que hizo *Paquiro* en su época.» Después se fué *Lagartijo*, murió trágicamente *el Espartero*, mas aún quedaba *Guerrita*. Uno solo, es verdad; pero uno que valía por muchos. Retirado Guerra, ¿qué es lo que queda?

Un pequeño grupo de figuras sin importancia, que hacen algo bueno en detalle, pero que no pueden llenar las aspiraciones de los verdaderos aficionados al espectáculo, y que harán éste cada vez más imposible, porque sus pretensiones exageradas y ridículas distan tanto de ser razonables, como ellos distan de tener todas, ni aun parte de las condiciones que reunieron los que en conciencia han podido llamarse buenos toreros.

No les queda ya ni siquiera *el tipo*. Apenas hay alguno que vista ni sepa vertir *de corto*, y con la nueva moda que *se traen*, de sombreros flexibles, corbatas de lazo, raya partida y cazadoras de fantasía, más parecen sacristanes de convento, cocheros de casa particular ó actores del género chico, que lidiadores de reses bravas.

De todo lo dicho deduzco que, al desaparecer *Guerrita* con su traje corto (jamás usó corbata ni vistió americana), su gracia anda-

luza, su alegría en las plazas, su habilidad prodigiosa y su profundo conocimiento de todas las suertes del toreo, queda éste en situación verdaderamente precaria.

Con la retirada del insustituible Rafael, ha desaparecido el último gran torero. Por algo le puse yo este telegrama el día que se cortó la coleta: «Mi enhorabuena á tí y á Dolores. Hoy empieza el reinado de los *maletas*.»

La deplorable temporaca taurina que *nos atraviesa* creo que me da la razón por completo.





UNO DE TANTOS

En un diario de esta capital,
decía un revistero *de cartel*
al que dí cien pesetas en papel,
que era un torero yo fenomenal.

Tomé la alternativa en Carnaval;
pero hice tanto por librar la piel,
que pinché veinte veces á un *burel*,
y por fin, me lo echaron al corral.

Aun me sigue arropando *el tío aquel*;
mas no hay empresa ya medio formal
que me contrate, ni en Carabanchel.

¡Vaya una alternativa más fatal!
De *novillero* andaba con *jandel*;
y de *espada*, voy siempre sin un real.



ANÉCDOTAS

Antonio Ruiz (*el Sombrerero*) discípulo de Curro Guillén y émulo de Juan León, fué un matador de toros de buen nombre, que si no se distinguía por su extraordinario arrojo en la cabeza de los toros, brillaba por el conocimiento que tenía de las condiciones de éstos y por su gran sagacidad para dar á cada uno la lidia que pedía. Era el señor Antonio un furibundo realista, y hacía constante alarde de sus opiniones, llegando al extremo de presentarse frecuentemente en la plaza vistiendo traje blanco para acreditar que pertenecía al bando de los llamados *serviles*. Ocasionábale esto el que muchas veces aun ejecutando bien su faena, solían apostrofarle con notoria injusticia los liberales, conocidos entonces con la denominación de *negros*. Ocurrió una tarde del año

1829 en la plaza de Madrid, que al tocarle matar un toro revoltoso, empezó á tantearle con el trapo magistralmente. Se desengañó el bicho y tomó viaje á las tablas, situándose delante de un tendido en que se colocaban muchos voluntarios realistas parciales del diestro; volvió éste á pasarle de muleta con gran inteligencia entre la broma, el jaleo, los hurras y los aplausos de sus correigionarios, hasta que igualadas las patas del animal, miró á sus amigos y diciéndoles con sañuda intención, *así se mata á esos pícaros negros*, se arrancó con coraje al volapié y echó á rodar á la fiera de una magnífica estocada, obteniendo una estrepitosa ovación.

* * *

Discutíase en un café de Sevilla entre varios toreros, acerca del mérito de los matadores Manuel Parra y Juan Yust, hallándose divididas las opiniones. Excitado el espada Juan León, que había toreado con ambos, para que dijese su parecer sobre cada uno de ellos, le emitió en tono sentencioso, estableciendo esta regla de proporción que no deja de tener gracia:—Parra era á Juan Yust, lo que San Juan Bautista á Cristo aunque esté mal que así lo diga.

* * *

Roque Miranda, conocido por el apodo de *Rigores*, era un matador de toros muy valiente, de poco arte, pero que demostraba siempre gran deseo de complacer al público. Esta última cualidad, unida á su gallarda figura, su proverbial generosidad y sus ideas liberales, le hicieron disfrutar de grandes simpatías, principalmente en la plaza de Madrid, hasta un punto, que se le dispensaban y aun aplaudían los mayores desaciertos. Tocóle una tarde matar un toro muy entero, que se tapaba y se recogía en los tableros, y sufrió varias coladas y acosones, llegando á ser revolcado dos ó tres veces. Ofuscado y descompuesto Miranda, estaba mechando al animal sin poder darle una estocada de muerte y transcurrida ya más de media hora en tan desdichada brega, mandó el Presidente sacar la media luna. Avisado *Rigores* de esta orden por uno de sus banderilleros, dió rienda suelta á su despecho con esta frase:—¡Ojalá viniera hasta la Puerta Otomana!

*
* *

Del valiente matador de toros Manuel Lucas Blanco, acérrimo absolutista, que murió en afrentoso patíbulo por haber asesinado á un miliciano nacional, se cuentan tam-

bién cosas graciosas. Cuando visitaron á Sevilla los infantes D. Francisco de Paula y doña María Carlota, se celebró en su obsequio una corrida de toros en que figuraba como primer espada Lucas Blanco. Llegado que fué el momento de brindar lo hizo en la forma siguiente:—A mi señor infante don Francisco: va por la de Usía, por la mujer, por la familia de aquí y por la de allá.

Era el pobre Lucas hombre de tan cortos alcances y de tan tosco lenguaje, que un día en la plaza de Sevilla, al dar una media estocada y salir el toro cabeceando, como observara que sus banderilleros querían pararle con el capote para que no echara fuera el estoque, gritó con voz tonante:—Dejarlo *dir*, que no se le *salirá*.

*
* *

Juan Pastor (*el Barbero*) era el tipo del matador de toros rumbón, á quien su carácter díscolo y pendenciero, su presunción y su eterna manía de cobrar el barato en todas partes, le crearon profundas antipatías. No debía ocultársele esto al diestro, cuando una tarde que se jugaba en la plaza de Sevilla una corrida de seis toros, que él solo debía estoquear, al decirle un amigo que se hallaban ocupadas todas las localidades, signifi-

cándole con esto el interés que inspiraba, replicó con cierta soflama:—Más de la *mitá* é la plaza se *yena* por ver si me gano dos *cornáas*.

*
* *

Uno de los toreros más fecundos en ocurrencias, tan chistosas como disparatadas, fué el matador Manuel Díaz (*Labi*).

Toreaba en Madrid en una corrida de beneficencia á que asistía la familia real, y acabado de salir uno de los toros, le lanceó de capa, arrancándole la espléndida moña que llevaba prendida en el lomo. Subió con su trofeo al palco regio, y doblando la rodilla ante la Reina, se lo ofreció en esta forma:—A su Real *Majestá*. Esta es la primera moña que tiene su *Majestá* el *honó* de *recibí* de mi mano.

*
* *

En Barcelona asistió á una comida con que le obsequiaron algunos aficionados. Terminada ésta, y cuando ya se les había calentado la boca á los comensales, empezaron á contar cuentos de subido color y hubo de pronunciarse alguna imprecación de las que el pueblo bajo catalán suele usar, más

por mala costumbre que por impiedad. Al oírla se levantó *Labi*, y con tono solemne dijo:—Señores, *tóo* está *güeno*, mientras no se miente á Dios, ni se meta uno con un ser tan *grandable* y tan *ensinificante* como ese.

*
* *

Habiéndole hecho el reputado sastre de Sevilla, Borrajo, un traje grana y plata para torear en las corridas de Pamplona, le estrenó efectivamente en aquella plaza, y siendo los bichos que le tocaron matar en las dos corridas de condición incierta y revoltosa, sufrió una serie de coladas y acosones, pudiendo salvar el cuerpo por verdadero milagro. A los pocos días regresó á Sevilla, y atribuyendo el peligro que había corrido al llamativo traje, que era del mismo color que la muleta, le decía al sastre:—Maestro, me vistió *usté* de muleta, y en cuanto me *filaban* los toros se alegraban *cormigo* como si fuera con uno *é* su familia.

*
* *

Era famoso también *el tío Labi* en las frases que dirigía á los toros, como si éstos pudieran entenderle:—Ladrón, ¿me quieres coger?—le decía á uno que le buscaba el

bulto.—¿No sabes que soy un padre e familia?—A los toros nobles les presentaba la barriga, y solía decirles:—Toma tripita.

Amoscado una vez en Bayona, por creerse objeto del sarcasmo y la burla de algunos franceses, exclamó dirigiéndose á éstos:—¿Saben *ustés* lo que les digo?—Pues que yo me c... en *óos* los extranjeros que hay aquí. Eso.

En otra ocasión citaba para recibir á un bicho de la ganadería del canónigo Hidalgo Barquero y como no se arrancara tan pronto como él deseaba, le gritó con voz estentórea:—¡Embiste, presbítero!



El célebre *Cúchares* ha sido uno de los lidiadores de más graciosa naturalidad en sus dichos.

Instado una vez para retratarse en cualquiera de sus suertes más favoritas, á fin de que la lámina figurase en una lujosa publicación taurómaca, se resistía á verificarlo, diciendo, como su maestro Juan León, que él *no toreaba en papeles*; pero estrechado á hacerlo por persuasivos razonamientos, respondió:—Está bien; pero con una condición. Que pinten el *prao* de San Sebastián y la *alcantariya* é mi barrio. En la *alcantariya*

una calesa y yo dentro; y abajo un letrero que diga:—Curro acaba *temporáa* y se *güelve* á San Bernardo.—Esa es mi suerte mejor y la que hacen pocos.



Tampoco carece de gracia otra sentenciosa frase de *Cúchares*. Sabido es que el famoso matador de toros Antonio Sánchez (*el Tato*) se casó con María de la Salud, hija de aquel, en el mes de Enero de 1861. Al tener conocimiento *Cúchares* de las relaciones de su hija, se opuso enérgicamente á ellas, manifestando que no la dejaría casarse con ningún torero; pero vencida al fin la repugnancia del bondadoso padre, tuvieron lugar los desposorios, y concluida la ceremonia, le dijo á María con grave solemnidad:—Vaya, ya has hecho tu gusto y me alegraré que seas muy feliz; pero, hija mía, no creas que *tóos* los toreros son como tu padre, que os dice vuelvo, y vuelve; porque la mayor parte de ellos suelen volver en carta ó por el alambre.



Los sevillanos han mostrado siempre particular empeño de que los matadores

nacidos en aquel privilegiado suelo, sean los más superiores de la profesión. Pues bien; en los tiempos de José Redondo y Francisco Arjona, aun cuando aquel representaba en el toreo el tipo del clasicismo, la seriedad y la elegancia en la ejecución de las suertes y *Curro* era un torero muy inteligente, pero *de ventaja*, práctico en toda clase de *mañas* y *tranquillos* para rectificar y falsificar los trámites de la lidia, éste era ruidosamente aplaudido y celebrado en todo lo que bien ó mal hacía en la plaza de Sevilla, mientras que solían recibirse con frialdad ó en silencio, las más admirables faenas del *Chiclanero*.

Tocábale á éste una tarde matar un toro que se colocó cerca de los tableros donde se hallaban los más ardientes *cucharistas*, capitaneados por cierto sombrerero conocido por el apodo de *El Tío Chanela*. Tanteó José al toro muy de cerca con pases de mucho castigo y de gran lucimiento, y al dejarlo cuadrado, miró al tendido y dijo en voz muy alta:

—*Tío Chanela*, ¿cómo se mata este toro?

No había acabado de hacer la pregunta, cuando más de cien voces gritaron á la vez: ¡recibiendo! sin tener en cuenta que el bicho no se prestaba del todo para suerte tan arrisegada.—Pues allá va *por la de ustés*—

dijo Redondo.—Metió el pie y alegrando con la muleta, esperó la acometida sin perder una línea de terreno, clavando tan soberbia estocada, que después de tambalearse la fierra por espacio de quince ó veinte segundos, cayó en la arena sin necesidad de puntilla.

—Está *usté* servido, *tio Chanela*—dijo José Redondo—y diga *usté* á los amigos que aquí se matan los toros *al cantao*.

Fué tal la impresión que produjo aquella hermosa faena ejecutada con tan pasmosa serenidad, que desde dicha tarde empezó á operarse una gran reacción á favor del *Chiclano*, que proporcionó luego á *Cúchares* no pocos disgustos.

*
* *

Cuando regresó á la Península después de diez y siete años de residencia en América el célebre espada Manuel Domínguez, sabido es el *tronío* que armó al reanudar sus faenas tauromáquicas, sosteniendo ardientes competencias con *Cúchares*, el *Tato*, Cayetano y todos los más acreditados matadores de aquella época, y ganándose á fuerza de arrojo é inteligencia un puesto preeminente en el toreo.

En Sevilla contaba con numerosos partidarios; pero el ganadero D. Antonio Miura

no debía ser por entonces muy adicto al *señor Manuel*, cuando en vísperas de una de las corridas de feria, y hallándose en el Suizo con varios aficionados, se dejó decir lo siguiente:

—Mañana veremos cómo mata *ese valiente* el tercero de mis toros, cornalón, buen mozo y de más de treinta y dos arrobas de peso. Preveo que le va á hacer andar de cabeza.

Llegaron estas palabras á oídos de Domínguez, que era *el valiente* á que se refería D. Antonio Miura, y al verificarse la corrida, desde que salió el toro consabido no dejó de estar un momento cerca de él, tomándole primero de capa con mucha limpieza, y entrando después en los quites con oportunidad. El bicho apretó bastante en varas, recelándose algo en el segundo tercio. Tocaron á matar y Domínguez mandó que se le corrieran debajo de la meseta del toril, donde se hallaba Miura acompañado de otros ganaderos y aficionados. Pasó de mula al toro parando mucho y con sobriedad, y una vez que le tuvo cuadrado, dijo dirigiéndose á la meseta.

—Don Antonio, *quiusté* que se lo suba ahí arriba?

—Quiero—replicó Miura—que le dé usted buena muerte.

—Pues allá va por la salud de usted.

Y diciendo y haciendo citó el señor Manuel á recibir, consumando admirablemente la suerte y echando á rodar al bicho sin necesidad de puntilla. Un aplauso atronador del público y una ovación de los que ocupaban la meseta, en la que se significó por sus muestras de entusiasmo D. Antonio Miura, premiaron la brillante faena del torero.

*
* *
*

Currito fué torero inteligentísimo, que sostuvo su puesto como matador de primera fila durante muchos años; pero su apatía era proverbial, y sólo se le dispensaba en gracia de sus recomendables condiciones de lidiador.

Toreaba en Valencia con *Lagartijo* y *Frascuelo* una de las corridas de feria, en medio del asfixiante calor que hace en el mes de Julio en aquella hermosa ciudad, y se habían lidiado ya cuatro toros, estando solícitos é incansables en los quites Rafael y Salvador, sin que *Currito* hubiera dado razón de su persona más que para matar el que se corrió en segundo lugar.

Molestado *Frascuelo* por tan absoluto retraimiento, se dirigió á *Currito*, diciéndole:

—Pero hombre, ¿por qué no entras en los quites? ¿No estás viendo que Rafael y yo estamos ya reventados?

—Oye, Salvador—replicó Curro—¿tú has leído lo que dice el cartel de la corrida?

—Yo, no.

—Pues dice: Matadores: *Lagartijo*, *Currito* y *Frascuelo*. De modo, que como yo soy matador, cuando tocan á matar mis toros, los mato y se acabó; porque á mí *no me han contratado para los quites*.

*
* *

Cuando se le exacerbó el padecimiento del hígado que há tiempo le aqueja, y que no ha tenido poca parte en su apatía en las plazas, el mismo fué mermando paulatinamente sus compromisos, viendo que no podía cumplirlos á satisfacción de los espectadores, hasta que dejó por completo las faenas de la lidia. Presintiendo sus amigos que no volvería á la vida activa del toreo, le preguntó uno un día:

Y tú, Curro, ¿cuándo das tu corrida de despedida?

Yo no me despido—replicó *Currito*—á mí me han *despedido* ya los públicos.

*
* *

Lagartijo decía siempre:

—Yo me entregaré cuando sea preciso á un toro bravo; pero no quiero dejarme coger por ningún *güey*.

Tocábale una tarde en Madrid matar un mansurrón, más á propósito para tirar de una carreta que para merecer los honores de la lidia en la plaza, y Rafael le toreaba de lejos con grandes precauciones, capoteándole también sin cesar su hermano Juan. Gritaba el público á este para que se retirase, y Rafael, en vista de que la silba se pronunciaba mucho, gritó á su vez:

—¡Juan, que lo dejes *dicen!*

No hizo Juan gran caso de la orden de su hermano y siguió dando mantazos al bicho; pero la silba era ya tan monumental, que Rafael gritó con más fuerza:

—¡Juan, que lo dejes *dicen!*

Retiróse tímidamente Juan, y quedándose solo Rafael, desplegó su incomparable habilidad, deshaciéndose del buey de una estocada á paso de banderillas. Al volver á los estoques, le preguntó un tanto amostazado á Juan por qué se había retirado; y al responder éste que *porque él se lo había mandado*, replicó enseguida Rafael.

—Pues para otra vez ya lo sabes: cuando yo diga: *Juan, que lo dejes dicen*, tú no haces caso, por que *son ellos* los que lo dicen; cuan-

do yo te diga: *déjalo Juan*, te retiras, porque entonces *soy yo* el que lo digo.

*
* *

Antonio Pinto natural de Utrera, fué uno de los picadores de más fama por los años de 1850 á 1860. De fuerza hercúlea y buen caballista, aunque algo *tumbón*, castigaba bien á los toros cuando quería. Figuró durante mucho tiempo en la cuadrilla del *Tato*, pasando después de inutilizado éste á la del *Gordito*. Toreaba en una de las corridas de feria en Valladolid, y la temperatura era fría y desapacible. Habíase dado suelta al primer toro, y se hallaba Antonio á caballo delante del asiento de barrera ocupado por el conocido é inteligente aficionado valenciano don Vicente Andrés, al que saludó en estos términos:

—Buenas tardes, D. Vicente. ¡Vaya un tiempo frío que hace! Voy á ver si doy dos ó tres porrazos para entrar en calor. Hasta luego.

En esta misma tarde, por resultar completamente manso uno de los toros, se armó una *bronca* fenomenal y un *zubi* de los tendidos de sol arrojó una botella, que dió á Pinto en la nuca, sin producirle, por fortuna daño alguno.

Al pasar el picador después del accidente por delante del sitio que ocupaba Vicente Andrés, le preguntó éste:

—Antonio, ¿te ha lastimado el golpe?

—No me ha hecho nada. D. Vicente—respondió Pinto—¡No ve usted que la botella era de cristal!

*
*
*

Otro picador de los más duros del oficio y cuyo nombre no cito porque todavía vive, llevó una tremenda caída de latiguillo en la Plaza de San Sebastián, que le ocasionó la fractura de un dedo.

Tan poca importancia dió sin duda el interesado á esta lesión, que el telegrama dirigido á su familia dando cuenta de lo ocurrido, decía textualmente:

—«Sin novedad. Roto dedo gordo mano derecha.»

*
*
*

Había pasado *Lagartijo* una tarde las de Caín para acabar con uno de esos toros que, como él decía, no los quería ver ni en *er mapa*, y por la noche se hallaba en su casa conversando con varios amigos, los cuales hacían girar la conversación sobre lo deslu-

cida é inmotivada que había sido la brega del maestro. Amoscado éste con tan larga discusión, la cortó diciendo:

—*Gueno*, pues vamos á dejar eso, que el toro ya está muerto *pa sécula sin fin*, y yo estoy aquí *sentao, mu serrano*.

*
* *

En las corridas de feria celebradas en Bilbao el mes de Agosto de 1890, trabajó *Lagartijo* con gran fortuna, y después de la segunda corrida en que había dado muerte á un toro del Duque de Veragua de un modo magistral, fuimos mi amigo Vicente Andrés y yo á felicitarle. Hallamos al maestro acabando de comer, acompañado de su cuadrilla; nos invitó con su acostumbrada galantería á tomar café, y hablando luego de contratas y de empresarios, hubo de decirle Vicente:

—Tú, lo que debías haber hecho, y todavía podías hacer, si quisieras, es una excursión por América, que te produciría mucha gloria y mucho dinero, pero no te atreves á pasarte por agua.

—No creas tú eso,—respondió Rafael;— á mí lo que me cuesta trabajo, es moverme de mi casa; pero teniendo que salir una

vara fuera de Córdoba, voy yo, no digo á América, sino aunque sea hasta Roma.

*
* *

Toreaba *Currito* con gran prudencia á un toro que se revolvía mucho, y al meterle *de huida* un sablazo, alargó el bicho el pescuezo y le deshizo la cordonadura de la chaquetilla.

Al volver *Curro* á las barreras, y oír que le chillaban, diciéndole que por qué no se arrimaba, exclamó dirigiéndose á la gente del tendido:

—¡Tendrán sombra estos *aficionaos*! ¿Pues no quieren que me arrime más todavía, y me ha sacado el toro con un cuerno los almares de la chaqueta?

*
* *

—Desengáñate,—le decía á *Lagartijo* un admirador, amigo y paisano suyo;—en nuestra tierra no ha habido más hombres célebres que dos: tú y Gonzalo de Córdoba.

—No que *semos* tres;—repuso Rafael.—¿Pues dónde te dejas al Gran Capitán?

*
* *

Llevó *Frascuero* un año á picar en las corridas de San Sebastián á Gregorio Cortés (*el Naranjero*), hombre valiente y que se aprieta con los toros; pero salió uno de gran poder que traía de cabeza á los jinetes, y Gregorio andaba muy perezoso para picarle.

Estaba Salvador preparado para el quite, y con el deseo que siempre ha tenido de que en la Plaza no se reserve nadie y todos cumplan con su obligación, no cesaba de decir:

—¡Vamos, Gregorio, pronto, vamos allá, duro ahí!...

Molestado el piquero por tan insistente apremio, y ante la perspectiva de la segura costalada que le esperaba, contestó con vehemencia á Salvador:

—¡Ya voy, hombre, ya voy! ¡Pues no tiene usted poca prisal! ¡Parece que me va usted á convidar á Lhardy!

*
*
*

Cenaba una noche *Lagartijo* en casa del eminente doctor D. Guillermo Tinker, gran entusiasta del maestro, y encomiando aquel la habilidad de éste para bregar con los toros, defendiéndose siempre de las cogidas, dijo con gracia Rafael:

—Ahora, doctor, no me cogén los toros; pero en mis diez primeros años de torero,

estaba más tiempo en el aire que en el suelo.

* * *

Al terminar la lidia de los toros de D. Felipe de Pablo Romero, jugados en la cuarta corrida de abono del año 1892, y que hicieron quedar tan malamente á *Lagartijo* y *el Espartero*, decía el gran Califa, queriendo justificar el *asco* que tomó á las reses:

—*Tuviá* que ver, que después de treinta y cuatro años de torero, fuera yo á entregarme á unos *güeyes* que querían coger á Dios.

* * *

El primer año en que se celebraron corridas de toros en París, fueron allí, casi todos los matadores de alternativa. Almorzando en un hotel el mismo día de la llegada la gente que iba al servicio de Fernando Gómez (*el Galló*), sirvieron un plato de carne apenas pasada por la parrilla, lo cual hizo que el mozo de estoques se dirigiera al camarero en estos términos:

—Oiga *usté* esto está vivo. O se han *figurao* *ustés* que aquí *semos* lobos, que *mos* comemos la carne *crúa*.

* * *

—Hace ya algunos años, y después de una de las corridas de feria en Sevilla, obsequiaron varios aficionados con un banquete á *Lagartijo* y *Frascuelo*. Se comió bien, se bebió mejor, y estando ya de sobremesa, uno de los comensales preguntó á *Lagartijo* quién le parecía el mejor matador de toros.

—*Ese*;—respondió enseguida Rafael, señalando á *Frascuelo*.

Hecha la misma pregunta á Salvador, correspondió á la galantería de su compañero, contestando que Rafael era el número uno.

Estrechado después *Lagartijo* para que dijera quién era el peor matador de toros, se enredó en un laberinto de palabras para no señalar á ninguno; pero Salvador, con su habitual desenfado, cortó las difusas lucubraciones de su colega, diciendo:

—Mira, no les des más *coba* á estos señores. Los mejores matadores de toros, somos tú y yo; y los peores, tu hermano y el mío.

*
* *

—¡Muy mal, maestro!—le gritaban á Rafael en San Sebastián, desde una barrera, por lo pesado que estuvo en la muerte de su primer toro.

Lagartijo, dirigiéndose al que más se significaba en sus censuras, le dijo:

—*Mirusté*; el toreo es un *infundio*, y los toreros *semos* como los canjilones de noria, que unas veces vamos *pa* abajo y otras *pa* arriba. Quién sabe si luego se va *usté* á morir de gusto viéndome matar el otro toro.

Rafael fué profeta, porque el segundo toro que á él le correspondía, lo mató admirablemente, y los mismos que antes le gritaban, le hicieron después una delirante ovación.

* * *

El gran maestro Francisco Montes, uno de los toreros más generales y de más conciencia que han existido, trataba siempre de cumplir con la mayor severidad y acierto su cometido, lo mismo cuando toreaba en las plazas de Madrid ó Sevilla, que cuando lo verificaba en las de menor categoría.

Fué contratado en una ocasión para matar en las corridas de feria en Bilbao, y la primera tarde tuvo que habérselas con unos bueyancones colmenareños que no se prestaban á la práctica de suertes de lucimiento y llegaban á la hora de la muerte inciertos, recelosos y en disposición de dar un disgusto al diestro más consumado y hábil.

A pesar de todas estas dificultades, llevó *Paquiro* la brega con gran inteligencia, estrechándose con los bichos más que la mala

condición de ellos permitía, y á la hora de meter el brazo, lo hizo repetidas veces cara á cara y por derecho, sin apelar á entrarles al gollete ó á la media vuelta, faena que hubiérale resultado más breve, procurándole mayor aplauso de la generalidad de aquel público, que lo que quería era ver morir los toros de la primera estocada.

Terminada la corrida, pasaron á felicitar al bravo lidiador por su trabajo, que aunque poco lucido, había sido de mucho peso y de verdadero mérito, algunos aficionados que fueron desde Madrid á presenciar las fiestas, no sin reconvenirle cariñosamente porque ante un público que era poco inteligente en toros, hubiera desplegado tal rigor en la aplicación de las reglas del arte, exponiéndose á recibir una cornada.

A todas estas observaciones, contestó el pundonoroso torero:

—Convengo con ustedes en que aquí, en general, no se aprecian debidamente las suertes del toreo; pero ¿no habrá uno siquiera que sea verdaderamente entendido?

—Hombre, uno, de seguro que lo habrá.

—Pues para ese toreo yo;—replicó *Paquiro*, dejando demostrado con esta réplica hasta qué punto llegaba la conciencia del deber en el célebre lidiador.

* * *

Un picador, que ya no pica, y que á pesar de saber bien su obligación, solía ser un poco aprensivo con los toros, me preguntaba una mañana, después de haberse hecho el apartado:

—Don Luis, ¿ha visto usted el ganado?

—Sí,—le respondí—y lleváis una corrida de alivio; porque los toros son pequeños y cortos de pitones.

No debió mi hombre quedar todavía tranquilo, porque al punto replicó:

—Ya sabe usted, don Luis, lo que dice el refrán; que no hay enemigo pequeño. Y yo no me fío ni de la camisa que tengo puesta.

* * *

Se habían jugado en Madrid seis toros de Duque de Veragua, que resultaron muy hermosos de tipo y perfectamente criados, pero que apenas dieron juego por su falta de bravura, siendo fogueado uno de ellos. Comentábase en la Cervecería Inglesa, una vez terminada la fiesta, el fracaso del ganado; y los muchos revisteros y aficionados que en aquella reunión se hallaban, emitían los juicios más crudos y severos de la ganadería veragüeña. Formaba parte de la reunión el antiguo espada Angel López *Regatero*, gran amigo y protegido del Duque, y pugnaba en

vano por romper una lanza en favor de los toros, sin poder conseguirlo, pues no le dejaban meter baza. Cuando todos hubieron agotado sus zumbas y críticas, le preguntó uno al *Regatero*:

—¿Y tú que ibas á decir, Angel?

A lo cual respondió éste con mucha gravedad y creyendo decir una gran cosa:

—Que si no gusta una corrida tan hermosa y tan bien presentada, no sé yo qué es lo que *quedrán*.

Desde aquella tarde, todos los que presenciaron el hecho, amigos particulares del buen *Regatero*, solían decirle en broma al encontrársele:

—¡Angel! ¡Qué *quedrán*! ¡Qué *quedrán*!

* * *

Se celebraba un opíparo banquete en Fornos al que asistían varios toreros, ganaderos y aficionados, y figuraba entre los comensales un picador sevillano muy ocurrente y simpático, que todavía ejerce su oficio con aplauso. Deslizábase la comida entre la mayor animación y alegría, y al traer el camarero una inmensa tortilla al ron servida en larga fuente metálica y coronada por una gran llama, se la presentó para que se sir-

viera el primero al supradicho picador, que ocupaba una de las cabeceras de la mesa.

Tan pronto como éste vió el manjar, y creyendo que se trataba de una bróma, miró al camarero con actitud un tanto airada y le dijo muy amostazado:

—Oye, ese plato se lo sirves á tu padre.

*
* *

Allá por los años de 1860 á 1862, se representaba con gran éxito en el teatro del Circo de Madrid el famoso drama de Palou y Coll, *La Campana de la Almudaina*. Una noche se hallaba sentado en la localidad inmediata á la mía el célebre banderillero Francisco Ortega (*el Cuco*), acompañado de una mujer, muy bien parecida, por cierto. Al llegar una de las situaciones más conmovedoras del drama, interpretada admirablemente por la incomparable Teodora Lamadrid y el eminente actor D. José Valero, produjose honda emoción en el público, revelándose con lágrimas en casi todas las señoras. La que acompañaba al *Cuco* sollozaba también, y éste, *abroncao* de verla en tal estado de excitación, le dijo:

—Vamos, *mujé*, no te aflijas; *mía* que *tóo* esto es *buló*.

*
* *

En San Sebastián, á pesar de llover casi todos los días, es raro que se suspenda una corrida de toros, pues dicen—y la experiencia da al dicho visos de verdad—que el popular empresario de aquella plaza, D. José Arana, está en inteligencia con las nubes y con el sol, para que aquellas despejen y éste salga radiante una ó dos horas antes de comenzar la fiesta.

Hace siete ú ocho años no bastó, sin embargo, el poder mágico de Arana, y estando ya vestidos los toreros para ir á la plaza, era tan tremenda la turbonada, que se ordenó la suspensión de la corrida.

Hallábame yo con uno de los matadores, y al traer el mozo de estoques el recado de la suspensión, le preguntó al espada:

—¿Avisamos á casa que no hay toros ó *mos* callamos?

—Pon un parte—le replicó aquel—que diga: *Corría, suspendía, por llovía.*

*
*
*

En la segunda corrida de feria, celebrada en Sevilla el 19 de Abril de 1899, se jugó ganado de D. Eduardo Miura, con verdadero respeto por su corpulencia y desarrollo de armadura, haciendo los toros buena pelea

en varas y llegando bastante aplomados y recelosos al segundo tercio. El más grande de la corrida y de verdadera dificultad á la hora de la muerte, fué el cuarto, *chorreao en verdugo* y de buen tipo, que después de huirse del capote de *Guerrita* al querer éste fijarle, llegó descompuesto á los caballos, tomando cuatro varas por dos jacos muertos y recibiendo tres pares de banderillas, puestos por Antonio Guerra y el *Palatero*, con no poco trabajo.

Tomada querencia en las tablas, reservón y queriendo coger, el toro era de los que según decía *Cúchares*, vienen á llevarse el dinero de la temporada. Convencido *Guerrita* de que allí había que jugar el todo por el todo, se *estrechó* de verdad con la muleta, dando pases de gran castigo y defendiéndose con habilidad de los *hachazos* que le tiraba su adversario; y una vez que le tuvo cuadrado, sin reparar en lo peligroso del terreno y metido entre los mismos pitones, entró con media estocada un poco corta. Con haber *meneado* algo al toro con los capotes habría bastado para que *doblase*; pero Guerra, torero de conciencia, hizo que sacaran el estoque, y previos otros cuatro ó cinco muletazos dados de cerca y con valentía insuperable, se arrancó aún con mayor coraje para otra media estocada, colocada tan superior-

mente, que el marrajo miureño cayó como herido por un rayo.

El premio de tan imponente faena, en la que el valor superó todavía á la inteligencia, fué una estruendosa y delirante oyación. Al dejar *Guerrita* estoque y muleta, y cuando con más entusiasmo le aclamaban desde los tendidos, dijo dirigiéndose á algunos de sus admiradores:

—El que teniendo el dinero que yo tengo se *entrega* á un *ladrón* como *ese*, merecía que lo *ajorcaran*.

Y un picador que se hallaba en el callejón, perteneciente á otra cuadrilla, añadió:

—Pues hay que dar gracias á Dios de que ese *pregaño* le haya tocado á Guerra, por que si le toca á mi matador, me parece que ya no nos vestimos de toreros en toda la temporada.

Faena de más conciencia, más peligrosa y ejecutada con tanta inteligencia y serenidad—me decía el veterano aficionado que me refirió el lance—no se la he visto hacer á ningún torero.

* * *

—¡Vaya un oficio más *socorrito* que es este!—decía un picador que se retiró no hace mucho tiempo con cerca de sesenta años y

que durante la tarde había dado diez ó doce tremendas costaladas.

—Empieza *usté* á picar á los veinte años. Tiene *usté* treinta y *sigusté* picando; y cuarenta y á picar; y cincuenta, como yo tengo, y *sigusté* picando... y el toro siempre cinco años. Es una cosa muy bonita, y sobre todo, muy *parcial*.

*
* *

Un picador sevillano, que pertenece á una de las cuadrillas militantes, salió fiador de un novillero paisano suyo al que le fué prestada cierta cantidad. Como éste no pudiera pagar en el plazo convenido, repitió el acreedor contra aquel, y aunque se resistía al abono, como había firmado un recibo respondiendo de *mancomun é in solidum* al pago de la suma prestada, no tuvo más remedio que satisfacerla para evitar el embargo, que ya se le venía encima.

Comentando el hecho pocos días después en un café del barrio de Triana con unos amigos, les decía:—A cualquier hora vuelvo yo á firmar un recibo de esos que llaman *de solidón comunón*.

*
* *

Era el 6 del mes de Octubre de 1899, día en que *Guerrita* había llegado á Madrid para tomar el expreso de Barcelona y continuar su viaje á Béziers, donde toreaba el día 8, y nos sentábamos á almorzar en la *Maison Tournié*, el famoso diestro, su íntimo amigo Pepe Bilbao y el que estas líneas escribe.

La conversación versó casi exclusivamente sobre cosas de toros, refiriéndonos Guerra sus vicisitudes y peripecias en las numerosas corridas que llevaba toreadas en la temporada. Ni por asomo pudimos vislumbrar en las palabras del gran torero el propósito de su próxima retirada.

Había toreado ese año más corridas que en ningún otro, con más desahogo y aplauso que nunca, y llegaba al final de tan brillante campaña menos fatigado que en los años anteriores, según él mismo confesó.

Para encomiar el derroche de facultades, de inteligencia y de valentía que esto supone, hube yo de decir con el asentimiento y apoyo de mi querido amigo Pepe Bilbao, estas ó parecidas frases:

—Se habla de toreros valientes y se citan como modelos al gran *Pepe-Hillo*, que se crecía ante las cornadas, al indomable Manuel Domínguez, al temerario *Frascuero*, al desgraciado *Espartero* y á tantos otros, que

dieron irrefragables pruebas de bravura; pero sin quitar yo ni un ápice al denuedo de estos lidiadores, creo que no ha habido ninguno tan valiente como tú. Todos los toreros han emprendido su arriesgado oficio, movidos en la primera juventud por su afición á la lidia y luego con el objetivo primordial, y puede decirse único, de alcanzar una posición más ó menos brillante, según sus aspiraciones, para sí y para su familia; pero no he conocido ninguno, ni creo que lo haya habido, que al realizar por completo sus aspiraciones siguiera bregando con los toros. Tú has colmado con creces cuanto pudieras desear en este terreno, como lo acreditan los veinte mil duros de renta sañeada que posees; adoras á tu madre, á tu esposa y á tus hijos, y sin embargo, toreas ochenta corridas al año con la misma afición que el primer día, estás tan cerca de los pitones como el que más y te entregas y te dejas coger cuando es preciso, como ha sucedido este año en Madrid y en Valladolid; pues digo por eso, que no ha existido un torero más valiente que tú.

—Y puedo asegurarle á usted—me replicó Guerra—que cuando me pongo delante de un toro no me acuerdo ni de familia, ni de dinero, ni de nada, sino de *hacerlo* lo mejor que puedo. En lugar de *entrar* en ocho qui-

tes, *entro* en catorce; si sale un toro que se puede recibir, lo recibo, ó por lo menos lo intento; banderilleo en casi todas las corridas, y hago, lo mismo en la plaza de Madrid que en la última de provincia, todo lo que sé y puedo; porque habrá habido otros toreros que tengan tanto deseo como yo de complacer al público, pero lo que es más, lo niego.

¡Y qué verdad es! *Guerrita* podrá haber estado alguna vez—que bien pocas han sido—desafortunado ó deslucido por las condiciones del ganado, pero *apático*, nunca. En cambio, ¡cuántas faenas brillantes y arrebatadoras coreadas por el entusiasmo delirante de todo el público! Sí, de todo el público, porque entre él no puedo contar á las cuatro ó seis docenas de hambrientos y salvajes empujados por los envidiosos de la posición y fama de *Guerrita*, que creían posible con gritos y manifestaciones groseras é incultas, poder amenguar los prestigios bien adquiridos del lidiador más grande de este siglo.

Lástima que la especie de conjura organizada contra el maravilloso torero, y que se transparentó con bastante claridad en las repugnantes algaradas promovidas en las plazas de Madrid y Bilbao, haya sido quizás causa única de que la parte sana de la afición se vea privada de admirar durante al-

gunos años más la consumada habilidad del célebre maestro cordobés.



Conocida es lo desastrosa que fué para Luis Mazzantini la primera temporada del año actual y las tremendas silbas que sufrió; pero en la última corrida de abono, tuvo la suerte de matar muy bien un toro de la ganadería de D. Felipe de Pablo Romero y el público le tributó una justa ovación.

—¡Ya era hora, don Luis!—le gritaron desde un tendido. Y Mazzantini, que tiene mucha gracia en su conversación y sabe dar *coba* á los públicos, se acercó á las tablas y dijo:

—Tienen ustedes razón. Les debo lo menos ocho toros bien muertos y cumpliré con ustedes. Ahora voy á torear por provincias y procuraré soltar esta *asaúra* que tengo, para complacerles en el mes de Septiembre; pero no olviden que llevo ya veinte años en *esto*, que peso noventa y cinco kilos y que cuando estoy delante de los toros me acuerdo mucho de mi familia.



EL PERIODISMO TAURINO (I)

Así como la prensa periódica española en general tuvo su origen en las relaciones de sucesos públicos y particulares, en las hojas impresas conteniendo noticias ordinarias y extraordinarias, y en los relatos de acontecimientos religiosos, militares ó civiles de

(1) El presente artículo fué escrito expresamente para el magnífico libro *Homenaje á Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado* (Madrid, 1899; dos tomos en 4.^o), que dedicaron al incomparable maestro, gloria la más pura y legítima de nuestra patria, sus admiradores y discípulos. Al reimprimirle aquí, he agregado los periódicos que han salido á luz desde la fecha en que se publicó, añadiendo también un índice alfabético de todos ellos para su más fácil consulta.

índole pública ó privada dignos de ser referidos, los orígenes de la prensa taurina se encuentran en las numerosas relaciones de fiestas de toros celebradas con profusión en todos los ámbitos de España. De la remota antigüedad y constante arraigo de estas fiestas en nuestra patria, dan fé las muchas historias y crónicas en que se hace mención de ellas y la inutilidad de los esfuerzos hechos en repetidas ocasiones para su prohibición por Papas y Soberanos.

Cuando en el siglo XVI se inicia ya el apogeo del espectáculo, que llega á su mayor esplendor en el XVII, y caballeros y magnates van á la liza sometiendo la ejecución de las suertes á trámites y preceptos que dan á éstas cierto sello artístico, aparecen, como reflejo de los arrestos y bizarrías del coso, los relatos más ó menos hinchados de tales hazañas, y desde los dioses mayores del Parnaso hasta los poetas y prosistas de extracción más ínfima, escriben *las revistas de toros*, que no otra cosa son las descripciones, generalmente hiperbólicas y alambicadas, de los lances y empeños de la lidia.

En el siglo XVI, y mucho más aún en el XVII, apenas hay solemnidad de carácter civil, político ó religioso, matrimonio regio, jura ó entrada de Príncipes ó Embajadores,

que no se solemnice con ceremonias y festejos en los que suele entrar como parte principal *el juego de los toros*. Multiplicanse las advertencias, reglas y preceptos para torear, y además de los varios tratados publicados sin nombre de autor, dan á luz los suyos y entran á figurar en la esfera de los preceptistas, D. Gaspar de Bonifaz, D. Nicolás de Menacho, D. Luis de Trexo, D. Diego de Contreras Pamo, D. Pedro Jacinto de Cárdenas y Angulo, D. Alonso Gallo y Gutiérrez, D. Pedro Mesía de la Cerda, D. Jerónimo de Villasante y D. Fernando de Valenzuela (1).

(1) En los tratados de Gineta de D. Bernardo de Vargas Machuca (Madrid, 1600), Fernández de Andrada (1616). Tapia y Salcedo (Madrid, 1643) y Pinto Pacheco (Lisboa, 1670), se consignan preceptos para torear á caballo, y escribieron advertencias y reglas que no han llegado á imprimirse, D. Diego Ramírez de Haro (siglo XVI), el Conde de Bornos (Madrid, 1600) y D. Juan de Valencia (Madrid, 1639).—Bibl. Nacional, MS., Aa-83 S.4 y Bb-193.

Manuscritos existían también el *Libro de la Gineta* (1605), de D. Luis de Bañuelos y de la Cerda, en la Biblioteca Nacional, con la signatura 3-156, y *La pintura de un potro*, de autor desconocido (último tercio del siglo XVII), en la del Excmo. Sr. Duque de Osuna, hasta

En el precioso catálogo de *Solemnidades y fiestas públicas de España*, de D. Jenaro Alenda, obra premiada por la Biblioteca Nacional y que muy en breve verá la luz pública, suben á cerca de trescientas las relaciones en que entra como parte integrante de ellas la fiesta de toros, y cuenta que con las investigaciones practicadas después de redactado el meritísimo trabajo del Sr. Alenda, puede aumentarse considerablemente el número. Sólo con las que poseen en sus espléndidas colecciones el Duque de T'Serclaes

que en 1877 los imprimió y publicó, formando un volumen, la Sociedad de Bibliófilos españoles. En ambas obras se consignan preceptos relativos al arte de torear.

En el siglo XVIII, y cuando ya podían ofrecer escasa aplicación práctica por el desuso en que fué cayendo el ejercicio del toreo á caballo, se publicaron las siguientes obras:

FERNÁNDEZ DE CADÓRNIGA.—Reglas de torear á caballo. Sin lugar ni año de impresión, pero publicadas á principios del siglo. Reimprimí la parte preceptiva en mi *Bibliografía de la tauromaquia*: Madrid, 1883.

NOVELI.—Cartilla en que se proponen las reglas para torear á caballo: Madrid. 1726. Reimpresa por mí en tirada de 25 ejemplares, papel de hilo: Madrid, 1894.

y el Marqués de Jerez de los Caballeros, podría triplicarse el catálogo.

Al comenzar el siglo XVIII empieza á decaer el ejercicio del toreo á caballo, privativo de la nobleza, y abandonado al fin por ésta, hombres de la plebe, como Francisco Romero al principio y luego su hijo Juan, Manuel Bellón (*el Africano*), los Palomos, el pamplonés Leguregui, Esteller, *Martincho* y otros, conviértelo en profesión lucrativa, popularizando el toreo á pié (1) y la muerte

Reglas para torear y arte de todas suertes...: Madrid, 1726. Hay otra edición del mismo año hecha en Sevilla. Se reimprimieron en *El Averiguador Universal*, núm. 45, correspondiente al 15 de Noviembre de 1872, y después en un folleto publicado en Madrid, año 1873.

VARGAS MACHUCA (D. Joseph).—Memorial que dan los caballos al entendimiento del hombre... Córdoba 1731. Es un tratado completo de torear.

MELCÓN.—La malicia confundida y verdad triunfante...: Madrid, 1737 — Contiene este curioso libro unas extensas reglas para torear á caballo.

TAMARIZ —Arte de rejonear...: Salamanca, 1771. Reimpreso por mí en tirada de 25 ejemplares, papel de hilo: Madrid, 1895.

(1) Las primeras reglas de torear á pié fueron publicadas el año 1750 en Madrid, con este extraño título:

de los toros á estoque, que después van perfeccionando, con la invención de nuevas y lucidas suertes, *Costillares*, Pedro Romero, José Delgado (*Illo*), Curro Guillén y las celebridades que sucesivamente fueron apareciendo.

Las primeras hazañas de aquellos héroes populares quedan en gran parte obscurecidas, pues no publicándose relación circunstanciada de ellas, sólo se percibe algún eco en tal cual poesía ó artículo suelto; mas al llegar el último tercio del siglo y contender en el coso figuras de tan alto relieve como Pedro Romero, *Costillares* y *Pepe-Illo*, empiezan á publicarse en su loor y aplauso versos, folletos y estampas, dando algunos periódicos noticias relativas á estos espec-

«Noche phantastica, ideático divertimento, que demuestra el methodo de torear á pie: Escrito por D. Eugenio García Baragaña, tanto para instrucción de los que son aficionados á lucir en las fiestas de toros, como para mayor diversión de los que logran verlas. Con licencia. En Madrid, en la Imprenta de Antouio Pérez de Soto, calle de la Abada, Año MDCCL.»

Un folleto en 8.º, con 4 páginas de preliminares y 12 de texto. Reproducido por mí en tirada de 25 ejemplares.

táculos. El *Memorial literario* publica en Mayo de 1784 un curioso artículo sobre las corridas de toros, con los precios de los asientos de la plaza de Madrid, y en el mes de Diciembre, un estado detallado de los productos y gastos de las 16 corridas efectuadas en dicho año; insertando en los sucesivos hasta el de 1791, en que terminó su primera época, otras noticias de las corridas de toros no menos curiosas.

Algunas publicaciones de entonces, tales como *El Correo de los Ciego*s (1786-91) y el *Semanario erudito* (1787-91) hablan también de la fiesta, y en el *Diario de Madrid* se empeñan el año de 1789 acaloradas discusiones en prosa y verso acerca del mérito de los lidiadores; los ánimos se caldean, se discute en todas partes á los héroes del toreo y fórmanse bandos ó partidos de cada uno, capitaneados según es fama por damas y caballeros de elevada alcurnia, haciéndose ya indispensable llevar á la prensa periódica, como cuestión de interés para muchos, la apreciación ó juicio de las proezas que los toreros realizan.

La revista de toros en periódico aparece el jueves 20 de Junio de 1793 en el popular é indispensable *Diario de Madrid*. Que es la primera de este género publicada en tal forma, lo demuestra el párrafo con que encabe-

za su autor la carta que dirige á las diaristas: Dice así:

«Muy señores míos: Vmds. suelen describir una máquina, extraer el argumento de las Comedias nuevas, hacer la descripción de una función extraña como las que ha habido de los globos de Lunardi, y nunca he visto descripta una función de Toros. Sin embargo, creo que el público lo agradecería; pero sea como fuere, ahí va la descripción de la fiesta última por si gustan darla á la prensa, mientras piensan en lo que han de dar por materia para el día siguiente.»

Relata enseguida y con minuciosidad la cuarta corrida ejecutada el día 17 en la plaza propia de los Reales Hospitales, en la que se lidiaron seis toros por la mañana y doce por la tarde, estoqueados por los hermanos Romero (Pedro, José y Antonio), y termina con el siguiente párrafo:

«Si agrada al público esta relación que he hecho con el mayor cuidado, la repetiré en las funciones que faltan de este año con más anticipación. De Vmds. su constante suscriptor y apasionado,— *Un Curioso.*»

Que agradó la revista al público es evidente, puesto que en los *Diarios* de 9 y 10 de Julio se insertó la reseña de la quinta corrida, en los del 16 y 17 la de la sexta, y en los del 23 y 24 la de la séptima. Pero no

tardó en salirle un contrincante á *El Curioso*, pues el *Diario de Madrid* correspondiente al 30 de Julio empieza con la siguiente carta:

«Señores diaristas: No creo que se necesiten dos *Diarios* para insertar el martes toda la corrida del lunes. En esta atención, ahí va el adjunto estadito por si gustan preferirlo á la relación del señor Curioso, por lo breve. Es de Vmds. su afecto servidor, —*Juan Marras.*»

El *Diario* dice por su cuenta: «Habiéndonos hallado con la adjunta noticia, que hoy damos al público en competencia con la del señor Curioso que hemos insertado otras veces, y creyéndola de algún más mérito y breve, la hemos preferido.» No estaba en lo firme el *Diario* al hacer esta apreciación, pues, á mi juicio, eran mejores las reseñas del *Curioso*, y así debió entenderlo también el público, cuando no volvió á insertarse ninguna otra de *Juan Marras*, y todas las demás revistas de la temporada las volvió á firmar el *Curioso* ó *Un aficionado amigo suyo*, por hallarse indispuesto.

A partir de esta época menudean ya en las publicaciones periódicas los artículos, sueltos, noticias y anuncios referentes á toros y toreros; y al llegar el primer año de este siglo y ocurrir el 11 de Mayo la trágica

muerte de *Pepe-Illo*, salen á luz hojas sueltas, coplas, romances y estampas alusivas á la catástrofe, recrudeciéndose en el *Diario de Madrid* la polémica sobre el mérito de los lidiadores, suscitada de nuevo en carta suscripta por *Un aficionado vizcaíno*. Empiezan poco después á publicarse en las vísperas y días de corrida estadillos impresos, provistos algunos de sus correspondientes lapiceros para que los aficionados puedan anotar, en las casillas preparadas al efecto, las vacadas, pueblos, dueños y divisas de los toros, las varas que cada uno toma, caballos que matan, caídas que reciben los picadores, banderillas y estocadas, y, por de contado, los nombres de los toreros de á pié y á caballo que trabajan; pero periódico taurino propiamente dicho, no se conoce ninguno hasta el año 1819, en que comienzan á salir á luz, al día siguiente de celebrado el espectáculo, unas hojas en 4.º mayor, sin pié de imprenta algunas, y otras con el dé «Imp. de Burgos, plazuela de la Paz», esmeradamente impresas y con este título: *Estado que manifiesta las particularidades ocurridas en esta corrida*. En él, además de hacerse una estadística bastante exacta de todas las suertes practicadas, se consignan los sucesos particulares ocurridos por mañana y tarde y un somero juicio crítico de ellos. Estas hojas,

según reza una advertencia que llevan al pie, «se hallarán en el cajón que los Reales Hospitales tienen para sus rifas en la Puerta del Sol.»

Al año siguiente, ó sea el de 1820, tuvo vida muy fugaz otra publicación de carácter taurino titulada *Cartel de toros*, que si hemos de creer á D. Francisco Camborda, que la registró en el número 26 de su *Periódico-Manía* (Madrid, 1820), se redactaba en una botica de la Carrera de San Jerónimo, acaso la que todavía subsiste, de propiedad del Dr. Lletget. Aquí se abre un paréntesis no menor que de veinticinco años, hasta que en el de 1845 sale á luz *El Toro*, con biografías y retratos de los lidiadores, publicación que también tuvo vida efímera; mas en tan largo interregno la prensa periódica consagró espacio abundante á crónicas y revistas taurinas, mereciendo cita especial, entre lo muchísimo escrito de la materia, las extensas y bien hechas reseñas que sin firma alguna vieron la luz por los años 1828 á 1830 en el *Correo literario y mercantil*; las famosísimas de D. Santos López Pelegrín (*Abenamar*), en *El Mundo* (1836-39), *El Correo nacional* (1838-42), *Abenamar y el Estudiante* (1838-39) y otros periódicos, y las muy substanciosas y clásicas de D. Serafín Estébanez Calderón (*el Solitario*), en el mis-

mo *Correo nacional* y *El Corresponsal* (1839-44).

El año 1847, y fundado por varios jóvenes andaluces, aparece otro periódico taurino, *La Flor de la Canela*, que duró poco, en el cual tomó parte muy activa el después Magistrado y Senador del Reino D. Emilio Bravo, teniendo yo algún motivo para suponer que colaboró en esta publicación, aunque sin estampar su firma, el famoso estadista D. Antonio Cánovas del Castillo.

El creador del moderno periodismo noticiero en España, de grata memoria por sus relevantes servicios y generoso corazón, don Manuel María de Santa Ana, fué fundador y redactor principal de *La Tauromaquia*, periódico que salió á luz en 1848; y en 1849 un literato de cuerpo entero, que treinta años más tarde tuvo desastroso fin en las islas Filipinas disparándose un pistoletazo, D. José Velázquez y Sánchez, historiador, novelista, crítico, poeta, periodista y autor dramático, que produjo 40 volúmenes, amén de muchos cientos de artículos, comenzó en Sevilla la publicación de las *Cartas taurómicas*, en verso fácil y variedad de metros, que obtuvieron positivo éxito y larga vida. Periódico taurino muy batallador fué *El Clarín*, fundado en Madrid en 1850, y que vivió dos años, siendo su más asíduo

redactor D. Joaquín Simán, del Cuerpo jurídico militar, gran apologista del espada Juan León, al que consagró un estudio biográfico impreso en elegante folleto.

El año 1851, y en Madrid también, apareció el periódico taurino que ha disfrutado de vida más larga: como que ha venido saliendo sin interrupción hasta el año 1887. Titulóse *El Enano*, y cambió de nombre el año 1858 para llamarse *Boletín de Loterías y de Toros* (continuación de *El Enano*), volviendo á tomar su primitivo título el año 1885. Fué el alma de esta publicación D. José Carmona y Jiménez, escritor apreciable y aficionado inteligente. Además de la eficaz información que hacía muy solicitado el periódico, publicaba como folletín y en forma encuadernable las revistas de las corridas que se celebraban en Madrid, estados generales de las suertes ejecutadas en cada año y opúsculos interesantes relativos á la fiesta.

Tarea enfadosa sería ir haciendo aquí catálogo de periódicos taurinos, que han de ir después registrados cronológicamente; pero fuera también injusto no señalar especialmente algunos que alcanzaron merecido crédito. Como tal puede citarse *el Menque*, publicado en Madrid en los años 1867 y 68, que se distinguió por la severa y tremenda crítica, perfectamente razonada, que hacía de los to-

ros, siendo causa en mucha parte de que fuese expulsado de la plaza el afamado espada sevillano Antonio Carmona (*el Gordito*). Fué su fundador y redactor único D. Mariano Garisuain Blanco, á quien muchos conocían por el apodo de *Mariané*. En el primer año de la publicación llevaban los números al frente una gran viñeta, toscamente grabada, en que se veía al toro saliendo del chiquero y á los diestros huyendo despavoridos á la carrera ó saltando de cabeza al callejón. Al pie de la estampa se leía en gruesos caracteres: «Todo se ha perdido menos... las piernas.»

El Tábano, fundado en 1870 por D. José Santa Coloma (*Pilatos*), aunque muy desaliñado en la forma, contiene en su colección, que abarca once años, artículos y noticias interesantes; *El Toreo*, que empezó á publicarse en 1874 como suplemento á *La Correspondencia Teatral*, vive todavía y es apreciadísimo por la exactitud de sus informes y la mesura é imparcialidad de sus juicios; *El Tío Jindama*, de carácter exclusivamente popular, vió la luz en 1879 y continúa publicándose, lo cual demuestra su aceptación entre las clases para quienes se escribe, y *La Lidia*, revista taurina fundada en 1882 por su actual propietario D. Julián Palacios, está considerada como el *Ti-*